

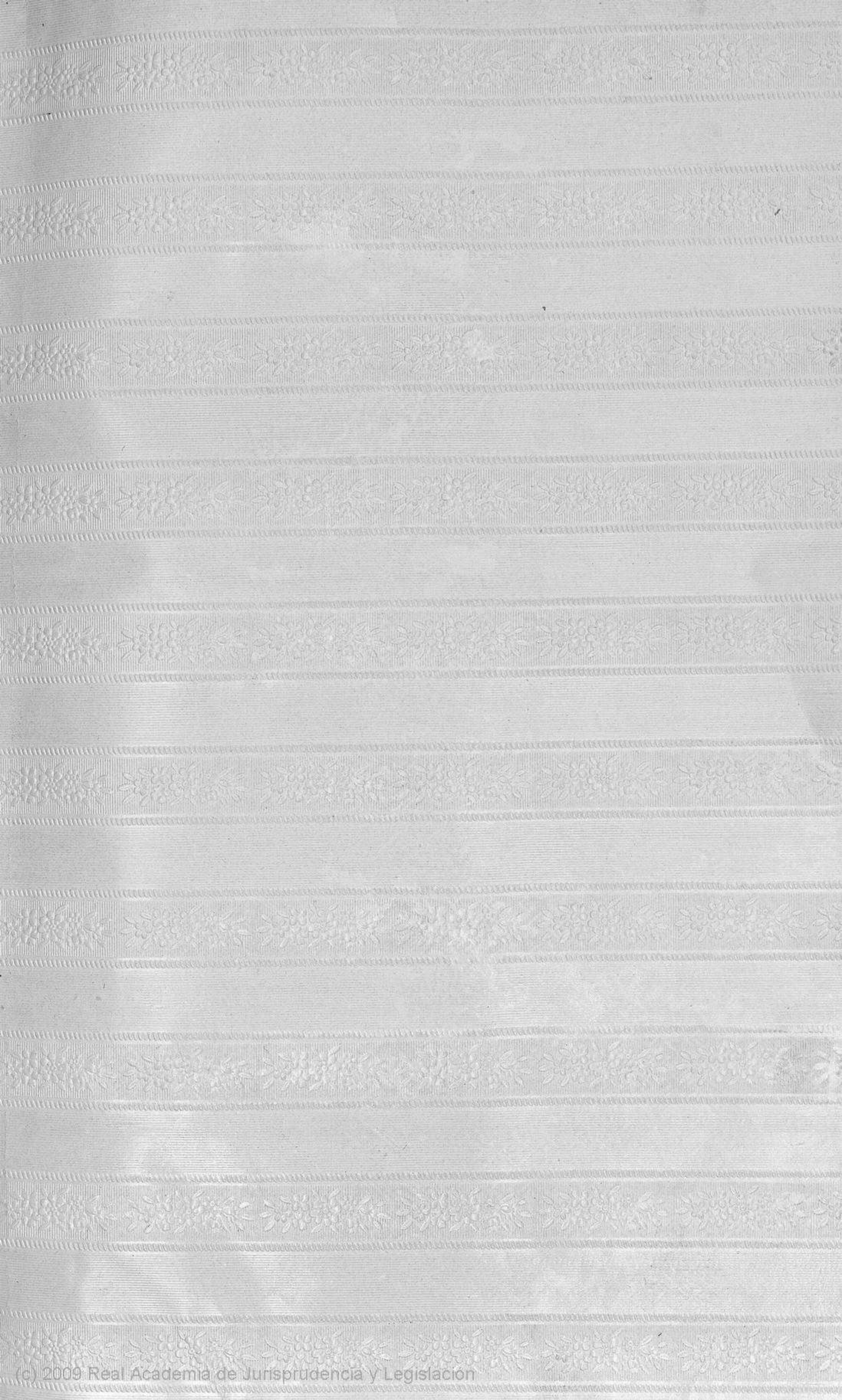


35

1

LXII

H-23



PAP.

1/7/35

1 ~~LXXII~~  
H-23

EUGENIO DE LA IGLESIA.

# OCHO CONFERENCIAS

SOBRE EL

# RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA,

PRONUNCIADAS EN LA CÁTEDRA PÚBLICA

DEL

# ATENEO MILITAR.



MADRID.

IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,

CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6.

1873.

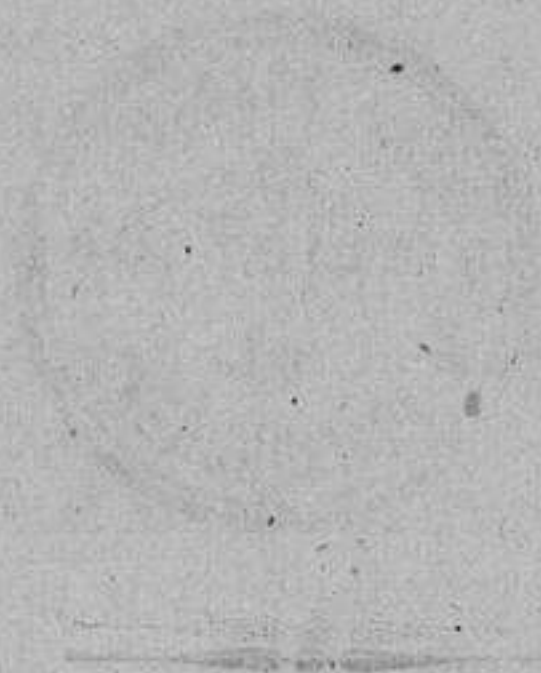
EUGENIO DE LA IGLESIA

OCHO CONFERENCIAS

RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA

PROFERIDAS EN LA CÁMARA DE LOS REYES

A TENOR MILITAR



MADRID

IMPRESA DE PEDRO SUAREZ

CALLE DE LA PAZ, N.º 6

1878

## RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

### Primera conferencia.

SEÑORES:

Nadie más incompetente que yo, nadie con ménos autoridad y con menores merecimientos, para venir á ocupar un puesto, que tan dignamente han sabido llenar elocuentes oradores, filósofos profundos y distinguidos literatos. Grande, pues, debe pareceros mi osadía, cuando yo, pobre y oscuro oficial, que ni soy literato, ni filósofo, ni orador, sino únicamente soldado, vengo á ocupar un lugar, que, indudablemente, no me corresponde.

Pero mi atrevimiento halla fácil disculpa, al considerar que no me animan pretensiones de ninguna clase, que no es la presuncion la que me guia, sino tan sólo el deseo de corresponder á la galante invitacion que he recibido de la Junta Directiva de esta Sociedad, que, al dispensarme honor tan señalado, sin duda no ha tenido en cuenta mis escasas fuerzas.

Yo hubiera podido excusarme, y tal fué, os lo confieso, mi primera intencion; más pronto hube de renunciar á ella, por dos razones: primera, por considerar que, en esta naciente Sociedad, todos tenemos la obligacion de contribuir con nuestro talento, nuestra inteligencia, nuestra laboriosidad, á propagar la ilustracion en el ejército: los unos, hombres de penetrante espíritu y clara inteligencia, exponiendo ideas nuevas, desarrollando brillantes teorías, esplicando provechosas lecciones: los otros, careciendo de aquellas esenciales dotes, y entre estos, señores, se cuenta el que en este instante os habla, dando el ejemplo de su aficion al estudio, tal vez exponiendo ideas erróneas, quizá desarrollando falsas teorías, pero siempre estimulando á otros más inteligentes, á fin de que sigan el único camino posible, para lograr la regeneracion de nuestro ejército: el camino de la virtud y del trabajo.

La segunda razon que á ello me movió, fué que recordando, por casualidad, el prólogo de la Galatea de Cervantes, consideré que al ocupar este puesto de honor podré dar muestras de confiado, más no de atrevido; porque, como aquel peregrino ingénio, jamás sabré determinar cuál de dos in-

convenientes sea el mayor; si el de quien, con sobra de ligereza y falta de prevision, temprano se aventura á ofrecer los frutos, no sazonados, de su ingénio, ó el de quien, por demasiada escrupulosidad, modestia ó tal vez pereza, nunca llega á contentarse de lo que hace y entiende, y creyendo sólo perfecto lo extraño á la esfera de sus conocimientos, jamás se determina á comunicar sus ideas ó á publicar sus composiciones.

Por huir de este defecto, ¿vendré tal vez á incurrir en el contrario? Creo que no: ya os lo he dicho: me presento ante vosotros sin pretensiones de ninguna clase, y hasta abrigo el convencimiento de que, si algo bueno esplico en el curso de estas conferencias, no será debido á mí, sino á los sábios escritores en cuyas fuentes me he inspirado; mientras que de cuantas faltas ó defectos cometa, he de ser yo el único responsable, pues no solo carezco de las más necesarias dotes de orador, sino que me falta tambien la práctica de la guerra, indispensable, en mi entender, para el que se proponga tratar con acierto sobre asuntos militares.

---

La guerra, ha dicho un sábio escritor, es un mal necesario: mal, debemos añadir, que, en ocasiones dadas, produce grandes bienes á la humanidad; sin embargo, como una calamidad que es, debemos contribuir á cuanto pueda hacerla ménos terrible y destructora.

Y es indudable que, cuanto más preparado esté un pueblo para la guerra, ménos tendrá que sentir, en el dia del peligro, sus fatales consecuencias: por el contrario, si gustadas las delicias de la paz, si enervadas sus fuerzas, ha dejado en el olvido las máximas militares y las prácticas guerreras, mayores serán los desastrosos y terribles efectos que la guerra le ocasione.

Si ejemplos queremos de esta verdad, la historia nos los suministrará en abundancia.

El exceso de poder, las riquezas, el refinamiento de una civilizacion pagana, la saciedad, por decirlo así, introdujeron en la antigua Roma la afeccion en las costumbres, el imperio del vicio, y acabaron por convertir en indignos cortesanos á los intrépidos conquistadores, que jamás vacilaban en hacer el sacrificio de su vida, cuando iba en ello el honor y la gloria de su patria. De aquí provino el olvido del antiguo arte militar, en términos, que cuando las hordas bárbaras del Norte, comandadas por Alarico, entraron á saco en la Ciudad Eterna, apenas tenia fuerza el brazo del temible guerrero romano para manejar la espada ó para blandir una lanza.

La antigua y floreciente monarquía de los godos, fué destruida en Guadalete, por los sectarios de la Media Luna, porque la degradacion de los pueblos y los vicios y crímenes de los reyes, habian contribuido á que se olvidaran por completo las buenas prácticas militares.

¿Y qué diremos del degenerado imperio griego en los tiempos del Andrónico, sin fuerzas, por una parte, para resistir las continuas invasiones de los turcos, y á merced, por otra, de unos cuantos cientos de catalanes y aragoneses? Y si á época más moderna pasamos, ¿queremos ejemplo más patente que el que nos ofrece la colosal lucha de los Estados- Unidos, en



que la imprevisión de los gobiernos y la falta de prácticas militares, ocasionaron innumerables víctimas? ¿Lección más provechosa que la que nos proporciona la moderna Prusia, cuyos sorprendentes triunfos y rápido engrandecimiento, son debidos principalmente á su creciente y formidable poder militar, y á sus adelantos en el arte de la guerra?

Pues bien, si algo nos han de servir las lecciones de la experiencia, si hemos de aprovechar lo que nos enseña la historia de todos tiempos y países, si hemos, en fin, de aminorar los grandes estragos que la guerra ocasiona, y conseguir que la sangre vertida sirva de sávia fecundante, que haga brotar raudales de civilización y de progreso, preciso es que, por medio de la meditación y del estudio, por medio de la práctica constante de los ejercicios militares y virtudes guerreras, estemos preparados para cuando llegue la hora del peligro, marchar adelante con ánimo sereno, y demostrar al mundo que aún existe la nación de Sagunto y de Numancia, de Viriato, de los Pelayos y de los Alfonsos, de los Cides y de los Guzmanes, de los Gonzalos, de los Leivas, Farnesios, Pizarros, y de toda aquella pléyade de hombres ilustres y célebres capitanes, que dieron honra y provecho á la nación donde nunca se ponía el sol.

Tal vez aparezcamos como acérrimos partidarios de la guerra, y sin embargo, nada más léjos de nuestra idea.

Consideramos la guerra como una calamidad, ya lo hemos dicho; pero una calamidad necesaria, á veces imprescindible, imposible de evitar. Calamidad que, del mismo modo que la asoladora tormenta limpia la atmósfera de los miasmas deletéreos que la inficionan, purifica y regenera las sociedades, próximas á extinguirse, quizá por un exceso de civilización mal entendida. Y que la guerra es inevitable en el mundo, que mientras exista el hombre existirá la guerra, es para nosotros una verdad, tan evidente, que casi la consideramos como un axioma.

Muchos de los eternos adversarios de la milicia, convienen con nosotros en que el estado de guerra es inherente á la naturaleza humana, y por consiguiente, aunque de un modo indirecto, en la necesidad de los ejércitos.

Es notable lo que, á este propósito, sienta el socialista Proudhon en una de sus obras.

«Todo en la historia de la humanidad, dice, supone la guerra: nada se explica sin ella; nada existe sino con ella: quien sabe la ciencia y el arte de la guerra, sabe él de todo el género humano.»

Y, en efecto, ¿qué es la historia desde el origen de la humanidad, más que la historia de las luchas que los diversos pueblos han sostenido? ¿Cómo es posible que la guerra desaparezca, cuando está encarnada en el hombre, en la naturaleza misma de todo lo creado?

Desde el duro granito hasta el *humus*, ó tierra vegetal; desde el aloe primitivo hasta el zoófito ó animal planta; desde este planeta que habitamos, punto apenas perceptible en la inmensidad del espacio, hasta esos millones de millones de estrellas, situadas de nosotros á distancias inconmensurables; desde el microscópico insecto hasta el hombre, obra la más perfecta y acabada de la creación, todo vive, se sostiene ó se reproduce por medio de la fuerza, sábiamente dirigida por la inteligencia, y á expensas de la lucha; pero lucha tenaz, incesante, cruel, devastadora, lucha que,

dando la muerte, produce la vida; lucha, en fin, que sostiene el equilibrio admirable de ese espacio infinito que llamamos universo.

La ciencia es fuerza, decia Bacon, y con efecto, nada más cierto. La ciencia, auxiliada por la fuerza, llegará á obtener el imperio del mundo; y lo conservará, no hay que dudarlo, pero siempre sostenida por la fuerza. Que ambas se separen, que dejen de obrar en estrecho y amable consorcio, ¿y qué le quedará á la ciencia? Lo que quedó á los cultos y sábios romanos cuando vieron desmoronarse su vastísimo imperio, bajo la altiva planta de los bárbaros del Norte. ¡Lo que quedaba á la culta y civilizada Italia del siglo xvi, cuando se vió convertida en palenque, donde las diferentes naciones de Europa acudian á dirimir sus contiendas!

¡Ah, señores! El dominio de la fuerza durará mientras el mundo exista; y durará, porque las leyes que al mundo gobiernan son inmutables, como inmutable es el Sér que las ha establecido.

Pero, dirán tal vez los partidarios de la paz universal, el dia en que esa fuerza sábia, esa fuerza inteligente todo lo domine, habrán acabado las luchas, porque todos se someterán gustosos á un poder tan sábiamente establecido.

¡Acabar las luchas! No; no es posible que acabe lo que constituye el principio de nuestra vida, lo que se observa en todos nuestros actos, lo que se halla en las leyes que rigen el universo todo.

Lucha el hombre desde que vé la luz primera contra el aire, fluido para él extraño, que por doquier le circunda, dañando á sus débiles pulmones: lucha despues contra los consejos de sus mayores, que le impulsan al trabajo, mientras él no busca sino el deleite y la pereza; lucha contra sus pasiones, contra sus malos instintos, que le arrastran á cometer acciones vergonzosas, mientras su razon le dicta lo contrario; lucha diariamente por ganar el pan con el sudor de su rostro; lucha por alcanzar su independencia, por conseguir sus fines ambiciosos, y lucha y luchará, mientras sobre la tierra exista, porque tal es su naturaleza, sin que para cambiarla baste todo el poder de las leyes humanas; porque el poder del hombre es harto pequeño para tamaña empresa.

Pero de nada sirven estos razonamientos; porque los partidarios de la paz universal, dirán todavía que es posible llegue un tiempo en que, satisfechas las necesidades religiosas, políticas y sociales, origen de todas las guerras, estas no tendrán razon de ser. Pues bien, demos por supuesto que llegue ese tiempo, y que, estendido por doquier el imperio de la justicia, quede por un momento convertido este valle de lágrimas y lugar de destierro, en un nuevo paraíso. ¿Se conseguirá de tal suerte cambiar la naturaleza humana? No, siempre será la misma; y habrá hombres ambiciosos, perturbadores, criminales, llámeseles como se quiera, que lucharán contra la sociedad; y la sociedad para sujetarlos, tendrá que hacer uso de la fuerza, y desgraciada de ella si así no lo hiciese, porque seria presa del primer aventurero que quisiera dictarla leyes. Y las guerras volverán á renacer, y nuevos problemas sociales se presentarán á resolucion, y las luchas continuarán, y no tendrán fin sino con el mundo.

¡La paz universal! Bella, pero quimérica utopia. A ella debemos tender indudablemente, más no olvidemos que es imposible de lograr. No olvide-

mos que en la paz se fomentan todos los vicios, así como en la guerra se desarrollan las más sublimes virtudes.

«Considero á los partidarios de la paz perpétua, decía Proudhon, como los más detestables hipócritas; como el azote de la civilización, y la peste de las sociedades.»

Muy duro se muestra el ilustre socialista contra los bienhechores de la humanidad; pero no puede negarse que sus palabras encierran gran fondo de verdad. Si la guerra es un mal irremediable, si es condición esencial de cuanto existe; si la guerra humana con el hombre apareció, y solo con el hombre puede desaparecer, procúrese enhorabuena disminuir sus horrores, trátase de que no se emprenda sino por motivos muy poderosos y justificados; pero que nunca, so pretexto de hacerla odiosa, se introduzca la afeminación en las costumbres y tal amor á los deleites de la paz, que por no perder esta sean los pueblos capaces de sufrir toda suerte de humillaciones.

Si consultamos la historia, veremos que las épocas de mayor cultura y civilización, fueron siempre las que siguieron á las grandes guerras. Por el contrario, los largos períodos de paz, rara vez han dejado de ser precursores de todos los vicios y de la degeneración social.

Y si la guerra no existiese, las sábias leyes de la naturaleza dejarían de ser justas. ¡Cómo! El hombre, el sér esterminador por excelencia, el sér que, sin escrúpulo ninguno, lo mismo destruye un pueblo entero de laboriosas hormigas, que degüella á la inocente paloma ó al manso corderillo, ¿había de vivir sin que nadie á sus violencias se opusiese? El hombre, el sér más cruel y destructor que se conoce, el sér que, no contento con destruir, para cubrir sus necesidades, destruye y mata, por el placer de destruir y de matar, ¿había de vivir tranquilo en este mundo? ¡Oh! Sería una notable injusticia.

Pero el hombre no constituye una excepción en las leyes de la naturaleza. Él estermina y destruye á todos los demás seres: pues bien, él es el encargado de esterminar á su propia especie.

Hé aquí por qué estamos convencidos de que el estado natural del hombre no es el de paz, sino el de guerra, sin que pueda considerarse aquella más que como un intervalo de reposo, necesario para prepararse de nuevo á la lucha.

Ahora bien, si la guerra es inherente á nuestra naturaleza, si en tiempo de paz hemos de endurecer nuestro cuerpo y preparar nuestro espíritu, para cuando llegue la hora del combate, claro es que son necesarios los ejércitos, y que tanto menos desastrosa y terrible será aquella, para un pueblo, cuanto mayor sea el grado de bondad de estos.

Pero basta con lo dicho para nuestro objeto: escritores muy distinguidos han demostrado la necesidad de los ejércitos permanentes, por lo cual nos creemos dispensados de insistir sobre este particular; y con mayor razón, si se considera que no lo haríamos con la lucidez y abundancia de datos que el asunto requiere.

Demos, pues, por demostrada tal necesidad; y en este caso, ¿será todavía preciso encarecer la importancia del estudio del arte de la guerra? Creemos que no; mas si lo fuese, no habíamos de emplear en ello demasiado trabajo.

No hay conocimiento, de los innumerables que encierra el saber huma-

no, que, más ó ménos directamente, no se roce con el del arte de la guerra. ¿Quereis conocer la historia del hombre, desde los tiempos primitivos hasta nuestros días? Pues estudiad la historia de las guerras que ha sostenido. ¿Quereis conocer el mapa, la topografía de un país? Pues estudiad los combates de que este país fué teatro. ¿Quereis, en fin, estudiar los adelantos, revoluciones y cambios de todo género, que se han sucedido en la manera de ser de la humanidad? Pues buscad su origen en la guerra.

Pero, ¿á qué insistir sobre este punto? Hoy está en la conciencia de todos la necesidad, la imprescindible necesidad de prepararse, en tiempo de paz, para la guerra. ¿Qué nos importa que unos quieran grandes ejércitos permanentes, compuestos de todas armas; que otros solo deseen mantener en pié de guerra las armas especiales, imposibles de improvisar, y que otros, por último, crean suficiente el armamento general del país, cuando se trate de la honra ó de la independencia nacional amenazadas? Todos, absolutamente todos convienen en un punto: en la importancia de la instrucción militar.

Y esta instrucción, hoy en que los adelantos se han sucedido con tan pasmosa rapidez, ha de ser vastísima en extremo, de modo que jamás podrá darse por terminada; pues no hay profesion en que más que en la militar se necesite el constante estudio unido á la práctica.

¿Voy á detenerme á enumerar ahora los diferentes ramos que abraza la instrucción militar? No; porque todos vosotros, más que yo, conoceis cuáles son; pero entre todos ellos, descuella por su importancia el arte é historia de la guerra, que puede considerarse como el complemento de la extensa instrucción que al militar corresponde.

Muchos y diversos ramos abraza la ciencia militar. La topografía, la fortificación, la táctica, la administración, forman parte de nuestra enseñanza elemental; pero todos estos conocimientos, que progresivamente adquirimos, permanecen, por decirlo así, aislados, hasta que viene el arte de la guerra á unirlos, á compararlos en sus diferentes épocas, y, en una palabra, á indicar su uso y aplicación, para el acertado juego de las instituciones militares.

No es mi objeto detenerme á explicar un curso de historia de la guerra, que todos vosotros conoceis; voy sí, únicamente, á permitirme marcar los puntos culminantes en la historia del arte, y hecho este breve resumen, espero conseguir que resalte la importancia de la época del renacimiento, en que cupo á España representar el primer papel en los destinos del mundo.

Si dejamos aparte los tiempos fabulosos en que el hombre, casi en estado salvaje, no apela sino á su valor personal y á la fuerza material, así para batir á sus enemigos, como para defenderse de injustas agresiones, Jenofonte y Epaminondas son los primeros que la historia nos presenta con las condiciones requeridas para mandar los ejércitos y establecer reglas y principios fijos en el arte.

Jenofonte, notable como escritor militar, no lo es tanto por alguna gran batalla que ganase ó portentosa conquista que hiciese, sino por su acierto y fría intrepidez al dirigir la famosa retirada de los diez mil, perseguido por fuerzas considerablemente superiores, y á través de seiscientas leguas

de país enemigo, cortado por innumerables rios y canales, é interrumpido por frecuentes cordilleras. Recomendamos la lectura de tan famosa retirada, en la cual Jenofonte es el héroe y el historiador al mismo tiempo.

Epaminondas, uno de los muchos hombres ilustres que la Grecia produjera, debe, en nuestro concepto, ser considerado como uno de los más grandes capitanes que se han conocido. El fué el introductor del orden oblicuo, y como dice Cornelio, su gloria fué tanta, que su patria, Tébas, era oscura antes de él, y despues de él tornó á oscurecerse; mientras que durante su mando, logró vencer dos veces en batalla campal á los aguerridos espartanos, en las dos, que pudiéramos llamar elementales de Leuctria y Mantinea.

El abate Barthelemy considera á este guerrero como el hombre más grande producido por la Grecia. «¿Por qué, dice el mencionado escritor, no conceder tal título al general que perfeccionó el arte de la guerra, que oscureció la gloria de los más célebres generales, y que nunca fué vencido por la suerte; al hombre de Estado, que dió á los tebanos una superioridad que nunca habian tenido y que perdieron despues de su muerte; al político, que en las asambleas tuvo siempre ascendiente sobre los demás diputados de Grecia, y supo mantener en la alianza con su patria á las naciones envidiosas del engrandecimiento de esta nueva potencia; al que fué tan elocuente como la mayor parte de los oradores de Atenas, tan decidido por su patria como Leónidas, y más justo tal vez que el mismo Aristides?»

En la escuela de este esclarecido capitan, se habia formado Filipo de Macedonia, que, por sus victorias y por la nueva disciplina que introdujo en su ejército, preparó el camino para las grandes conquistas de Alejandro.

Alejandro puede decirse que marcó el apogeo de la grandeza griega. Elevó el arte de la guerra á una envidiable altura, y supo apreciar, más que todos sus predecesores, la importancia del terreno en las operaciones militares. Así, le vemos emprender la conquista del Asia, rodeado de una especie de estado mayor, cuyo objeto principal consistia en reconocer el terreno, á vanguardia del ejército, y proporcionar noticias de toda especie. Los errores que á tan ilustre capitan se han atribuido por invadir la India en tiempo no oportuno, se hallan suficientemente compensados por sus admirables combinaciones estratégicas y brillantes cualidades militares.

Alejandro figura entre los capitanes de primer orden; sin embargo, para apreciar con exactitud su mérito, seria preciso haberle visto frente á un enemigo aguerrido.

Pirro, otro de los grandes caudillos de la antigüedad, tiene asegurada su gloria con haber sabido oponerse á las victoriosas legiones romanas, sin tener más que un ejército de gente mercenaria y advenediza, falta de subordinacion y disciplina.

Le supera, en nuestro concepto, el grande Aníbal, que, entregado á sus propias fuerzas, á larga distancia de una patria ingrata que no le socorre, hace vacilar el creciente poder de los romanos, despues de invadir la Italia, á costa de inmensas dificultades, y valiéndose de la más atrevida operacion que registra la historia de los tiempos antiguos: el paso de los Alpes. Derrota uno tras otro á los mejores generales de Roma; y el Tesino, Trebia, Trasimeno y luego Cannas, constituyen otros tantos florones de su brillan-

te corona militar; y sin embargo, tantas victorias, tantos triunfos, no le deslumbran; pues llamado á la defensa de su patria, Cartago, despues de la funesta jornada de Metauro, conoce que las condiciones han cambiado, y no cree humillarse al pedir la paz antes de la batalla de Zama.

Mario, Sertorio, Pompeyo, añaden nuevas y brillantes páginas á la historia de la guerra; pero á todos sobrepuja César, modelo de generales, escritor imparcial y orador elocuente. Llevó la guerra á los climas más diversos, conquistó países hasta entonces desconocidos, y como si necesitara probar que su inteligencia á más que á vencer naciones bárbaras se extendía, combate y derrota en Farsalia al gran Pompeyo.

Pero el poderío romano, elevado á todo su apogeo en los tiempos de Augusto, comenzó á decaer. Cerróse el templo de Jano, y aquella paz, llamada octaviana, acabó de corromper á los romanos, ya muy aficionados al lujo y á la molicie.

Despues de la invasion de los bárbaros, solo Belisario se nos presenta, como un brillante resto de la antigua grandeza del pueblo rey.

Aquellas nubes de suevos, vándalos y alanos, de godos, francos, borgoñones y longobardos, al invadir el imperio, destruyeron casi todas las antiguas instituciones, y el arte de la guerra, arrastrado en aquel torbellino, fué dejado en el olvido para no levantarse en mucho tiempo.

Algunos restos de las antiguas prácticas militares pueden encontrarse todavia entre los godos españoles y en los ejércitos de Carlo-Magno; pero como si, para construir de nuevo bajo sólidas bases, fuera necesaria la total destruccion de aquella sociedad pagana, el anárquico y destructor feudalismo se encargó bien pronto de llevarla á cabo.

Más aquí cesó la decadencia. Las cruzadas, acciones de fanático ímpetu más que de cálculo, no produjeron adelanto inmediato en la ciencia militar; pero contribuyeron poderosamente á la formacion y progreso de las municipalidades, primera señal de la emancipacion de los pueblos, y verdadera base y origen de los ejércitos permanentes.

Idénticas causas produjeron en España iguales resultados, aunque más favorables bajo el punto de vista militar. Tomando el pueblo parte, al lado de la nobleza, en aquella prolongada lucha de siete siglos, contra los sectarios de la Media Luna, fué adquiriendo derechos y prerogativas; y de aquí que el elemento feudal no llegara jamás en nuestro país á alcanzar todo su completo desarrollo. Así vemos que los españoles son los primeros en dar importancia á la infantería, que la llegó á haber excelente, con especialidad en la corona de Aragon, y en hacer uso de la artilleria, que tomaron de los sarracenos.

Bien pronto los suizos, precisados á defender su independendencia, continuamente amenazada por los emperadores de Alemania, crearon una brillante infantería, cuya organizacion, muy semejante á la de la falange griega, superó por el pronto á la española. Los franceses, por su parte, introdujeron algunas mejoras en el servicio de la artilleria.

Hé aqui la época del Renacimiento. Gonzalo de Córdova, comparable, como campeon de la *proeza*, al caballero sin miedo y sin tacha, y como general, á los más grandes capitanes que se han conocido, se aprovecha de estos recientes adelantos; organiza, por decirlo así, la victoria; derrota, uno

tras otro, á los mejores caudillos de la Francia, y consigue, por último, imprimir una nueva direccion al arte de la guerra.

Entonces pasa España á ser la primera nacion militar de la Europa; y si más adelante pierde esta cualidad, no es por el carácter demasiado aventurero de sus hijos, sino por la ineptitud de sus gobernantes.

Gonzalo de Córdoba puede decirse que establece los verdaderos principios del moderno arte militar, al conseguir de una vez para siempre el triunfo de la táctica sobre la proeza. Con justicia le fué aplicado el título de *Gran Capitan*, que la posteridad le ha conservado.

Siguieron insigne mente sus huellas Pedro Navarro, el duque de Alba y Alejandro Farnesio, en cuya escuela se formaron la mayor parte de los capitanes extranjeros, como Nassau, Enrique IV, Turena y Condé. Estos dos últimos, célebres generales, que los franceses nos presentan como maestros en el arte, y lo fueron en efecto, completaron su aprendizaje militar en las filas de los españoles.

Pero aquí empezó la decadencia de nuestras armas. Ya no existían aquellos reyes guerreros, que se gloriaban en conducir sus ejércitos al combate; y aunque el soldado español, siempre sufrido á la par que bravo, era el mismo, carecia de generales que supieran conducirlo. Mal atendidos, hambrientos y desnudos, mientras una córte corrompida dilapidaba tesoros inmensos, aquellos excelentes soldados, cuya fama se habia estendido por todos los ámbitos de la tierra, dejaron de ser capaces de vencer, pero no de añadir una nueva gloriosa página á nuestra brillante historia militar en la sangrienta jornada de Rocroy.

Gustavo Adolfo aumentó la proporcion de las armas de fuego, reduciendo, por consiguiente, el fondo de la formacion. Quitó la coraza á los piqueiros y disminuyó la longitud de las picas. Hizo obrar en combinacion ambas armas, intercalando pelotones de arcabuceros en los intervalos de sus escuadrones; pero, á pesar de lo que nos dice Schiller en su *Guerra de treinta años*, este medio habia ya sido empleado por el marqués de Pescara en la batalla de Pavía, y posteriormente Coligny, Enrique IV y otros capitanes, le habian aplicado en cuantas ocasiones lo creyeron necesario.

Cárlos XII figura tambien entre los regeneradores del arte; pero, sin negarle las condiciones de un excelente caudillo, preciso es confesar que en sus empresas tuvo demasiada parte la fortuna. En nuestro concepto, le supera Pedro el Grande; pues, génio reflexivo, sabe sacar partido de sus derrotas, se prepara en silencio y aguarda tranquilo la ocasion para apoderarse de ella, y destruir á su adversario en el momento y en el lugar oportunos.

Hasta aquí el arte de la guerra pertenece, á contar desde su renacimiento, á lo que en rigor debiera llamarse escuela española. Es indudable que se habian verificado notables adelantos en todos los ramos de la milicia, pero siempre siguiendo el camino marcado por nuestros célebres capitanes.

Federico II abre una nueva era. Este monarca guerrero, filósofo, artista y literato, valiéndose de los elementos heredados de sus predecesores en la guerra, y de todos los adelantos hasta su época verificados, introduce en las tropas una nueva disciplina; crea, por decirlo así, la moderna táctica y emplea órdenes de batalla que le hacen acreedor á ser colocado en la lista de los más ilustres capitanes.

Carnot y Napoleon, con sus gigantescos planes de campaña, desarrollan extraordinariamente la estrategia, y completan el sistema de Federico. Dícese que Napoleon nada nuevo inventó; pero sin ser esto absolutamente cierto, no podrá negarse que nadie mejor que él ha comprendido los métodos de Federico, sirviéndose de ellos en mayor escala.

«Esclama Jomini, al hablar de este grande hombre, que cualquiera diría que vino al mundo para enseñar á los generales y á los jefes de los Estados, todo lo que pueden hacer de grande y lo que deben evitar; sus victorias son lecciones de destreza, de actividad y de audacia; sus derrotas son ejemplos moderadores prescritos por la prudencia.»

Voy á concluir, señores. Por el breve resúmen que acabo de hacer, hemos podido observar que la nacion que no ha desdeñado los adelantos militares, y que mejor ha sabido aplicar los verdaderos principios del arte, ha marchado siempre por el camino del progreso, á la cabeza de las demás.

Cúpole á España representar el primer papel en los destinos de la Europa, durante cierto periodo de tiempo, demasiado corto por desgracia; y una larga série de victorias y de portentosas conquistas, en ambos hemisferios, han hecho que ocupe un lugar muy distinguido en la historia. Pero si dignas de atencion y de estudio son las conquistas de Cortés y de Pizarro en el Nuevo Mundo, y las grandes guerras sostenidas por el emperador Carlos V, no lo son menos, y de más provechosa enseñanza, las de los españoles en Italia á principios del siglo xvi, donde la escasez de los medios jamás se halló en relacion con la grandeza de los resultados adquiridos.

Porque, ciertamente, señores, si las vastas conquistas con ejércitos numerosos y bien organizados, si los ruidosos triunfos y grandes batallas producen la admiracion de la multitud, el saber conformarse con las más desfavorables circunstancias, crear un ejército á la vista de un enemigo muy superior en número, y obtener, sin embargo, completa y decisiva victoria, son hechos que revelan méritos y cualidades muy sobresalientes. Y todo esto lo tenemos en nuestras campañas de Italia. Ved allí á Gonzalo de Córdoba, entregado á sus propias fuerzas, siempre escaso de recursos, asentar los fundamentos del moderno arte de la guerra; y más adelante, á poco de aparecer en las calles de Roma aquel insultante pasquin, en que se ofrecia un hallazgo á quien diese noticias del ejército español, que el hambre y la miseria habian hecho diseminar, obtenerse, con los soldados de este mismo ejército, hambrientos y desnudos, la brillante victoria de Pavía.

Voy, pues, á ocuparme, al tratar del renacimiento del arte de la guerra, en las conferencias sucesivas, de una de las épocas más gloriosas para España, sin olvidar por eso á las demás naciones, que directa ó indirectamente contribuyeron á los adelantos de este mismo arte.

El renacimiento tiene su origen en las cruzadas, y en nuestras prolongadas guerras de la reconquista. Los suizos, alemanes y franceses contribuyeron poderosamente á su preparacion, y los españoles, por último, lo llevan á cabo en las memorables campañas de Italia, que inauguran en nuestra patria una época de sangre y de trofeos, solo terminada en la gloriosa y funesta jornada de Rocroy.—He dicho.

E. DE LA IGLESIA.



# RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

## Segunda conferencia.

SEÑORES:

En mi anterior conferencia, despues de demostrar que la guerra es inherente á la naturaleza humana, tuve el honor de someter á vuestra consideracion un brevísimo resúmen de la historia del arte, con el único y exclusivo objeto de hacer resaltar la verdadera importancia de la época del renacimiento, tema que me he propuesto desarrollar en estas conferencias.

El asunto es de por sí difícil y espinoso, y tan importante en mi entender, que, con franqueza lo digo, bien merecia haber sido tratado por otro más cultivado ingenio que el escaso mio.

Y sin embargo, yo vengo á tratar del renacimiento del arte de la guerra, vengo á explicar sobre uno de los puntos más difíciles de nuestra difícil profesion! ¿Por qué, pues, haber elegido tal asunto teniendo como tengo el convencimiento de mi incompetencia? Lo he elegido, señores, en aras de mi entusiasmo por cuanto á las glorias de la pátria se refiere: lo he elegido por continuar, aunque indignamente, la tarea comenzada por uno de nuestros más insignes escritores, de revindicar para el soldado español, las glorias que los extranjeros le usurparan: lo he elegido, en fin, porque precisado á tratar sobre un punto determinado, ninguno se me ha ocurrido mejor que este.

Sin gran dificultad pronuncié mi primera conferencia, porque poco trabajo me costó ordenar las ideas generales que en ella os espuse; pero hoy, que, precisado á entrar de lleno en la cuestion, he tocado de cerca las inmensas dificultades que se me ofrecen, que ni tengo tiempo ni medios de hacer desaparecer, confieso mi incompetencia: confieso que tal vez he obrado muy de ligero al elegir asunto de tan difícil desarrollo como el que he elegido. Porque, ¿dónde están los profundos estudios que con tal objeto he debido de hacer? ¿Dónde esa energía, esa brillantez del pensamiento, esa claridad del lenguaje que lleven el convencimiento al ánimo de los que me

escuchen? ¿Dónde esas largas campañas, esos hechos de armas que me hayan enseñado, lo que solo la experiencia puede enseñar? ¿Dónde, por último, mi autoridad para juzgar esas brillantes operaciones militares que llevaron á cabo insignes capitanes? Nada de esto poseo por desgracia, y hé aquí por qué me creo en el deber de advertiros, que mis conferencias, lejos de constituir la historia completa del renacimiento del arte, se van á reducir á la exposicion de los incompletos datos que acerca del particular tengo adquiridos. ¡Ojalá que de algo aprovechen! Por mi parte, no solo abrigo el convencimiento de que nada nuevo puedo enseñaros, sino que al ocupar este puesto de honor se me figura que soy un discípulo pronto á explicar su leccion ante una infinidad de maestros. No os pido que seais benévolo é indulgentes para conmigo, porque ¿á qué pedir lo que de antemano se tiene concedido? Pero en cambio os suplico, que al menos por ahora hagais uso de toda vuestra paciencia, pues tengo que ocuparme de los tiempos anteriores al renacimiento, que constituyen una época tan brillante y abundosa en esos rasgos épicos, propios para la poesía ó la novela, como ingrata y escasa de interés para el estudio meditado de la ciencia militar. Sirva esto de disculpa á la rapidez con que pienso pasar por ella, á fin de llegar cuanto antes á la era memorable que comienza en la risueña aldea de Ceriñola y termina en los sombríos campos de Rocroy.

Dos grandes épocas de la historia, dignas ambas de profundo y meditado estudio, han llamado siempre muy especialmente mi atencion. Es una, aquella en que, estendida por un sinnúmero de pueblos la antigua civilizacion romana, cuando el mundo, cansado de luchar, yacia entregado á la más profunda paz, tiene lugar la venida del Hombre-Dios, que siembra en un terreno preparado la fructífera semilla del cristianismo. La otra, que bajo el punto de vista militar va á ser objeto inmediato de nuestro estudio, es aquella en que formadas, ya que no del todo constituidas, las modernas nacionalidades, la sociedad europea parece sacudir el letargo en que se halló sumida durante los siglos medios, y, entreviendo un porvenir venturoso, marcha adelante animada por la fé y sostenida por las más lisonjeras esperanzas.

¡Cuán grande es la época del renacimiento!  
Es cierto que el vulgo, digámoslo así, de aquella sociedad recién arrancada al feudalismo, se nos aparece todavía medio sumido en la barbarie; pero en cambio, ¡cuántos generosos esfuerzos emprendidos! ¡Cuántos hombres ilustres dando asombroso impulso á las ciencias! ¡Cuántos célebres artistas sacando del olvido las bellas artes!

Isabel la Católica, Cisneros, Cristóbal Colon, Gonzalo de Córdoba, Maquiavelo, el Tasso, Rafael, Miguel Angel, Giordano Bruno, el incomparable precursor de Bacon y Descartes, Copérnico, Galileo y otros muchos artistas, filósofos, literatos y guerreros, son otras tantas lumbreras que, cerrando la negra noche de los siglos medios, señalan la aurora de nuestra moderna civilizacion.

Esto en cuanto á la Europa en general considerada: respecto á nuestra patria en particular, bien puede con verdad llamarse la época del renacimiento, el siglo de oro.

Los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel inauguran en España

una brillante era, en la cual nuestra pátria ejerce su dominacion material é intelectual sobre las naciones principales de ambos continentes. Batallas como las de Ceriñola, el Garellano, Pavía, San Quintin, Otumba y Lepanto, conquistas como las de Granada, Nápoles, Méjico y el Perú, justifican la primera. Nombres como los de Garcilaso, Luis Vives, Blasco de Garay y Cervantes, simbolizan la segunda.

A esta época de grandes hombres que, como siempre sucede, se estiende á tiempos posteriores á nuestra decadencia, pertenecen á más de los citados, los juriconsultos Ramirez y Montalvo; los literatos y poetas Lebrija, Rojas, Lopez de Rueda, Tirso de Molina, Ercilla, Fray Luis de Granada; los historiadores Mariana y Las Casas; los filósofos Sepúlveda y Martinez Siliceo; el escultor Alonso Berruguete; los capitanes Gonzalo de Córdoba, García de Paredes, Cortés, Pizarro, Farnesio, el duque de Alva; los ingenieros Francisco Ramirez de Madrid y Pedro Navarro, esposo aquel de la célebre humanista doña Beatriz de Galindo; los marinos Vasco Nuñez de Balboa, Sebastian Elcano, Yañez Pinzon y tantos y tantos otros que no recuerdo y que constituyen aquella multitud de sábios, guerreros y hombres ilustres en ciencias y en artes, que hicieron de la naciente España la señora de dos mundos.

Y como si la Providencia se hubiera empeñado en suministrarla cuantos elementos fueran necesarios para hacerla grande, rica y feliz, vienen á ofrecernos el concurso de su inteligencia, ó de su perseverancia, ó la fuerza de su brazo, los nacidos en extranjero suelo, como el francés condestable de Borbon, los italianos marqués de Pescara y Andrés Doria; el portugués Magallanes, y el más grande de todos, el ilustre marino cuyos servicios fueron pagados con la más negra ingratitud; el que tantos brillantes, perlas y topacios añadió á la corona española, que su esplendor ya deslumbraba; aquel plebeyo, en fin, natural de Génova, á quien llamaban Cristóbal Colon.

Hé aquí, señores, á grandes rasgos trazada la época de que pienso ocuparme; época de importancia suma para la historia universal é imprescindible para el estudio del moderno arte de la guerra; época que, la mayor parte de los escritores militares extranjeros, en su afan de rebajar á esta desdichada nacion, han olvidado ó querido olvidar en sus obras. En una de las que más crédito gozan en nuestro ejército, el *Curso de arte é historia militar de Rocquancourt*, se dice al llegar á este período, que los franceses habian hecho pocos adelantos en el arte de las batallas, ménos tal vez que sus vecinos los alemanes y españoles; y sin embargo, no se dice qué adelantos habiamos realizado ni se mencionan apenas nuestras gloriosas campañas, sin duda por que, segun el indicado autor, las guerras de Italia y la prolongada lucha de la Francia contra Carlos V no dieron lugar á grandes adelantos.

Rocquancourt se equivoca, ó, renunciando á describir la larga série de desastres sufridos en aquel entonces por los ejércitos franceses, quiere equivocarse; porque en las guerras de Italia se inició y realizó el renacimiento del arte militar; y en las de Carlos V y posteriores de Flandes, puede decirse que Pescara, el duque de Alba, Farnesio, Spínola y otros ilustres capitanes, fueron los maestros, no sólo de los franceses, sino de Mauri-

cio de Nassau y de otros que, aunque excelentes generales, no pueden aspirar al título de regeneradores del arte, que en aquella época pertenece exclusivamente á los españoles.

A probar esta asercion se van á dirigir nuestros esfuerzos en el curso de estas conferencias, y para ello comenzaremos por examinar, siquiera sea rápidamente, los tiempos que preceden al renacimiento del arte.

Desmembracion tras desmembracion, derrota tras derrota, el antiguo imperio romano fué perdiendo sucesivamente una gran parte de sus extensas conquistas. Fraccionado en los dos de Oriente y de Occidente, este último no fué capaz de resistir las invasiones que, cual torrente asolador, se precipitaron de las sombrías selvas de la Germania sobre las risueñas campiñas del Mediodía. Alarico llama á las puertas de Roma; puertas de hierro, barreras formidables, que ningun osado enemigo se atreviera impunemente á trasponer; y sin embargo, cual si fueran de frágil vidrio, caen rotas en pedazos al primer golpe de la lanza de Alarico. Porque, ¿de qué sirven las puertas, de qué los muros, cuando el valor de un pueblo no los guarda?

Tambien á aquellas puertas llamó Breno; también llamó Aníbal; pero los escasos defensores de la Ciudad Eterna, preferian entonces la muerte á la deshonra. Los innumerables que encerraba para hacer frente á las hordas visigodas, querian vivir á cualquier precio, querian gozar, querian apurar hasta las heces la copa del placer, aunque estas heces destilaran amargo y mortífero veneno. ¡Y coincidencia singular! Para librarse los romanos por el pronto de sus terribles enemigos, tuvieron que reducir á moneda la estatua de oro del valor.

La ruina del imperio estaba decretada, y en aquel, que pudiéramos llamar inmenso desquiciamiento social, fueron perdiéndose sucesivamente la industria, las ciencias y las artes; y el mismo arte de la guerra, sin elementos que lo sostuvieran, desapareció para no levantarse en mucho tiempo.

Sin embargo, en los primeros tiempos de la invasion, ántes del definitivo establecimiento del régimen feudal, los pueblos bárbaros que invadieron el Occidente y Mediodía de Europa, habian copiado mucho de los órdenes y métodos de sus contrarios, como se deduce al considerar que sus ejércitos eran muy parecidos en su constitucion á los romanos.

Los borgoñones y longobardos, los godos y hasta los feroces vándalos, constituian el nervio de sus tropas con una brava y numerosa infantería; y los mismos francos, que eran los más atrasados, no tenian en su ejército, si hemos de creer al sábio Gregorio, obispo de Tours, más caballería que la que formaba la escolta poco numerosa del monarca. Además, en las batallas de aquella época, todavía puede encontrarse cierto orden y disciplina, que no tardaron en ir desapareciendo, gracias á los rápidos progresos del feudalismo.

En prueba de esta opinion pudiera citarse la batalla de los campos Cataláunicos, en que más de medio millon de hunnos, dirigidos por el feroz Atila, azote de Dios, como le apellidan los historiadores, fueron completamente derrotados por los godos y romanos coaligados. Allí, á la vez que se observa la rápida decadencia del arte, puede notarse que aun quedaba

el recuerdo de las antiguas prácticas. Allí vemos oponer gruesas masas de infantería á la numerosa caballería de Atila, y posiciones, cuya importancia se conoce, conquistadas y defendidas con tesón.

Pero no es necesario para nuestro objeto el detenernos á estudiar minuciosamente el arte militar durante la Edad Media; pues en tésis general, todo progreso se realizó, segun sienta el ilustrado Villamartin, con relacion al individuo y no á la masa colectiva.

«Hubo, sin embargo, un pais de Europa, declamos en nuestros *Estudios sobre las campañas del Gran Capitan*, la España, donde nunca se llegaron á olvidar por completo las buenas prácticas militares de los antiguos. Con el establecimiento del feudalismo casi coincide la invasion de los árabes, y la nacion, envuelta en una guerra nacional, se vió precisada á emplear sus esfuerzos contra el comun enemigo; así es, que con verdad puede afirmarse que en España la muerte del feudalismo está en su origen, y aunque esto no es decir que no existiese, nunca llegó á alcanzar el predominio que en el resto de Europa.

«Como consecuencia natural, aunque tardaron en establecerse las tropas permanentes, tuvimos ejércitos nacionales en los cuales no era desconocido el orden ni la disciplina, y si bien participaban de los defectos inherentes á la época, era en mucho menor grado que los de las demás naciones.

»El pueblo, que tomaba parte en la guerra al lado de la nobleza, fué adquiriendo derechos, dando así lugar á la creacion de las municipalidades, cuya milicia, completamente independiente de los feudos, fué la base y origen de los ejércitos permanentes. Si á esto se añade que los españoles, por su contacto y sus luchas continuas con los árabes, pueblo que alcanzó su mayor grado de civilizacion durante los siglos medios, se vieron precisados, no solo á conservar algunas de las antiguas prácticas, sino á crear órdenes y métodos nuevos, no nos deberá extrañar que sus ejércitos fueran los mejores entre todos los de Europa.»

Y esto, como queda dicho, fué debido única y exclusivamente á las prolongadas guerras de la reconquista.

Un pueblo nuevo, un pueblo virgen, encerrando en su seno todos los elementos de una potente civilizacion, y á la vez los vicios que más tarde habian de producirle un completo decaimiento, fanatizado por Mahoma, inspirado en una religion, mezcla confusa del cristianismo y del judaismo, comienza por establecer el poderoso imperio árabe y estiende despues, por la fuerza de la cimitarra, la religion que proclama como verdadera, el islamismo, por todo el norte de Africa y parte del Asia.

«Cuando los árabes se establecieron en las costas de Berberia, ya no eran los godos aquellos nobles y fuertes conquistadores que dictaran leyes al grande imperio romano. El pueblo español, reducido á la servidumbre, nada podia perder con cambiar de dueño: y muy poco podia esperarse, por otra parte, de aquellos afeminados monarcas, y de aquellos ambiciosos magnates, cuya actividad se gastaba en las intrigas palaciegas. Los desastrosos reinados de Witiza y de Rodrigo, acabaron por hacer aborrecible el, en otro tiempo respetable, nombre godo, y cuando llegó la hora del peligro, Rodrigo encontró en los 100.000 siervos, esclavos y judíos que á costa de inmensas dificultades pudo reunir, sus mayores enemigos; porque tal pue-

de considerarse el soldado que sin subordinación ni disciplina, se bate por la fuerza y sin interés ni entusiasmo alguno hácia la causa que defiende.

Así se explica la desastrosa rota del Guadi-Becca ó Guadalete, y el que en poco más de dos años conquistasen los árabes la mayor parte de nuestra bella Península.

No, no eran los árabes, como algunos historiadores han afirmado, un pueblo de bárbaros tan solo movido por la codicia y el afán de rapiña; eran, sí, unos conquistadores, llenos de fé en su religion é inspirados por el más vivo entusiasmo.

Creían que Dios daba impulso á sus brazos, y que morir combatiendo por su ley era *pasar á vivir en anchos y fresquísimos vergeles, plantados en un suelo de plata y perlas, donde serian amigos de los ángeles y conversarian con el profeta mismo.*

Tal era la fe que animaba á los hijos de Mahoma fundadores del califato de Occidente. ¿Qué peligros habian de arredrarles? ¿Qué obstáculos habian de encontrar en su arrolladora marcha? Ninguno. Para ellos el alfange era la llave del paraiso: la muerte el principio de una vida inmortal llena de goces y deleites.

La sensualidad, el fatalismo y otros principios corrosivos que encierra la religion mahometana, no habian comenzado á producir sus frutos cuando los árabes se establecieron en España. Así, pues, nada les impidió fundar aquella brillante civilizaci6n, cuyos magníficos restos podemos todavía admirar. Córdoba, Sevilla, Granada, Toledo y otras muchas ciudades, son otros tantos monumentos donde el historiador puede seguir paso á paso y estudiar las glorias y la decadencia del pueblo árabe.

La vega de Granada, la huerta de Valencia, las campiñas de Murcia, con sus admirables sistemas de riego, cuyos reglamentos todavia se observan, nos suministran nueva prueba del grado de cultura y civilizaci6n que llegaron á alcanzar aquellos soberbios conquistadores, hoy dia tan degradados.

Córdoba, capital del califato, llegó á contar más de 500,000 habitantes, 3,000 mezquitas 113,000 casas, 300 establecimientos de baños y 28 arrabales: sin enumerar sus magníficas bibliotecas y elegantes museos, tuvo hasta 27 escuelas de primera enseñanza exclusivamente dedicadas á los pobres, de modo que era raro el hombre de las clases más inferiores que no supiese leer y escribir.

Este bienestar, que llegó á alcanzarse en los reinados de Abderrahman III, y Al-Haken II, no era exclusivo de la capital, sino que se reflejaba en los pueblos, hasta en los más recónditos é insignificantes; pero tan alto grado de cultura, elevado á todo su ap6geo en los tiempos de Almanzor, fué trasladándose insensiblemente de la raza conquistadora á la conquistada, que, aun sin aprovecharse de él como debiera, tornándose á su vez en conquistadora, logró, despues de siete siglos de porfiadas y sangrientas luchas, plantar el morado estandarte de Castilla sobre las torres de la Alhambra, arrojando los restos degradados de aquel potente pueblo al otro lado del Estrecho.

Tal vez me haya detenido demasiado en la descripción, á primera vista ajena á mi asunto, que acabo de hacer; pero habreis de dispensarme al

considerar que mi objeto no es otro que el de deducir del estado de civilización del pueblo árabe, el que relativamente llegó á alcanzar en el arte de la guerra y organizacion de sus ejércitos.

No encontraremos en la historia de sus guerras grandes concepciones estratégicas, ni en la relacion de sus batallas el empleo de gruesas masas de infantería, ni una organizacion tan metódica y elemental como la de los griegos, ni tan admirable como la de los romanos; pero sí, veremos cuerpos permanentes bien organizados, una disciplina severa hasta el exceso y una marina tan respetable que, aun en los tiempos de la decadencia, era temible á todas las naciones de Europa.

Abderrahman I, de la dinastía de los Omniadas, destruye el poder de los Abasidas en España, y tomando el título de sultan é hijo del califa, á más del de emir, asienta los fundamentos del califato de Occidente.

Todos los árabes tenían la obligacion de tomar las armas cuando se predicaba la guerra santa, y como esta era casi continua en España, de aquí el que todos eran soldados; pero hasta la fundacion del califato puede decirse que no existieron cuerpos organizados en un estado permanente.

Abderrahman I, colocado en el trono, merced á su elevada inteligencia y esforzado corazon, dominando en un pais todavía destrozado por las facciones, formó, para su seguridad personal, una guardia, que bien pronto se vió convertida en un verdadero ejército de más de 40.000 hombres, perfectamente organizados y disciplinados.

Sus sucesores mejoraron la constitucion de estas tropas, y manteniendo en pié de guerra grandes fuerzas, podian poner á la vez dos ó tres ejércitos en campaña.

El núcleo de tales tropas lo constituyó siempre la guardia personal, que, en los tiempos de Abderrahman III el *Magnífico*, constaba de 12.000 slayos de infantería y 8.000 ginetes andaluces y zenetes, cuyos jefes eran individuos de la familia real. La constitucion de esta guardia dejaba, sin embargo, mucho que desear. Reclutada entre extranjeros, principalmente slayos, prisioneros, esclavos y aun ennueros, era un brillante cuerpo, mientras se hallase sujeto á la más exacta disciplina, y dirigido por una voluntad de hierro; mas en faltando una y otra, habia de convertirse, como en efecto se convirtió, en una turba tan desenfrenada y temible como lo fueron las de los pretorianos en Roma.

Amir, capitán ilustre, por sus continuos triunfos apellidado *Almanzor*, ó sea *el victorioso*, ministro universal del califa Hissen II, elevó á todo su apogeo el poderío militar de los árabes en la Península.

Cuidaba con estremada solicitud á sus tropas; pero al mismo tiempo les exigia la más exacta disciplina, hasta el punto de que, en cierta ocasion, pasando una revista á numerosa fuerza de caballería, hizo decapitar á un soldado y que pasearan su cabeza entre las filas, porque movido el acero que empuñaba se reflejaron en él los rayos del sol.

Almanzor sostuvo cincuenta y siete campañas y en todas confirmó su renombre de victorioso. Destruyó infinidad de ciudades cristianas, y entre otras las de Leon, Barcelona y Pamplona; y paseando sus temibles armas por todos los ámbitos de la Península, llegó hasta la ciudad de Santiago de Galicia, que saqueó é incendió, llevándose, como un trofeo á Córdoba, en

hombres de cautivos cristianos, para servir de lámparas en la gran mezquita, las campanas del templo del Apóstol, que fundara Alfonso II el Casto.

Con la muerte de Amir, ocurrida en Medinaceli el 10 de Agosto de 1002, á consecuencia de la célebre batalla de Calatañazor, segun unos, ó de enfermedad natural, segun los que sostienen que tal batalla no ha existido, comenzó la decadencia del poderoso califato de Occidente.

Los afeminados califas, entregados á todos los vicios, dejaron de ser capaces de gobernar; y aquellos ejércitos, compuestos de tan heterogéneos elementos, y sin una férrea voluntad que los dominase, se convirtieron bien pronto en una informe aglomeracion de fuerzas, más propias para imponer su voluntad al soberano, que para sacrificarse en defensa de la pátria.

Desde esta época hemos de buscar el progreso en el arte de la guerra entre los cristianos españoles, que, débiles en un principio, consiguieron al fin sobreponerse á sus temibles adversarios.

La organizacion militar de los árabes era en extremo sencilla. A partir del peloton de ocho combatientes, subdivision mínima en aquel ejército, todas las demás unidades tácticas seguian en su division una progresion geométrica, cuya razon era 5, así como era 4 en la táctica de los antiguos griegos. Del peloton de 8 guerreros, mandados por un *nadir*, se pasaba al de 40, cuyo jefe era un *arife*. Cinco pelotones de 40 constituian la division de 200 hombres, que podia considerarse como unidad de fuerza, y era conducida por un *nakib*. La reunion de cinco de estas unidades, ó sea la division de 1,000 hombres, era mandada por un *alcaide*; y por último, el cuerpo de 5,000 hombres, conjunto de cinco divisiones de á 1,000, estaba á las órdenes de un *emir* ó general.

Esta organizacion, propia para las estensas y rápidas conquistas que llevó á cabo aquel pueblo, no lo era para los adelantos de la táctica. Pero la ignorancia de los árabes en el arte táctico, se esplica perfectamente al considerar el atraso de los pueblos contra quienes combatieron. No se hallaban tampoco muy adelantados respecto á la ciencia de fortificar y al uso de las máquinas de guerra, ni dieron verdadera importancia á la infantería; todo por efecto de la rapidez de sus conquistas, si bien, como luego veremos, fueron los primeros que en Europa hicieron uso de la artillería.

Sin embargo, la severa disciplina que en los buenos tiempos del Califato se notaba en sus ejércitos; el orden que en ellos se observaba, en contraposicion á la tumultuosa intrepidez de las desorganizadas bandas feudales, nos han inducido á buscar en el pueblo árabe los primeros elementos para el renacimiento del arte de la guerra; elementos que, mejorados por los cristianos españoles, y unidos á los proporcionados por otras naciones, vinieron despues á fundirse en la potente mano del gran Gonzalo de Córdoba.

Cuando á la muerte de Carlo-Magno, la anarquía feudal, sin freno alguno que la sujetase, se habia enseñoreado por completo de la vieja Europa, amenazando el efímero poder de los reyes, ya los árabes se habian establecido en nuestra Península. Los nacientes reinos de Asturias, Navarra y Sobrarbe, origen de las poderosas monarquias de Castilla y Aragon, abrazaban muy escaso territorio; y aquellos monarcas que, para combatir



al comun enemigo, tenían que apelar á todas las fuerzas vivas del país, premiaban, es cierto, al noble, concediéndole señoríos sobre determinados territorios, pero á la vez se veían precisados á acordar derechos al pechero, que derramando su sangre contribuía en igual grado que aquel á la defensa de la pátria. De aquí nacieron los privilegios concedidos á las ciudades y villas, cuya fuerza crecía tanto más, cuanto mayor era la que perdía el feudalismo.

Las mesnadas de las ciudades y villas, entrando á formar parte de los ejércitos de la época, hicieron ya vislumbrar en lontananza la creación de los permanentes; pero si bien el feudalismo no llegó en España á alcanzar su completo desarrollo, existió y en no pequeña escala durante cierta época, como se prueba por la historia del reino de Aragon, casi convertido en república oligárquica, á favor del célebre privilegio de la Union, que rompió Pedro IV el Ceremonioso.

Sin embargo, es indudable que tanto por la circunstancia de no llegar el sistema feudal á ejercer tan grande predominio, como por la influencia de la civilización árabe, se mejoró mucho en España la ciencia militar. Basta para convencerse de ello registrar las siete Partidas del sábio rey Don Alfonso, y en la segunda encontraremos una ordenanza militar, y hasta puede decirse que un tratado completo de táctica, cosa entonces desconocida en el resto de Europa. Basta recordar las funciones de los adalides, empleo muy semejante al de nuestros jefes de estado mayor, y que era conferido, no por el capricho de los monarcas, ó por el favor de los nobles, sino por una junta facultativa, compuesta de doce adalides de los más distinguidos y sábios que pudieran encontrarse, quienes bajo juramento respondían de poseer el elegido las cuatro cualidades que marcan las leyes de Partida, á saber: *Sabiduría, esfuerzo, buen seso natural y lealtad*.

En prueba de nuestra opinion podemos tambien citar la importancia que llegó á alcanzar la infantería, cuando tan despreciada se veía en las demás naciones; pero de este particular contamos tratar con mayor extension en la siguiente conferencia.

Por último, solo las crónicas españolas de la Edad Media registran batallas como las de las Navas y del Salado, que tanto arte manifiestan por la disposicion que en ellas se dió á los ejércitos cristianos, haciendo ya presentir el renacimiento de la ciencia de la guerra.

En la primera, 100,000 españoles, conducidos por los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, marchan contra Mohamed-abén-Yacub, que al frente de 400,000 musulmanes habia invadido la Península. Ocupaba el agareno, cuyo campo se hallaba en Baeza, todos los pasos de Sierra-Morena, ante la cual se vieron precisados á detenerse los ejércitos cristianos combinados. Forzar de frente la posicion hubiera sido una imprudencia: retirarse, para dando un rodeo invadir la Andalucía por otro punto, era matar el entusiasmo que animaba á las tropas y provocar la desmoralización. Esperar á pié firme el ataque del enemigo, era el peor partido que pudiera adoptarse.

En este conflicto, presentóse en los reales de D. Alfonso de Castilla un pastor que ofreció enseñar un áspero sendero, oculto é ignorado, que serpenteando por entre aquellas breñas, conducía á un sitio á propósito para dar la batalla. Los adalides D. Diego Haro y García Romeu recibieron en-

cargo de reconocer el terreno, y encontrándolo practicable, todo el ejército emprendió sigilosamente la marcha, que los moros tomaron por una retirada; pero ¡cuál no sería la sorpresa de estos, cuando al siguiente día, 14 de Julio de 1212, vieron sobre su derecha á todo el ejército enemigo, que desembocaba en la extensa planicie de las Navas de Tolosa!

Es cierto que en la batalla, que tuvo lugar dos días después, vemos encomendado el principal papel á la caballería; pero el cuidado de los españoles en fortificar sus flancos, sus esfuerzos para romper el centro enemigo, y sobre todo, la circunstancia de haber conservado una fuerte reserva mandada por el rey de Castilla en persona, y á cuyo acertado uso se debió indudablemente la victoria, nos revelan algo de arte, y en especial, un orden en los movimientos de las tropas, que forma singular contraste con la indisciplina y desorganización que por entonces reinaban en los demás ejércitos europeos.

La batalla del Salado, que tuvo lugar el 30 de Octubre de 1340, contra los sectarios de la Media Luna, es también notable, más que por la intrepidez y valor de los cristianos, por las acertadas disposiciones que supieron adoptar.

Alentados los musulmanes por la derrota que en las aguas de Algeciras sufriera la armada castellana, invadieron nuestra Península, sin que nadie se les opusiera, con poderoso ejército, cuya cifra, incluyendo los contingentes conducidos por el rey de Granada, se elevaba á más de seiscientos mil hombres.

Los reyes de Castilla, Aragon y Portugal resolvieron unir sus esfuerzos contra el comun enemigo; y mientras la escuadra aragonesa, al mando de don Ramon de Moncada, se dejaba ver en las aguas del Estrecho, los otros dos monarcas marcharon contra el sarraceno, que á la sazón sitiaba á Tarifa.

A la aproximación de los cristianos, los moros, levantando el cerco, se aprestaron á la pelea. Entre ambos ejércitos corría un riachuelo llamado el Salado, en el que no había otro paso que un puentecillo de madera, cuya posesión había de tener suma importancia durante el curso del combate. ¿A qué describir este? Su materialismo es igual al de todos los combates de la Edad Media, y muy poco nos podría enseñar; pero no sucede lo mismo respecto al plan de batalla, que nos revela no era todo desorden entre las huestes españolas. Ambos monarcas, Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal, cuyos ejércitos reunidos no pasaban de 60,000 infantes y 18,000 ginetes, debían sostener la batalla, y cruzando el Salado en momento oportuno, destrozaron el grueso enemigo, situado en un espacioso valle al otro lado del río. Mientras tanto, las fuerzas de mar habían de hacer un desembarco, y secundadas por la guarnición de Tarifa, caer sobre el flanco y retaguardia mahometanos.

Este plan fué cumplido de la manera más satisfactoria, de modo que siendo tan inferiores en fuerza los cristianos, consiguieron aparecer superiores en todos los puntos decisivos. Allí tuvieron importancia la topografía y las comunicaciones; hubo marchas de flanco ántes de principiar el combate, movimientos combinados del centro y de las alas, y como en las Navas, jugaron con oportunidad las reservas. Allí mordieron el polvo 200.000 sarracenos, y se cogió tan inmenso botín que, según algunos his-

toridores, hizo bajar el precio del oro en un sexto del valor que tenía. Convendremos, pues, en que, si bien los ejércitos españoles participaban de los defectos inherentes á la época, no los poseían en tan alto grado, y que, léjos de presentar en las batallas una mezcla confusa de individualidades, sabían combatir en cuerpos compactos y ordenados.

No puede negarse, sin embargo, que el anárquico reinado de Enrique IV contribuyó poderosamente á impedir todo progreso en el arte militar, y así se comprende que España al principiar la guerra de Granada, aunque contaba con esclarecidos caudillos y con excelentes soldados, no tenía ni una infantería tan bien organizada como la suiza, ni una artillería tan móvil como la francesa; en una palabra, los materiales para la organización de la fuerza armada eran inmejorables: sólo faltaba combinarlos para producir un todo homogéneo.

Pero la guerra de Granada, y muy particularmente las posteriores en Italia, dieron lugar bien pronto á que el ejército español, llevando á cabo una revolucion completa en el arte militar, pasara á ocupar el primer lugar entre todos los de Europa.

Fué la guerra de Granada, término de una gloriosa epopeya de más de siete siglos, de suma importancia para el renacimiento del arte. Ciertamente que en aquel drama de diez años, que principia en Zahara y dá fin en la Alhambra, no encontramos grandes concepciones estratégicas que estudiar, y aun podemos observar operaciones militares dignas de severa censura; pero en cambio se adelantó mucho en los detalles, preparando el camino para el renacimiento del arte, que habia de realizarse en plazo no lejano.

Desde la sorpresa de Zahara por los moros en 1481, hasta su reconquista por el marqués de Cádiz en 1483, la guerra se hizo por esfuerzos aislados, que, si bien quebrantaban sucesivamente el poderío de los árabes, no pocas veces daban lugar á derrotas, como la de la Ajarquía, ocasionadas por la imprevisión ó demasiada intrepidez de los caudillos. Pero desde aquí, la guerra, emprendida en mayor escala, comenzó á hacerse por esfuerzos simultáneos y combinados, que despues de vencer inmensos obstáculos, vinieron á plantar la gloriosa enseña del cristianismo sobre las afligranadas torres de la Alhambra, antes coronadas por la orgullosa media luna.

Allí aprendió el soldado español á observar la más exacta disciplina; y la justicia con que era tratado, á la vez que el temor al castigo, le enseñaron á no entregarse á los actos de feroz vandalismo y de rapiña, tan frecuentes en las desorganizadas tropas de la Edad Media. El orden establecido en los campamentos llegó á ser admirable. «¿Quién hubiera podido figurarse, dice el erudito Pedro Marti, que el gallego, el forzado asturiano y el áspero habitante de los Pirineos, gente acostumbrada á actos de atroz violencia, y á mover riñas y pependencias en su país por el más ligero motivo, estuvieran juntos con la mayor armonía, no solo entre sí, sino aun con los toledanos, los manchegos, los astutos y celosos andaluces, viviendo todos con la más uniforme subordinación, como individuos de una misma familia, hablando una misma lengua y sujetos á una disciplina igual, de tal manera, que aquel campamento parecia una república modelada sobre los principios de la de Platon?»

Pero nada contribuía tanto á este fin como el ejemplo de los monarcas, y su celo por el bienestar de las tropas. A la egregia Isabel se debe la creación de los hospitales militares, honra de aquel siglo, y adelanto de suma importancia, que la Europa entera imitó despues.

«Siempre que el ejército salía á campaña, dice Pulgar en su crónica, iba con él un cierto número de cirujanos, los cuales cuidaban de los heridos en una tienda, separada de todo peligro y golpe del enemigo, proporcionándoles las medicinas correspondientes; á cuyo efecto tenían siempre á su disposición una botica, sin que pudieran exigir honorario ni obvención alguna por razon de sus curas, pues la reina, que les mandaba, recompensábalas liberalmente, aunque siempre guardando la proporcion del mérito y de las cualidades científicas.»

Adelanto de suma consideracion fué tambien el realizado en el sitio de Málaga en 1487, donde el célebre ingeniero Francisco Ramirez de Madrid, por primera vez ensayó la aplicacion de la pólvora á las minas, invencion que, por no ofrecer resultados satisfactorios, se atribuyó despues al conde Pedro Navarro, que la empleó con gran éxito en las campañas de Italia.

En el sitio de Ronda vemos sustituir las balas de hierro á los antiguos bolaños ó pellas; en los de Málaga y Baza, y en el mismo de Granada, podemos estudiar aquella admirable administracion establecida por la reina de Castilla; y en una palabra, los progresos en el empleo de la pólvora, en la castramentacion y en el modo de afirmar las líneas, fueron entonces más sensibles que nunca lo habian sido, y revelaban bien claramente que ya estaba dado el impulso para un gran desarrollo en la ciencia militar.

Alli vemos, por último, un ejército de 90,000 hombres sufriendo todos los rigores del invierno; cosa de que apenas se hallará ejemplo, ántes de esta época, en las demás naciones de Europa, donde las guerras no pasaban de los estrechos límites que exigian las luchas feudales.

La guerra de Granada puede, pues, considerarse como preparacion al renacimiento del arte, que no tardó en realizarse en las memorables campañas de Italia. Sin embargo, los suizos, franceses y alemanes, especialmente los primeros, contribuyeron por diversos medios á sacar del olvido las antiguas prácticas militares; así, pues, en la próxima conferencia, porque en esta ya temiera seros molesto, al ocuparme de las instituciones militares de España, examinaré tambien el estado de la milicia en las principales naciones de Europa, al inaugurarse la citada época, la más brillante, la más gloriosa, á no dudar, de toda nuestra historia; época de ilustres sabios y de excelsos capitanes, de grandes hechos y de heróicas virtudes, que siempre debiéramos tener presentes, cuantos con orgullo ceñimos al costado la espada del guerrero.

He dicho.

**E. DE LA IGLESIA.**

## RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

### Tercera conferencia.

SEÑORES:

Al ocupar por tercera vez este puesto, yo bien quisiera, evitando molestas y prolijas digresiones, entrar de lleno en el objeto de esta conferencia, sin necesidad de referirme á lo ya dicho en las dos anteriores; pero si he de reanudar el hilo de mi interrumpido discurso, forzoso me será retroceder y recordaros que por la brevisima reseña histórica de los tiempos anteriores al renacimiento del arte en España, que ya tuve el honor de exponeros, quedó demostrado, ó mejor dicho pretendí demostrar, que en nuestra patria no era todo desórden en los tiempos de la Edad Media; que en las batallas de las Navas y del Salado hubo algo más que el choque brutal de dos masas informes, prueba cierta de la inteligencia de los caudillos; y que en la conquista de Granada, por último, si no se encuentra una campaña modelo, si entre tantos campeones de la proeza como allí brillan, no se descubre ningun génio exclusivamente militar, en cambio se observan la perseverancia en el desarrollo de un plan general preconcebido y una infinidad de adelantos parciales, que revelaban bien claramente estaba próximo el momento en que una importante revolucion habia de efectuarse en la sublime ciencia de la guerra.

Y estos adelantos, y este estado relativamente próspero del arte de la guerra, ¿á qué era debido? ¿Lo era á que los españoles, en virtud de una ciencia revelada, sabian aplicar los principios militares por propia inspiracion y sin necesidad de previos conocimientos? ¿O á que existian táctica, organizacion, y reglas y principios fijos á que sujetarse? Indudablemente á esto último. Donde no hay táctica, donde no hay organizacion, donde no hay ordenanza, no puede haber órden, no puede haber disciplina. Donde no hay órden, donde no hay disciplina, no puede encontrarse la victoria, porque la victoria no pertenece ni al más osado, ni al más intrépido, ni al que cuenta mayor número de soldados, sino al que mejor conduce sus tro-

pas, al que sabe sacar partido de todas las circunstancias, al que con más acierto aplica los principios del arte.

En vano las legiones romanas tratan de dominar la Península ibérica, mientras las guerrillas y haces de Viriato, ó las legiones de Sertorio las resisten. En vano numerosos ejércitos de galos quieren socorrer á la sitiada Alesia, si las tropas de César se lo impiden. En vano caen sobre la Europa las hordas de humnos del feroz Atila, si los gruesos escuadrones de Teodoro las combaten.

¿Y qué fué de aquellos nobles caballeros que *Cárlos el Temerario* conducía contra los montañeses de la poética Suiza? Que los montañeses, los pastores, inspirados por el cielo, ó recordando tal vez confusamente las batallas de Maraton y de Platea, de Leutria y Mantinea, forman en falange, esto es, en apretadas masas, y cruzan sus picas esperando tranquilos el ataque del enemigo. Y los escuadrones de la Borgoña que, más que de hombres y caballos, de movable hierro parecían, se estrellan, se rompen, se desbandan al chocar contra aquellas terribles y ordenadas masas, que á erizados bosques de picas semejaban.

Y en España, si hubo durante los siglos medios triunfos que revelaban notables adelantos, campañas que demostraban conservarse el recuerdo de las antiguas prácticas militares, debido era á que, aunque todo imperfecto, había táctica, organizacion, ordenanza, como ya creo haber indicado en mi anterior conferencia.

Y habiendo táctica, organizacion y ordenanza, claramente se deduce la importancia que deberia concederse á la infantería.

Porque es indudable, señores, que el predominio de la infantería en los ejércitos ha sido siempre señal cierta de los adelantos en el arte. Por el contrario, su decadencia se ha efectuado siempre con la excesiva importancia de la caballería. Y esto se comprende perfectamente. La caballería es el rayo que destruye y arrolla cuanto encuentra á su paso. La infantería es el orden, es la inteligencia, que se sobrepone á la fuerza material.

Los tiempos medios, los tiempos de la ignorancia, son los tiempos caballerescos. La edad moderna, la edad del progreso, la edad de la ciencia, es la época del predominio de la infantería en los ejércitos. Y no es esto decir, como algunos han afirmado, que la caballería sea inútil, dados los portentosos adelantos últimamente realizados; por el contrario, es más necesaria que nunca; pero ha de ser tan excelente, tales condiciones han de reunir sus caudillos, que el papel que les está reservado en las gueras modernas ha llegado á ser difícil en extremo. No se trata ya de que un escuadron compuesto de acerados hombres, de armas, lanza en ristre marche al trote contra turbas de peones armados de ballestas, pica y partesanas: se trata de lanzarse al galope, en perfecta alineacion y á pecho descubierta, contra cerradas masas de excelente infantería que, cual el cráter de un volcan, vomitan fuego y destruccion por todas partes. Se trata de lanzar, sobre la retaguardia y flancos del adversario, partidas que intercepten los convoyes, destruyan las comunicaciones y proporcionen noticias de todo género. Se trata de lanzar en dispersion, esta es la palabra, cuerpos enteros á vanguardia de un ejército invasor, que talen y destruyan el pais, atemorizen á los pueblos y den noticias exactas de la configuracion

del terreno, obstáculos que pueden presentarse, espíritu de los habitantes, movimientos del enemigo; se trata, en fin, de hacer de la caballería el auxiliar más poderoso del cuerpo de Estado mayor.

Pero su papel, importante sin duda, no es ni puede ser más que secundario. La infantería es el arma de los combates, es el arte, es la ciencia, es la prenda más segura de la victoria, que ciertamente no podrá obtener sin grandes pérdidas, á no contar con el auxilio de la artillería, ni jamás completar debidamente si no es secundada por la caballería.

Y esto sentado, entraré en materia, haciendo una brevísimas reseña de las instituciones militares que en España precedieron al renacimiento del arte de la guerra, fijándome especialmente en aquellas que, por su carácter en cierto modo permanente, forman ya una parte, digámoslo así, de este mismo renacimiento.

El estado de civilización que en los tiempos de la Edad Media llegó á alcanzar nuestra bella Península, debido al continuo contacto con los árabes, el pueblo de mayor cultura intelectual en aquella edad de hierro, habia de reflejarse, no sólo en el génio de nuestros caudillos, ó en el acertado empleo de diferentes armas en un día de batalla, sino también en la organización de las tropas. De aquí el que, si bien el sistema feudal y las preocupaciones de la época traían inevitablemente el predominio de la caballería, nunca la infantería cayó en el completo desprestigio que en las demás naciones.

Desde el siglo XIII vemos en España cuerpos de esta forma organizados militarmente. Increíble parecería, si no constase por documentos auténticos, que en la época de la proeza y del caballerismo, cuando los ejércitos europeos se componían únicamente de caballería, fuese concedida en nuestro país, y especialmente en la corona de Aragón, una preferencia tan marcada á la caballería. Y sin embargo, nada es tan cierto; en una ley de Don Jaime *el Conquistador* se consigna claramente, que venciendo en las batallas los hombres de á pie á los de caballo, deben aquellos ser atendidos con preferencia, para lo cual se dan varias reglas con respecto á las armas que deberán usar y se fijan ciertos detalles de organización.

Hé aquí un párrafo de dicha ley, escrita en el antiguo idioma lemosin, tal como se halla en el archivo de la corona de Aragón, que no dejará duda alguna acerca del particular:

«Experiencia qui es maestra de totes coses clarament demostra quel senyor rey ne les sues gents no deuen seguir les vestigies de lurs predecessors en los fets de les armes, car ells se armaven es combatien á cavall é ara ven hom quels homens quis armen á la guisa es combatien á peu ven cen les batalles als homens á cavall, et conquisten regnes et terres et en altra manera son pus forts et pus grens denvehir que no los de cavall... et cetera, etc.»

Pero aunque la infantería española en general, acostumbrada á las continuas luchas con los moros, supiera batirse, y observase en las batallas cierto orden desconocido en los ejércitos extranjeros, como quiera que se licenciaba tan pronto concluía la campaña, no habia sido posible establecer en ella la debida disciplina, base principal de todo ejército bien organizado.

Existía, sin embargo, un cuerpo en cuyo favor debemos hacer una excepción; nos referimos á los almogávares. Eran estos una especie de soldados ligeros, parecidos á los velites romanos, y cuya principal mision en campaña consistia en reconocer el terreno á vanguardia del ejército, marchar sobre los flancos del enemigo y molestarle continuamente, ya sorprendiendo partidas aisladas, ya interceptándole los convoyes.

El origen de esta clase de tropa se remonta á los primeros tiempos de la reconquista. Varios montañeses navarros, aragoneses y catalanes, reunidos en pequeñas cuadrillas, á las órdenes de algunos nobles, comenzaron á hacer continuas correrías por las tierras de los moros, y de tal modo el éxito coronó sus esfuerzos, y tan señalados servicios prestaron á los monarcas de Aragon, que muchas de estas partidas fueron sostenidas por la corona en un estado permanente.

En el siglo XIII era ya objeto de reglas especiales la organizacion de este cuerpo, y en las leyes de partida se fijan con minuciosa escrupulosidad las cualidades que deben reunir los que aspiren á ser almogávares. Vestidos de pieles, calzados con abarcas y envuelta la cabeza en una especie de redicilla metálica, causaban un terror extraordinario, no solo á los peones, sino tambien á aquellos hombres de armas completamente cubiertos de hierro, que ante esta especie de soldados perdian todo su aplomo y el valor que siempre les distinguia.

Extraño parece á primera vista, que conociendo la bondad de esta clase de tropa, no se pensase en adoptar, para toda la infantería, una organizacion más permanente que la que entonces existia; pero el predominio de la nobleza habia de hacer que todavía se tardase cerca de dos siglos en llevar á cabo esta reforma.

Las armas usadas por los almogávares eran la lanza, la espada y tres ó cuatro dardos, que clavaban con admirable tino en el sitio donde apuntaban. Fueron, pues, los almogávares, y no los suizos, los primeros en armarse con la lanza ó pica, y aun en resucitar el antiguo sistema de las masas, olvidado desde los tiempos de Carlo-Magno, pues si bien los suizos lo perfeccionaron, ya lo habian empleado anteriormente aquellos en cuantas ocasiones lo creyeron necesario, y de ello podriamos presentar más de un ejemplo: en la campaña de Alcoll, habiendo sido sorprendidos por innumerables fuerzas de caballería mora, se reunieron en un momento, presentando al enemigo una masa tan compacta, que este no pudo romper con sus repetidas cargas.

La organizacion de los almogávares era muy sencilla. Hallábanse divididos en compañías mandadas por almocadenes. El que aspiraba á ejercer este empleo, habia de reunir á todas las condiciones de un buen soldado ligero, mucha práctica en la guerra, una lealtad á toda prueba, y esfuerzo para animar á su tropa y acometer al enemigo. Es curioso el sistema que observaban para hacer la eleccion. Reunidos doce almocadenes veteranos, se colocaba el aspirante de pié sobre dos lanzas cruzadas, teniendo en la mano otra con banderola: en esta disposicion se le alzaba en alto, y enris-trándola repetia, volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, el siguiente juramento:

«Yo desafio en nombre de Dios á todos los enemigos de la fe et mio se-



ñor et rey de la tierra.» Después de esto se le bajaba y quedaba hecho almocaden.

Una de las principales cualidades de los almogávares consistía en su extraordinaria movilidad. Sóbrios, sufridos, insensibles á la fatiga, se mantenían durante la campaña con la ración diaria de pan y con yerbas, que ellos mismos preparaban, usando por única bebida el agua. No es, pues, extraño que Montaner mencione como una particularidad, que los que formaban parte del ejército aragonés de Italia en 1281 no llevasen bagajes, cuando en aquella época cada hombre de armas necesitaba por lo ménos uno para conducir su magnífico equipaje.

Pero la empresa que verdaderamente dió á esta singular milicia un nombre inmortal, fué su célebre expedición al imperio griego de Oriente.

Un pequeño ejército de catalanes y aragoneses, en número de 4,000 infantes y 1,500 caballos, marchó á Grecia en auxilio del emperador Andrónico, sin fuerzas ya para sostener su debilitado imperio contra las invasiones de los turcos.

No cumple á mi objeto el ocuparme extensamente de los brillantes hechos de armas que en aquellas lejanas tierras tuvieron lugar. Baste recordar, que allí se inmortalizó el nombre del intrépido y desgraciado Roger, y los de Berenguer de Eutenza, Rocafort, Corberán y otros, y que tan corto número de hombres llevó allí á cabo hazañas tales y tan extraordinarias, que aunque merezcan estudiarse por el militar inteligente, son más bien dignas de las brillantes galas de un poema épico que de la fría y detallada narración histórica.

Otras varias instituciones fueron conocidas en España con el carácter de permanentes. Tal puede considerarse la de los monteros á caballo, guardia personal de los reyes de Castilla; pero el primero y verdadero ensayo de un ejército permanente se debe al condestable D. Alvaro de Luna. Este eminente hombre de Estado, deseoso de abatir la altivez y el orgullo de los nobles, había creado, á costa de grandes dificultades, un cuerpo de 1,000 lanceros, al que se agregaron al poco tiempo una numerosa guardia de ballesteros á pié y otra de monteros á caballo; pero aquel altivo ministro, que tan adelantado á su siglo vivía, queriendo corregir los vicios de la sociedad, fué pagado por D. Juan II, aquel monarca poeta, con la más negra ingratitud, encontrando el cadalso como único premio por sus esclarecidos servicios; el hombre célebre, que por su idea fija y constante, cual era la de abatir el poder de la turbulenta nobleza, puede considerarse sucesor de don Pedro el Cruel y digno precursor del gran cardenal Jimenez de Cisneros.

El alistamiento para la infantería ya se hallaba sujeto á reglas especiales en el año 1407. Según una ordenanza del infante D. Fernando, los alistados debían dividirse en decenas, nombrando *decenarios* ó *cuadrilleros* de cada una, y para cada ciento de aquellos un cuadrillero mayor; de modo que quedaba constituida una unidad táctica semejante á nuestras modernas compañías.

En 1463 se hizo en Jaen un ensayo para dar una nueva organización al ejército. La infantería, compuesta de ballesteros, espingarderos y lanceros con escudo, fué dividida en *collaciones* al mando de jurados, y estas en decenas, con sus decenarios. Según la crónica manuscrita del condestable don

Miguel Lúcas, esta tropa se empleó todos los domingos, durante la asamblea, en ejercicios militares, distribuyéndose por el mismo condestable varios premios para los soldados que más sobresalían.

Pero como tales fuerzas sólo servían mientras duraba la campaña, aunque superiores por su organización á las hasta entonces conocidas, adolecían de graves inconvenientes. Conociéndolo así los Reyes Católicos, determinaron crear un cuerpo bajo bases más permanentes y completamente independiente de la nobleza.

No era este cuerpo entonces completamente nuevo, aunque sí bajo la forma en que se organizó. La hermandad era ya de antiguo conocida. Su origen se pierde en los más tenebrosos períodos de los siglos medios; pero institución enteramente popular, no tuvo en sus primitivos tiempos, como por algunos se ha supuesto, el objeto de contrabalancear el poder de la nobleza, pues cuantos reglamentos se encuentran pertenecientes á sus primeras épocas no tratan más que de la persecución y castigo de los delincuentes. En 1315, bajo el reinado de Alfonso XI, es cuando por primera vez se vé la intervención de la corona en aquella popular asociación. Sabido es el interés con que este excelso monarca se propuso extirpar las numerosas gavillas de bandoleros que, restos de las continuas luchas civiles, causaban perjuicios incalculables al país; pero, según puede deducirse del cuaderno de leyes que dió á la ciudad de Búrgos, no le guiaba entonces la elevada idea que más tarde hizo de la Santa Hermandad la base y origen de los ejércitos permanentes.

Según los reglamentos de 1476, este cuerpo había de constar de 2,000 ginetes, cuyo principal objeto era la persecución y castigo de los malhechores; pero pronto se decidieron los Reyes Católicos á aumentar estas fuerzas, con motivo de la guerra de Granada.

Al efecto, por acordada de la junta general de la *Santa Hermandad*, se expidió una real cédula en 15 de Enero de 1488, mandando proceder al alistamiento y organización de 10,000 hombres de infantería. Esta fuerza fué distribuida en doce capitanías, asignando á cada una 720 lanceros, 80 espingarderos, 24 cuadrilleros, 8 atambores y un abanderado, lo que forma un total de 833 plazas para cada capitanía.

El traje de estos soldados consistía en un sayo de lana blanca con manga ancha y cruz roja en el pecho y en la espalda, calzas de paño encarnado, y en la cabeza un ligero casco de hierro batido.

Al mismo tiempo la Hermandad de Vizcaya organizó otra fuerza de 2,500 infantes, armados de lanza y espada, y de 2,500 ballesteros con espada y puñal.

A poco que nos fijemos, conoceremos la superioridad de la organización que se dió á estas tropas, sobre la existente en las demás naciones europeas. Como los suizos, habíamos comprendido la verdadera importancia de la pica; pero nuestros batallones eran mucho más móviles que los suyos. Lástima es que las armas de fuego figurasen en tan corta proporción, si bien las campañas sucesivas darán poco á poco á conocer el papel que les corresponde desempeñar.

Gonzalo de Córdoba, obligado á combatir contra enemigos muy superiores en número, mejoró mucho la organización del ejército. Su infantería

en las últimas campañas de Italia se hallaba dividida en capitanías de 500 hombres cada una, de los cuales 200 eran piqueros, 100 arcabuceros y 200 armados de rodela y espada. Estos últimos, llamados á desaparecer con el progresivo aumento de las armas de fuego, prestaron, sin embargo, grandes servicios en las citadas guerras. Era su principal objeto romper las apretadas masas de los piqueros suizos, que, invencibles ante la caballería, nada podían contra estos soldados ágiles y fuertes, que, metiéndose por debajo de sus largas picas, les obligaban á batirse cuerpo á cuerpo.

Maquiavelo, hablando de esta especie de tropa, dice con referencia á un combate sostenido contra la infantería de Aubigny:

«Vinieron á los manos los alemanes, y con sus picas bajas atacaron á los infantes españoles; pero estos, ayudados por sus escudos y por la agilidad de su cuerpo, se mezclaron con los alemanes, de modo que pudieron alcanzarlos con la espada; de donde provino la muerte de casi todos ellos y la victoria de los españoles.»

El citado escritor, en su *Arte della guerra*, hace un largo elogio de esta clase de combatientes, y tomando por modelo la táctica del Gran Capitan, los combina de diferentes maneras con los piqueros y arcabuceros.

Es de notar, y esto confirma mi opinion de que en España se tenían principios militares y habia un criterio fijo á que sujetar las cosas de la guerra; es de notar que los nobles no repugnasen ponerse al frente de la infantería, pues vemos mandando las capitanías de la Santa Hermandad al duque Alfon, al Sr. de Portocarrero, Ayala, Alarcon y otros, mientras en Francia, por ejemplo, solo algunos años más tarde, conociendo Francisco I la necesidad de dar importancia á esta arma, puso á su frente á Bayardo y á otros caballeros principales.

Hemos visto ya cuál era el estado de la infantería española á fines del siglo xv, época en que principiaron las campañas de Italia; veamos ahora la organizacion que se dió á la caballería.

La de las órdenes militares, constituyendo cuerpos bien organizados y disciplinados, prestó grandes servicios durante las prolongadas guerras de la reconquista; pero llamada á desaparecer con la institucion de los ejércitos permanentes, no nos ocuparemos de ella y pasaremos á hacerlo del cuerpo de *Guardias viejas de Castilla*, base de donde han partido cuantas reformas ha sufrido la caballería hasta la época actual.

La mayor parte de los monarcas castellanos habian conservado una tropa de unos 2,000 caballos próximamente, que, con el nombre de *Cohorte de la guardia*, habia servido para dar más fuerza y autoridad á la corona. Pero disuelta en el tiempo de Enrique IV, los reyes D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel no encontraron á su advenimiento al trono cuerpo alguno de caballería en situacion permanente.

Importantes innovaciones se hicieron en los contingentes que para esta arma suministraron las ciudades y villas al principiar la guerra de Granada; pero puede decirse que hasta despues de terminada la conquista no se adoptaron reglas fijas para su organizacion.

Por decreto de 2 de Mayo de 1493 se mandó proceder á la creacion del cuerpo de *Guardias viejas de Castilla*, que habia de constar de 2,500 caballos, distribuidos en 25 compañías de á 100 plazas. La plana mayor de cada

una de estas compañías se componia de un capitán, un teniente, un alférez, un porta-estandarte y un trompeta; y la de todo el cuerpo, de un capitán general, un contador general, un alcalde, un alguacil y un escribano. Cada hombre de armas habia de tener dos caballos; el uno encubertado á la divisa de las armas reales de Castilla y de Leon, y el otro, llamado de dobladura, para el paje de lanza. Iban armados de punta en blanco, con lanza de armas de arandela y ristre, maza de armas, estoque y escudo, á excepcion de la quinta parte de los de cada compañía, que formaban una seccion de ginetes ó caballos ligeros, sin más armas ofensivas que espada, puñal y ballesta.

Era este cuerpo en extremo costoso, y aunque excelente por el escogido personal de que constaba, no llenaba cumplidamente su objeto; así es que no tardó en sufrir varias reformas, unas útiles, otras perjudiciales, pero todas ya á partir de su primitiva organizacion, que puede considerarse como la base que en nuestro país ha hecho de la caballería una institucion permanente.

La caballería ligera, aunque figura en corta proporcion en este cuerpo, se hallaba muy generalizada en España, donde á causa de las continuas revueltas interiores y de las prolongadas luchas con los moros, los habitantes de los campos y de los pueblos fronterizos no abandonaban nunca sus armas, habiéndose acostumbrado á cabalgar á la ligera, ó á la gineta, como entonces se llamaba. En caso de guerra constituian una excelente caballería irregular, que causaba grandes daños en el territorio enemigo.

En la crónica de D. Pedro el Cruel por Pedro Lopez de Ayala, se hace repetida mencion de castellanos y ginetes, distinguiéndolos como tropa de diversas circunstancias. Los castellanos eran, segun parece, hombres de armas de Castilla, esto es, armados de todas armas, con estribos largos; y los ginetes, caballería andaluza, más ligera y de grande utilidad, montada con estribos cortos y armada con lanza y adarga.

Para concluir, daremos una ligera idea del estado en que se hallaba nuestra artillería.

Que fuera Wiley, príncipal de la China, el inventor de la pólvora en el año 85 de nuestra era; que lo fueran los árabes durante el apogeo de su civilizacion, ó bien el monje alemán Schwartz en el año 1330, cuestion es que no me propongo dilucidar, pues confio en que se ocupará del asunto un ilustrado sócio de este Ateneo, que explica sobre los adelantos de la artillería desde sus tiempos primitivos hasta nuestros días.

Por mi parte, no me cabe la menor duda de que los árabes introdujeron la artillería en España, esto es, el uso de la pólvora como agente impulsivo, á mediados del siglo xi, en el cerco de Madrid, en el año 1084; en el de Zaragoza, ocurrido en 1118; en el de San Lúcar de Barrameda, en 1251, y en otros varios se hizo uso de gruesas piezas cargadas de pólvora, pero fueron tan escasos los adelantos que se realizaron, que el uso de este poderoso medio de destruccion estuvo por mucho tiempo reducido á los sitios de plazas fuertes. El enorme tamaño de las piezas hacía difícil su transporte, y aun despues de puestas en batería, la tosquedad de su construccion era causa de que la carga fuese lenta en extremo, y por consiguiente, de que los disparos se sucediesen á grandes intervalos.

La mayor parte de las antiguas piezas se fabricaban uniendo barras de hierro á modo de duelas, y sujetándolas por fuertes aros tambien de hierro; pero en la época de que nos ocupamos ya se habian empezado á construir por fundicion.

Muchas de ellas eran de recámara postiza, y cada una tenia dos ó tres, habiéndose llegado á conseguir por este medio alguna mayor rapidez en los disparos; pues mientras una de las recámaras era ajustada, podia estarse preparando la otra; pero los procedimientos de la carga eran tan complicados, que no fué mucho lo que se adelantó con este espediente. Además, tan enormes piezas, dificiles de transportar, tenian que ser tiradas por bueyes, con lo cual se comprenderá el poco uso que se haria de ellas en las batallas.

Hasta el reinado de los Reyes Católicos puede decirse que el cuerpo de artillería no fué regularmente organizado. Estos monarcas, conociendo la necesidad de mejorar tan importante ramo de la milicia, confiaron su direccion al célebre ingeniero Francisco Ramirez, de Madrid, creando además otros cargos de importancia, como el de *Maestro mayor de artillería*, y el de maestros lombarderos, para los cuales fueron nombradas personas de reconocido mérito.

Tratóse de reducir el volúmen de las piezas, y un inmenso número de operarios, dirigidos por entendidos maestros, fueron destinados á trabajar en el arma; pero aunque el servicio quedó regularmente organizado, no se llegaron á realizar tan grandes adelantos que sobrepujasen á los que en la misma época habian llevado á cabo nuestros vecinos los franceses. Las piezas continuaron arrastradas por bueyes, y se tardó todavía algun tiempo en aligerar sus montajes y en emplearlas convenientemente en los campos de batalla.

Hé aquí en resúmen, señores, cuál era con corta diferencia el estado de la milicia en España al inaugurarse aquella brillante época, que hizo de nuestra nacion la nacion más poderosa de la tierra. La más poderosa, cuando su mayor parte, la monarquía castellana, estaba próxima á su completa ruina; cuando el país, destrozado por las facciones, ofrecia el más desconsolador espectáculo; cuando, desconocida la justicia, no imperaba sino la ley del más fuerte; cuando, segun dice Prescott, «habia caido en tal desprecio la autoridad del monarca y de los jueces reales, que la ley no tenia la menor fuerza; reinaba en las ciudades la misma inseguridad que en el campo, y no parecia sino que el brazo de cada hombre estaba levantado contra su semejante; se robaban los bienes, se atropellaba á las personas, se profanaban los lugares más santos, y las numerosas casas fuertes derramadas por todo el país, en vez de servir de amparo al débil, estaban convertidas en cuevas de ladrones.»

Es un espectáculo sorprendente, es un verdadero fenómeno el que ha podido observarse en esta nacion, cuando en completa decadencia, á veces degradada y hasta envilecida, se ha levantado fuerte y orgullosa recordando al mundo lo que significa y lo que vale el nombre español.

Invaden los árabes nuestro territorio, y cuando destruida la ya gastada y ántes floreciente monarquía goda, todo podia considerarse perdido, desde un rincon de las montañas de Asturias se anuncia el nacimiento de otra, con el tiempo, más potente monarquía.

¿Podía darse estado más deplorable que el en que se hallaba el reino de Castilla al advenimiento al trono de la excelsa Isabel I? ¿Y en este mismo siglo no se creía, hasta por patricios muy respetables, que después combatirían como buenos, que los españoles estaban en un estado tal de degradación que fácilmente serían dominados por las águilas francesas?

Pero volviendo á la época de que me ocupo, podrá con verdad afirmarse que en vano se buscará en la historia de los pueblos, con una sola excepción, revolución parecida á la efectuada en España á fines del siglo xv. Cuantas revoluciones conocemos ó han sido realizadas por el poder absoluto de un conquistador, como Alejandro, cambiando por completo el mapa de la India, ó por el ejército en nombre del pueblo, como el ejército inglés mandado por Cronwell destruyendo el trono de Carlos I, ó por el mismo pueblo, como el francés, al llevar al patíbulo al desgraciado Luis XVI.

Pero solo dos naciones, una en tiempos muy remotos, Esparta, bajo la dominación de Licurgo, y España en el reinado de los Reyes Católicos, verifican sus revoluciones sin sacudimientos, comprendiendo el país la bondad de las disposiciones dictadas por el poder y prestándose ambos mutuo auxilio para sacar á seguro puerto la nave del Estado. Y así vemos, que en el reinado de aquellos excelsos monarcas, los españoles, no contentos con haber formado cuerpo de nación, encontrando toda la fuerza, toda la energía, toda la ciencia de la época reconcentradas en sus manos, necesitando ancho campo á la ambición que les domina, se derraman por toda la faz de la tierra y emprenden una serie de conquistas y descubrimientos que hacen de España la nación más poderosa y respetada en ambos hemisferios.

Y por este ejemplo, que, aunque en menor escala, se ha repetido más de una vez en España, porque hemos, en ocasiones, sabido sacar fuerzas de flaqueza, y porque nos hemos proporcionado recursos donde nadie creía que los hubiera, abrigo el convencimiento de que nuestra patria cuenta con grandes elementos de vida, y llegará día en que se levantará potente y orgullosa, abandonando esa postración en que há largo tiempo está sumida.

Mas no basta para esto que, cual yo la tengo, tengamos todos fé en el porvenir. No basta que manifestemos nuestro esfuerzo y valentía cuando llegue el día de la prueba. Es preciso no olvidar el siglo de civilización y de cultura intelectual en que vivimos. Es preciso tener presente, que la ciencia y la fuerza se unen por momentos en el más estrecho consorcio; y nosotros, representantes de la fuerza, en vano ceñimos una espada al costado, si la ciencia no nos enseña á manejarla; quiero decir, que en vano nos llamamos militares, si no comprendemos la sagrada y difícil misión que nos está encomendada; misión que sólo podremos cumplir consiguiendo, tal vez en un plazo no lejano, el completo triunfo de la justicia por medio de la meditación y del estudio, infiltrando la ilustración en las filas del ejército, reanudando los ya rotos ó débiles lazos del compañerismo y agrupándonos todos bajo una misma bandera; bandera ya enarbolada por este Ateneo, y cuyo lema es el honor y la práctica constante de todas las sublimes virtudes militares.

He dicho.

E. DE LA IGLESIA.

## RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

### Cuarta conferencia.

SEÑORES:

La ciencia ó, mejor dicho, el arte de la guerra, ese arte de ruina y destrucción, ese arte que, á juzgar por las opiniones de aquellos que, contentándose con examinar la superficie de las cosas, jamás penetran en su fondo, no debiera conocerse, es, sin embargo, el más admirable conservador de la humanidad, pues que su fin y principal objeto no es otro que el de defenderla y ampararla en sus intereses morales y materiales.

Este arte, dice el general Sanchez Osorio en su excelente obra titulada «La profesion militar,» engendra, sostiene y eleva todas las nobles pasiones, produciendo el heroísmo más sublime; y así es, continúa, dar el guerrero su sangre y existencia con sin igual desprendimiento y ánimo tranquilo, pues su conciencia le hace sacrificarse por sus semejantes, esperando eterna recompensa para su espíritu y gloria inmarcesible en la historia.

La guerra, inherente á la naturaleza humana, según sostuve en mi primera conferencia, acarrea indudablemente males sin cuento; lleva consigo el terror y la desolacion, la desgracia á infinidad de familias; arranca al hijo de los brazos de la madre, al esposo del lecho conyugal; y, sin embargo, la guerra, no puede negarse, purifica á los pueblos degenerados, realza las más nobles virtudes y es con frecuencia la conductora de la civilizacion.

¿Cuántas grandes ideas que hubieran necesitado para transmitirse el espacio de muchos años, lo han sido con la rapidez del rayo á favor de la guerra?

¿Cuántos pueblos no han debido á la guerra su regeneracion politica y social?

La justicia misma, dice un ilustre escritor, nada vale, si no está apoyada por las armas, con las cuales se pronuncian decretos más decisivos.

Evidente es que me refiero á la guerra tal cual la comprende la mo-

terna civilizacion; no á las contiendas muchas veces brutales de los siglos medios; no á aquellas interminables luchas en que sólo se ventilaban intereses particulares, sino á la gran guerra en que se disputan los intereses todos de un gran pueblo.

Pero si importante y digna de estudio bajo todos conceptos es la guerra, y para nosotros especialmente bajo el punto de vista militar, hay en su larga historia épocas cuyo conocimiento nos es absolutamente indispensable.

Una de estas épocas es sin duda alguna la perteneciente al renacimiento del arte, cuando cerrada la negra noche de los siglos medios apunta el alba de nuestra moderna civilizacion; cuando en pos del comercio renacen las ciencias, las artes, la filosofía, las letras; cuando se introduce la disciplina en los ejércitos y se abandonan las reglas de la proeza por las más positivas de la táctica; cuando, en fin, reaparecen esos faros luminosos, esos hombres ilustres que marcan un gran progreso en la historia de la humanidad, y que por lo mismo no pertenecen á una nacion, á un pueblo determinado, sino á todas las naciones, á todos los pueblos.

Esta época, la del renacimiento del arte de la guerra, es de la que deseo ocuparme en estas conferencias; y aunque presumo que no saldrá muy bien librada de entre mis manos, como tratada que es por el escaso ingenio mio, la he elegido con preferencia á otra alguna, por ser una de las más gloriosas é interesantes para nuestra pátria, que, en aquel entonces, llegó á considerarse como la nacion más poderosa y respetada en ambos continentes.

Más no basta decir que el renacimiento del arte de la guerra fué debido á los españoles; no basta sentar *a priori* que en tal ó cual época estábamos más adelantados que en las demás naciones, si tal afirmacion, siguiendo las lecciones de la experiencia, no la comprobamos con la relacion de hechos históricos.

Así, pues, habiéndome ocupado en mis anteriores conferencias del estado del arte, entre los españoles, desde las campañas de Italia, réstame en esta examinar del mismo modo los adelantos que en él se habian verificado en las demás naciones de Europa al inaugurarse la citada época, con objeto de poder despues, comparando, deducir los elementos con que cada una contaba para llevar á cabo la grande obra del renacimiento.

Hemos seguido hasta ahora, si bien rápidamente, los adelantos, cambios y perfecciones que sucesivamente experimentara el arte de la guerra entre los españoles, desde la invasion de los bárbaros hasta la conquista de Granada. Pero lo que en particular hemos dicho para España, puede aplicarse en general al resto de Europa? ¿Se halló esta en las mismas condiciones que la península ibérica? Indudablemente que no. La invasion de los árabes hizo que nuestra pátria se viera envuelta en una guerra nacional, y obligada á emplear sus esfuerzos contra el comun enemigo, mató al feudalismo, tal puede decirse, en su mismo cuna. El feudalismo, como ya he dicho en mis anteriores conferencias, no puede dudarse que existió en España; pero sabido es tambien que jamás llegó á todo su funesto apogeo. En el resto de Europa, por el contrario, desde el reinado de Carlo-Magno, la caballería predomina en los ejércitos, y no bien muer-



to aquel grande hombre, la anarquía feudal se extiende por todas partes, y con ella el completo desprestigio de la infantería y el olvido de las antiguas prácticas militares.

Porque veamos: ¿Era propio del desorden feudal considerar la guerra como un arte fundado en la ciencia y en la observación? Es evidente que no. Cuando la sabiduría se hallaba relegada á los claustros y la ignorancia era la sola que imperaba; cuando la violencia y frecuentemente la perfidia decidían los hechos; cuando la fuerza pública, repartida en tantas desiguales fracciones cuantos eran los diferentes señores feudales, no presentaba más que grupos informes de hombres de armas indisciplinados, ó de campesinos envilecidos; cuando en vez de un sólo género de guerra, la de la nación contra sus enemigos exteriores, existían guerras privadas de castillo á castillo, de ciudad á ciudad, de provincia á provincia, de vasallo á soberano, no era, no podía ser la ocasión oportuna de admitir reglas de mando y obediencia, sin las cuales no hay organización, ni táctica, ni por consiguiente ese arte que, sin dejar de ser guerreros, nos hace militares.

Cierto es que hubo excepciones en este orden de cosas; pero si hacemos abstracción de algunos gloriosos períodos de la historia patria, ya citados, apenas si podrán recordarnos hechos dignos de detenido estudio los nombres de Hastings y de Bouvines, que involuntariamente traen á nuestra imaginación los respetables de Guillermo el Conquistador y de Felipe Augusto.

Es extraño, sin embargo, que subsistiendo una parte del grande imperio romano, el imperio de Oriente, no se conservasen restos del antiguo arte de la guerra.

Pero debe tenerse presente, que los degenerados romanos habían olvidado cuanto de bueno les enseñara la experiencia, y que, progresando tan sólo en el vicio, ya no eran capaces de ser los invencibles maestros de otros tiempos; y si bien en los primeros siglos de la Edad Media el imperio griego conservaba las formas y la tradición de las antiguas civilizaciones, no pudo perfeccionar sus métodos, antes bien, los olvidó, porque le faltaba el genio en literatura, en legislación y en filosofía, sucediendo lo mismo en el arte militar, cuyo único resto era una lánguida imitación y confusa mezcla de la falange y de la legión.

Es un fenómeno curioso, prorumpe al tratar de esta época el erudito César Cantú, ver que coinciden cronológicamente las últimas victorias de Justiniano con la abolición de las escuelas de Atenas decretada por este príncipe.

Vemos, pues, que si el arte militar, muerto por el feudalismo, no podía esperarse que del feudalismo renaciese, tampoco había de ser sacado del olvido por los degenerados restos del en otro tiempo potente imperio romano. Mas este mismo feudalismo había de contribuir, aunque indirectamente, á que el renacimiento se verificase.

Y en efecto, los abusos y arbitrariedades de aquellos nobles caballeros, enderezadores de entuertos y desfacedores de agravios, que, á creer ciertos hechos de la historia, eran en muchas ocasiones unos solemnísimos bribones, dieron origen á que los plebeyos ó villanos se uniesen y armasen en contra suya. Así, al lado de la vida del castillo, desde donde el poderoso

señor feudal, rodeado de sus ballesteros y hombres de armas, se lanzaba á devastar la campiña y atacar á su adversario, nació la vida del municipio, del comun de los ciudadanos, oponiendo la fuerza de muchos débiles á las de uno fuerte.

Era aquello la reaccion que comenzaba de los peones contra los caballeros, de los hombres libres contra los tiranos. Eran las nacientes municipalidades, que más tarde habian de robustecer el poder de la corona y destruir el de la nobleza. Era, por último, la fuerza, haciendo un enérgico llamamiento á la inteligencia, y preparando así el camino para el renacimiento del arte de la guerra.

Por otra parte, las cruzadas, empobreciendo á los nobles, realizando á los siervos, que muchas veces se vieron combatir al lado de sus señores naturales, infiltrando en los plebeyos cierto espíritu de libertad é independencia que les era totalmente desconocido, contribuyeron poderosamente al desarrollo de las municipalidades, y aunque de un modo indirecto al mejoramiento de la ciencia militar.

Las primeras cruzadas promovidas por Pedro el Ermitaño, fueron ó empresas tumultuarias de devotos que llevaban por única guia su confianza en los milagros, ó esfuerzos parciales de una multitud de señores que mandaban á sus dependientes del mejor modo posible.

No llevaban plan fijo ni determinado, ni pensaban en las subsistencias, ni se cuidaban de las bases de operaciones. Su única idea era librar á toda costa el Santo Sepulcro. En las cruzadas sucesivas, que los mismos reyes capitanearon, ya se adoptó un método mejor. Se pensó en las subsistencias, se dispusieron mejor los asedios, las tropas aprendieron algo la vida de campaña, y vemos planes estratégicos, como fué el adoptado por San Luis, eligiendo acertadamente la isla de Chipre para plaza de armas y centro de accion, y atacando despues el Egipto, que la razon y la esperiencia de las cruzadas anteriores aconsejaban ocupar antes de todo, si los triunfos que despues se obtuviesen en Palestina habian de ser estables.

Desde *La Jerusalem libertada* del inmortal Torcuato Tasso hasta la *Zaira* de Voltaire, ¿á cuántos poemas, á cuántas leyendas, á cuántas singulares é interesantes narraciones no dió lugar la historia de las Cruzadas? Y sin embargo, aquellas largas expediciones, aquellos sitios, aquellas batallas, no produjeron por el pronto adelanto alguno positivo para la ciencia militar.

En otro siglo, en que la ilustracion no se hubiera desdeñado, fácilmente se hubiera comprendido que la infantería era indispensable para conservar las conquistas hechas: se hubiera tal vez recordado que las falanjes macedónicas dominaron en aquel territorio; hubiérase, por último, evocado el génio militar de los romanos, cuyas legiones triunfantes en el Jordan destruyeron á Jerusalem.

Más no era posible que nada de esto se tuviese en cuenta durante el apogeo de la caballería catafractaria y la anulacion completa de las gentes de á pié.

Sin embargo, aunque las cruzadas no dieran lugar á que se adoptasen reglas fijas para la organizacion de las tropas, ni á que por el pronto se perfeccionase la ciencia militar, no me he creído dispensado de citarlas,

porque es indudable que si no produjeron, impulsaron por lo menos la institucion de los municipios, y sabido es que la milicia que estos despues crearon, prestando su más fuerte apoyo á la corona, contribuyó poderosamente á disminuir el poder de la nobleza, acelerando la destruccion del régimen feudal.

Las milicias comunales fueron indudablemente el preludio y señal cierta de una gran mejora en la ciencia militar. Pocos adelantos pudieron realizarse mientras subsistieron las antiguas preocupaciones caballerescas; pero los principales elementos para el renacimiento del arte existian en aquellas tropas: sólo faltaba perfeccionarlos, y esto habia de ser obra de la necesidad.

Un pueblo sin recursos, pero amante de su independendencia; un pueblo donde la corrupcion no ha penetrado, y donde se conservan las virtudes y el santo amor á la madre pátria, suele, cuando más dominado se le cree, levantarse potente, y sacando fuerzas de flaqueza, dar rudas y terribles lecciones á los que ménos parecian necesitarlas. No otra cosa sucedió en Suiza al defender su independendencia contra los emperadores de Alemania.

Y las naciones de Europa, tomando ejemplo de los suizos primero y de los españoles despues, cuando se dieron á conocer en Italia, perfeccionaron la organizacion de sus milicias, crearon ó mejoraron sus compañías de ordenanza, y de esta suerte todas contribuyeron en mayor ó menor escala al progresivo desarrollo del arte de la guerra.

Es evidente que á los españoles se debe el renacimiento del arte militar, y aun su perfeccionamiento durante el siglo xvi y gran parte del xvii; pero no lo es ménos que los suizos habian contribuido en primera línea á su preparacion, llevando á cabo la organizacion de su valiente infantería.

Los plebeyos y los villanos, que se vieron precisados á defender su libertad contra caballeros completamente armados, debieron conocer la necesidad de obrar al revés que el feudalismo obraba, esto es, de dar preferencia á la multitud sobre la fuerza individual.

Impulsados por esta necesidad, los suizos adoptaron el uso de la lanza, y formando en gruesos cuerpos, lograron impedir que les desordenase la caballería enemiga, en cuyas filas causaban impunemente grandes destrozos.

De este modo conquistaron su independendencia en Sempach y en Morgarten, y despues en Granson contra Carlos el Temerario, cuyas compañías de ordenanza pasaban por las mejores de Europa.

Entonces se reconoció generalmente la utilidad de la infantería; pero lo cierto es que su superioridad no quedó definitivamente sentada hasta las guerras de Italia, donde tan brillante papel la veremos desempeñar.

Precisados á defender su independendencia, continuamente amenazada por los emperadores de Alemania, los suizos adoptaron en su ejército una organizacion muy semejante á la de la falange macedónica. Formaban en gruesos batallones de mucho fondo, compuestos de seis mil á ocho mil hombres cada uno. Usaban poca armadura defensiva, consistiendo su principal arma ofensiva en una pica de diez y ocho piés de larga; y reunidos así en fuertes y compactas masas, erizadas de picas por todas partes, podian resistir impunemente los ataques de la caballería.

«Para que estos batallones puedan prestarse mútuo auxilio, dice Maquiavelo, disponen tres de ellos del modo siguiente: Estando formado el batallón del frente, el que sigue despues se coloca un poco atrás y á la derecha, protegiendo el flanco del primero antes de llegar á alinearse con él. El tercer batallón, destinado á servir de reserva, se colocaba en el centro, á un tiro de arcabuz de los dos precedentes.»

Como vemos, esta disposicion de las tropas permitia que cada una de las tres masas pudiera avanzar ó retroceder sin incomodar á las demás; y el tercer batallón, colocado fuera del alcance eficaz de las armas de fuego, no sólo constituia una excelente reserva, sino que por la situacion que se le daba se impedia que fuese envuelto en la derrota de los otros dos.

Corresponde tambien á los suizos la gloria de haber generalizado las armas manuales de fuego, si bien no sacaron de ellas tanto partido como de la pica, que gracias á ellos y á los españoles se hizo por entonces el arma favorita de la infantería.

Segun Comines, en 1411 habian armado 4,000 hombres con culebrinas, cada una de las cuales pesaba de veinticinco á veintiocho libras; y en el sitio de Morat, ocurrido en 1476, de los 31,000 suizos que componian el ejército sitiador habia 10,000 armados con escopetas.

Giovio, refiriéndose á los que formaban parte del ejército de Carlos VIII, que invadió la Italia en 1494, dice: «Cada tropa de 1,000 infantes llevaba 100 escopeteros, que disparaban balas de plomo con maquinillas.»

Pero si bien los suizos, organizados como se ha dicho, eran muy á propósito para resistir las cargas de aquella caballería cubierta de acero, no servian para los asaltos ni para la lucha cuerpo á cuerpo; sus gruesos batallones no podian maniobrar sino en terreno llano, pues el más pequeño obstáculo los desconcertaba; y el resultado, por último, vino á demostrar que los ligeros infantes españoles, armados de rodela y espada, metiéndose por bajo de las pías de sus enemigos, conseguian hacer á estos batirse cuerpo á cuerpo, siéndoles entonces inútil, y hasta perjudicial, su poco antes formidable arma.

Otro de los defectos capitales de la infantería suiza consistia en el temor que tenia á la artillería, llegando á tal extremo, que fué preciso imponer la pena de muerte á los que abandonaban las filas ó daban muestras de terror al ver el cañón dirigido contra ellos.

Los alemanes organizaron tambien, á imitacion de los suizos, una infantería armada de lanzas (lanz-knecht), pero no los igualaron. Es cierto que los lansquenets alemanes alcanzaron una gran reputacion de valientes, y como tales podia confiarse en que conservarían su puesto en un dia de batalla; pero su poca disciplina y ninguna afecion á la causa que defendian, hacia que el jefe que no contase con más tropas que ellos, estuviera siempre temeroso de motines y no se atreviese á acometer empresa alguna de importancia.

«(1)...Es gente que no tiene miedo á la muerte; pero tampoco sabe preveer ninguna ventaja, ni aprovecharse de ocasion alguna en los sitios de las ciudades, donde se necesita de corazon grande, de alma invicta, de

(1) Fernando Navagero.—*Relaciones de los embajadores venecianos al Senado*, pág. 303.

agilidad y destreza de cuerpo. En suma, son las peores tropas imaginables. No salen á escaramucear, llevan consigo muchos impedimentos, y no pueden sufrir la menor hambre ni sed.»

Hé aquí, en resúmen, cuál era, con corta diferencia, el estado de la milicia en Suiza y Alemania, al inaugurarse las campañas que dieron fin con la conquista del reino de Nápoles. Examinemos también á grandes rasgos á qué altura se hallaban, respecto á este particular, Francia y la misma Italia.

Los primeros cuerpos organizados y administrados militarmente que tuvo la Francia, fueron las compañías de ordenanza de Carlos VII. Este príncipe, si bien no estableció definitivamente un régimen táctico, fundó al ménos una regularidad en la administracion que inició desde luego un gran adelanto.

Pero los franceses, lejos de conceder la preferencia á la infantería, continuaron durante mucho tiempo haciendo consistir en la caballería la principal fuerza de sus ejércitos, lo cual, sin duda alguna, les proporcionó una larga serie de derrotas. Así es, que Carlos VII, fijando especialmente su atención en esta última arma, la organizó [en quince compañías, llamadas de *ordenanza*, de cien gendarmes ó cien lanzas cada una. La lanza provista se componía entonces en Francia del hombre de armas ó gendarme armado de punta en blanco, y de su servidumbre, que consistía en tres arqueros, un cuchillero y un page; de modo que el efectivo de cada compañía ascendía á 600 hombres, y el total de esta milicia á 9.000.

La plana mayor de cada compañía se componía de un capitán, un teniente, un guía y un porta-bandera, todos de valor reconocido.

La parte de la nobleza no agregada á las compañías de ordenanza, formó hasta el tiempo de Luis XIV una milicia extraordinaria, llamada *arriere-ban*, pero que fué raras veces convocada.

Esta organizacion sufrió en lo sucesivo varias modificaciones; aumentóse el número de compañías, y se redujo la fuerza de cada una, en términos que las llegó á haber de cincuenta lanzas y aun de veinticinco; en el fondo, sin embargo, subsistió la misma hasta el reinado de Francisco I.

La caballería ligera, tan generalizada en España, se hallaba reducida á los arqueros de las compañías de ordenanza, hasta la época en que Luis XII tomó á su servicio un cuerpo de *estradiotas*, ginetes griegos armados á la ligera, y cuya principal arma ofensiva consistía en un largo palo, guarnecido en cada una de sus extremidades por un hierro agudo.

Ya hemos dicho que durante mucho tiempo concedió Francia la preferencia á la caballería; y con verdad puede decirse, que hasta el reinado de Francisco I no organizó una infantería regular y verdaderamente nacional. Es cierto que Carlos VII instituyó los *franco-arqueros*; pero esta milicia, que no se convocaba sino en caso de guerra, y cuyas armas no eran las más convenientes en una época en que la pica se iba generalizando, y en que empezaban á usarse las armas manuales de fuego, no podía subsistir largo tiempo; así es que fué licenciada á fines del reinado de Luis XI.

Segun Rocquancourt, los *franco-arqueros* fueron sustituidos por 6.000 suizos, 10.000 franceses y cierto número de infantes alemanes, llamados *lansquenets*. Ignoramos cómo fueron organizados estos 10.000 franceses,

pero debemos deducir que constituían una malísima infantería, por las descripciones que del ejército de Carlos VIII nos hacen los historiadores italianos.

El erudito César Cantú dice, hablando de estos infantes: «Los soldados franceses se reducían á una turba de miserables, que merecían la horca; la mayor parte marcados en la espalda y sin orejas, por lo cual llevaban la barba y el pelo muy largos.»

«La infantería francesa no puede ser buena, añade Maquiavelo, porque se halla reclutada entre gente baja y artesanos envilecidos y tiranizados por sus señores, y á quienes el mismo rey cristianísimo repugna emplear.»

Más adelantados se hallaban los franceses respecto á artillería. Los historiadores contemporáneos atribuyen á la de los ejércitos que invadieron la Italia á fines del siglo xv y principios del xvi, un grado tal de ligereza, que según ellos podía seguir las maniobras de la caballería. Giovio, Guicciardini y otros autores más modernos, se hallan conformes en que las piezas de artillería que por este tiempo llevaron los franceses á Italia eran tiradas por caballos y maniobraban con facilidad en los campos de batalla. Pero, ¿cómo se explica entonces el poco uso que hicieron de ellas en sus campañas contra Gonzalo de Córdoba? ¿Cómo el mal estado de la artillería francesa en tiempo de Luis XII y aun de Francisco I?

Imposible es no hallar exageración en el relato de dichos historiadores, y mucho más si se considera que Comines, testigo ocular, y el mismo Rocquancourt, tan celosos ambos por enaltecer las glorias de su país, hablan con más modestia, y el último, en particular, no vacila en hallar muy exageradas las relaciones de los escritores italianos.

Precisados, pues, á tomar un término medio entre tan encontradas opiniones, deduciremos que la artillería francesa en la época de que nos ocupamos era la más numerosa y mejor servida de Europa; pero aun distaba mucho de haber adquirido el grado de perfección y movilidad que se le ha querido atribuir.

Entre las diversas naciones que, directa ó indirectamente, tomaron parte en las campañas, cuyo estudio va á ser el objeto inmediato de estas conferencias, Italia era la más atrasada en cuanto á la organización de sus ejércitos se refería.

Es una regla constante que los adelantos en la guerra han de marchar á la misma altura que los de las demás ciencias y artes. En efecto, el arte de la guerra, que necesita del auxilio de muchos de los conocimientos humanos, y que, por decirlo así, se nutre de ellos, deberá estar á tanta mayor altura cuanto mayor sea el grado de civilización ó de adelanto de un pueblo. Si esto no sucede, si en medio del progreso de la civilización se desprecia la ciencia de la guerra, y la sagrada misión de defender la independencia de la patria se confía á manos extrañas y poco expertas, ¡desgraciada la nación en que esto tenga lugar! Será presa de otras tal vez menos cultas, quizá con una civilización más atrasada, pero de seguro con ejércitos mejor organizados y más acostumbrados á la lucha. Esto es poco más ó menos lo que ocurrió en Italia á fines del siglo xv.

Descuidado el oficio de guerrear en sus opulentas repúblicas, cuando llegó la hora del peligro se vió aquel hermoso suelo abierto á los ataques

de los que lo quisieron invadir. Primero acometieron esta empresa los suizos; despues los franceses y los españoles. Y no se crea que antes disfrutara largo tiempo de una profunda paz; á pesar de los adelantos de la civilizacion y de la prosperidad que llegaron á alcanzar muchas de sus principales ciudades, las guerras intestinas no habian cesado de acosarla por espacio de dos siglos. Bien conocidas son en la historia y aun en la novela las prolongadas contiendas de los güelfos y gibelinos, las luchas de los florentinos contra el duque de Milan, y tantas otras que registran las crónicas de aquel tiempo.

Pero nada importa que se combatiera continuamente, si el arte, no inspirando apenas interés, se hallaba reducido á la lucha cuerpo á cuerpo. La guerra se hacia en Italia bajo un sistema adecuado al carácter y circunstancias de sus pueblos. Desde el siglo xiii habian empezado á emplearse tropas mercenarias, que, lejos de formarse con soldados nacionales, apenas estaban agregadas de un modo estable al servicio de las diferentes potencias. Los aventureros que las componian, llamados *condottieri*, se hallaban reunidos por bandas ó compañías, y servian á aquel de los Estados que mejor sueldo les señalaba. Compuestas principalmente de caballería pesada, estas compañías constituian, por decirlo así, el capital del jefe que las mandaba: de aquí el interés manifiesto de economizarlas cuanto fuera posible y de que la ciencia de la defensa fuese la única que se estudiara.

Decidida la guerra, el Estado entraba en ajuste con los empresarios ó jefes de partida, que se obligaban á suministrar un número determinado de hombres. Si la partida se hallaba de antemano formada, podia entrar desde luego en campaña; en caso contrario se procedia al alistamiento, y veíase al *condottiero* presentarse en venta con su caballo y sus armas, siéndole completamente igual que le comprase el Papa ó el duque de Milan, la república veneciana ó los florentinos. Únicamente concedia la preferencia al mayor sueldo y al más largo plazo; así es que una vez terminada la campaña, ninguna razon le impedia volver sus armas contra los mismos en cuya defensa las habia hasta entonces empleado.

Fácilmente se comprende que siendo unos mismos los intereses de los *condottieri*, aun cuando militasen en bandos opuestos, llegaban á entenderse entre sí, á fin de que sus tropas padeciesen lo menos posible en las batallas, de modo que habia en ellas poco más riesgo personal del que ordinariamente se corria en los torneos. Los hombres de armas, á fin de resistir las balas, iban cubiertos con armaduras tan pesadas, que el que una vez caia del caballo difícilmente lograba volver á levantarse, si no era al efecto ayudado; y tanto se atendia á la comodidad, que llegó á considerarse como ley de guerra, que en los sitios no se hiciesen por ninguna de ambas partes disparos de artillería desde el anochecer hasta la salida del sol, á fin de no turbar el reposo de los combatientes.

Semejante sistema produjo muy perniciosas consecuencias, tanto para el orden político como para el moral. La guerra tuvo que cambiar de carácter, por estar confiada á hombres que ni tenian afecto al Estado que defendian, ni odio hácia sus enemigos; que muchas veces al contrario se les veia unidos por estrechos vínculos, y que perdian con la suspension

de las hostilidades y ganaban con prolongarlas lo más posible. Tal vez á la campaña siguiente se batirían al lado de sus adversarios de ayer contra sus compañeros actuales, y recibirían su sueldo de la potencia contra la cual combatían. Considerándose como compañeros de armas todos los *condottieri*, no era posible demostrasen animosidad en la lucha, cuando se encontraban en el campo de batalla sirviendo á distintos gobiernos. Sólo así se comprenden aquellas operaciones sin resultados, aquellas marchas y contramarchas, aquellas capitulaciones sin bloqueo y aquellos combates sin muertos, que nos refieren los historiadores italianos. Es cierto que este sistema de guerra tenía la ventaja de que los ejércitos no padeciesen; pero, ¡desgraciados los pueblos donde caían las bandas de *condottieri*! Eran cruelmente tratados y no podían esperar consideración de unos soldados, extranjeros en su mayor parte, que ningún interés tenían por el país que ocupaban.

La existencia de tales guerras apenas sería creída, si los historiadores de aquel tiempo no nos refiriesen sus menores detalles. Maquiavelo hace la relación de las batallas de Anghiari y Castracaro, famosas ambas por el número de tropas que en ellas tomaron parte y por las importantes consecuencias que produjeron.

Tuvo lugar la primera en el año 1440, entre los florentinos y el duque de Milan. El punto más disputado en el campo de batalla fué un puente situado sobre el río que atraviesa la llanura no lejos de Anghiari. Diversas veces fue tomado y perdido aquel, hasta que, desordenados los milaneses, emprendieron la fuga, dejando á sus contrarios dueños del campo. «Y en tal derrota y en tan larga contienda, que no duró menos de cuatro horas, dice Maquiavelo, no murió más que un hombre, y no de heridas ó de otro golpe recibido de los enemigos, sino que habiendo caído del caballo, ahogado por el peso de la armadura, espiró.»

No ménos célebre fué la batalla de Castracaro, habida en 1467 entre venecianos y florentinos. Vemos en ella una ala desbaratada y otra victoriosa, después de medio día invertido en esfuerzos; y, sin embargo, la victoria quedó indecisa y no pereció un solo combatiente.

No es, pues, extraño que con tales elementos, los Estados italianos del siglo xv no se hallasen dispuestos para resistir el arrojo é intrepidez de sus orgullosos invasores; y así vemos aquel bello país convertirse en palenque donde diferentes naciones de Europa han de dirimir sus contiendas.

Haciendo consistir en la caballería la principal fuerza de sus desorganizados ejércitos, los italianos no contaban sino con una malísima infantería. Toda ella se reducía á una turba de peones, que reunidos á retaguardia de los hombres de armas, apelaban á la fuga tan pronto como veían la menor señal de derrota, y que en caso contrario, sólo servían para despojar á los muertos, ó hacer prisionero al desgraciado que caía del caballo.

La suerte de los prisioneros, así en Italia como en otras naciones de Europa, era con frecuencia horrible; otras veces, el trato que se les daba sólo merecía el nombre de ridículo ó de extravagante.

En cierta ocasión, habiendo hecho prisioneros los parmesanos á varios de Reggio, les devolvieron la libertad obligándoles á ponerse mitra en la



cabeza, á llevar un báculo en la mano, y dando á cada uno un bofetón, conforme iban saliendo por las puertas de la cárcel. Los de Cremona, en ocasion análoga, no dieron libertad á los parmesanos sino despues de haberles quitado los calzones, que colgaron como un trofeo en la catedral de aquella poblacion. Los milaneses condujeron á la plaza á los prisioneros de Pádua, y atándoles á la espalda un haz de paja, le prendieron fuego, y en tal disposicion, les hicieron huir.

Otras veces se despedia á los prisioneros, montados al revés en asnos, se les cortaba las orejas ó las narices, se les sacaban los dientes, ó se les hacía sufrir ultrages ó tormentos mayores.

Escasos habian sido tambien los adelantos de los italianos respecto á artilleria. Sus mejores piezas consistian en unos pequeños tubos de cobre ó hierro, forrados de madera ó cuero, los cuales iban montados en pesadas cureñas arrastradas por bueyes, y seguidas de carros cargados de balas de piedra. La carga de estas piezas era en extremo lenta, y tan torpes los artilleros, que, segun dice Guicciardini, los sitiados tenian tiempo entre disparo y disparo de reparar las brechas, y aun de formar nuevos atrincheramientos si era necesario.

Así es que la artillería era en Italia tan poco apreciada, que algunos de los escritores más inteligentes de aquella época la juzgaban poco ménos que inútil en las batallas, y no de gran necesidad en los sitios.

Hé aquí, en resúmen, cuál era con corta diferencia el estado de la milicia en las principales potencias de Europa al inaugurarse aquellas campañas, donde fundiéndose, digámoslo así, los diversos elementos de ciencia militar y adelantos hasta entonces realizados, el arte de la guerra experimenta una completa revolucion. Si recordamos ahora el estado próspero de España al terminar la guerra de Granada, pues tal podia considerarse á pesar de los defectos que ya he indicado existian en su organizacion militar, y lo comparamos con el de las demás naciones de que ligeramente acabo de ocuparme, podremos deducir:

1.º Que España era á fines del siglo xv la única nacion que habia conservado algunas de las antiguas prácticas militares, y la más preparada, despues de la guerra de Granada, para llevar á cabo el renacimiento del arte.

2.º Que la infantería suiza pasaba, sin embargo, por la mejor de Europa.

3.º Que la Francia contaba con una excelente caballería, y habia introducido grandes mejoras en el servicio de la artillería, y

4.º Que Italia, á pesar de su floreciente civilizacion, á pesar de la prosperidad relativa que llegaron á alcanzar muchas de sus opulentas ciudades, era la más atrasada en el arte de la guerra.

Dividida en una infinidad de estados, destrozada por las facciones, olvidadas las más rudimentarias prácticas militares, fué presa de los primeros que la quisieron invadir. Y, sin embargo, no faltaban á sus habitantes las condiciones guerreras. Su infantería adquirió despues una merecida celebridad, y produjo capitanes de gran renombre, como fueron los dos Colonnas, Alviano, el marqués de Pescara y otros, que seria prolijo enume-

rar; pero precisamente carecía de ellos en el momento en que más los hubiera necesitado.

El estado de Italia á fines del siglo xv es, señores, un elocuente ejemplo de los males que pueden acarrear la division, las parcialidades y, sobre todo, el olvido de los buenos principios militares.

¿Y no debiéramos aprovechar nosotros siquiera una parte de lo mucho que la experiencia nos enseña? ¿No debieran servirnos de algo las lecciones de la historia?

Es indudable que debiéramos aprovecharlas; mas, para ello, es preciso, indispensable, elevar el arte de la guerra en España á la altura que le corresponde; y por medio de la instruccion, y más especialmente todavía por medio de la justicia, realzar el prestigio del ejército, dando al mérito lo que es suyo y destruyendo, de una vez para siempre, las esperanzas de cuantos sólo aspiran á avanzar merced á la intriga y al medro personal.

Y el día en que la justicia resplandezca, el día en que la disciplina esté asentada bajo firmes y sólidas bases, y en que la instruccion de cuantos dirigimos al soldado, desde el general al último subalterno, corresponda exactamente á lo que el estado de civilizacion y de cultura de nuestro siglo requiere, entonces lucirá para nuestro ejército la aurora de una brillante regeneracion.

¿Y necesitamos acaso, para alcanzar esta, dar principio reformando las especiales condiciones de que nuestros soldados se hallan revestidos?

Me atrevo á asegurar que no. El soldado español, tan sóbrio, tan sufrido, de tan excelentes cualidades, reúne á la impavidez, á la tenacidad, al valor frio y sereno de los hijos del Norte, la sangre ardiente, la sagacidad, la intrepidez de los habitantes del Mediodía. No, no es el cuerpo de la máquina, llamada ejército, lo que se necesita corregir en España, sino las ruedas, los resortes que la ponen en movimiento.

Y esto que durante largo tiempo ha sido conveniente, hoy se ha hecho absolutamente indispensable; pues el arte de la guerra, considerado en su conjunto, ha llegado á convertirse en la más complicada y difícil de todas las ciencias, porque á todas las abarca y de todas necesita; y los militares modernos, si hemos de cumplir la sagrada y difícil mision que nuestra profesion nos impone; si, en vez de una pesada é incómoda carga, como no falta quien suponga que somos, hemos de constituir una asociacion de hombres de honor, útil y necesaria para el bien del Estado, es preciso que aspiremos á ser, por nuestra ilustracion, por nuestra moralidad, por nuestras virtudes, los primeros entre los primeros de la moderna sociedad.

En vano es, por otra parte, que algunos proyectistas y neo-reformistas clamen contra los ejércitos, sosteniendo que no son necesarios, y que, para defender la honra ó la integridad de la patria amenazadas, basta con el patriotismo de todos los ciudadanos. No pasa esto de ser una vana y quimérica utopía.

Hoy, por el contrario, es imposible prescindir de esas grandes agrupaciones llamadas ejércitos, cuya mision, considerando la guerra como un mal necesario, es contribuir á cuanto pueda hacerla ménos larga y calamitosa; lo que sólo se logrará constituyéndolos de modo que domine en

ellos el espíritu nacional; bien disciplinados, bien instruidos y, sobre todo, tratados con justicia, desterrando de su seno el favoritismo, y elevando al mérito donde quiera que se encuentre.

Si fuese posible lograr la paz universal, es claro que desaparecerían los ejércitos; pero aunque debamos aspirar á ella, necesario es confesar, por doloroso que sea, que mientras subsista el hombre subsistirá la guerra, que es su estado natural, sin que podamos considerar la paz mas que como un intervalo de reposo para prepararnos de nuevo á la lucha.

He dicho.

E. DE LA IGLESIA.

Segunda conferencia.

Señoras:

Mucho me quedé por decir en mi primera conferencia, ya por el deseo de abreviar, ya por falta de tiempo; así que, antes de entrar en el segundo punto de mi tema, voy á exponeros, aunque brevemente, algunas consideraciones importantes que me restan sobre el primero.

La experiencia adquirida como subalterno, como capitán de escuadra, como instructor, como jefe de detall y como coronel de un regimiento, me ha hecho conocer que el cambio radical de alimentación, de ocupación, de afectos é impresiones que el quinto experimenta desde que llega al cuartel, y sobre todo los malos pasos y tropiezos que tiene en las grandes poblaciones que viene á habitar, con más el continuado movimiento y ejercicio á que está condenado hasta el día que es dado de alta, ocasiona en ellos enfermedades de todas clases, y en tal número, que raro es el que deja de estar en el hospital en el primer año, de donde muchos de ellos no salen más ó salen para volver; ó bien para ir á concluir su existencia permanentemente en el pueblo de su naturaleza; así que creo no ser un cálculo exagerado el de un diez por ciento el de las bajas que reconocen este origen.

Otra de las consideraciones que también quiero exponeros, es la de los capos y sus sargentos que en la actualidad tienen los cuerpos por consecuencia del sistema actual de quintas. Cada año pasan á la reserva algunos sargentos segundos y casi todos los capos primeros, de modo que es preciso reemplazar sus bajas con los segundos; estos, que saben que tendrán que ser primeros, cualquiera que sea su capacidad, conducta y actividad, no se preocupan del estudio, ni de aprender sus deberes, mucho menos de desempeñarlos bien, ni de edificar con su conducta. Cuando aspiraron á ser capos se propusieron: primero, librarse del servicio mecánico y de centinela, y segundo, tener más haber. Todo lo demás les importa un pleo, pues como han de estar poco tiempo en las filas, y la mayoría son del



## RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

### Quinta conferencia.

SEÑORES:

Retazos sueltos, páginas arrancadas de diferentes libros, ideas tomadas al acaso de este ó del otro autor, consideraciones inspiradas por el estado actual de nuestro ejército; hé aquí lo que hasta ahora han sido mis modestas conferencias. Saltos, á veces violentos, desde la historia de los árabes á la de las cruzadas, desde la reseña de las instituciones militares de España á la organizacion de la célebre infantería suiza, de la gendarmería francesa ó de los *condottieri* italianos; desde los abrasados arenales del Africa, siguiendo las huellas que estampara el caballo del falso profeta á la fértil vega de Granada, á las risueñas campiñas de Italia ó al poético lago de Lucerna, cuna de las libertades suizas, esto es lo que hasta ahora habreis podido advertir en mis mal compuestos y peor ordenados discursos.

Pero nuevo en el palenque literario, y más nuevo aun en estas que para mí son lides de la voluntad contra la torpeza del entendimiento, en estas exposiciones oratorias, que bien pudiéramos llamar, como no há mucho dijo el ilustrado Sr. Madariaga, verdaderas solemnidades de la inteligencia, habreis de dispensarme el que, si de algun mérito es lo que hago para lo que de mi escaso talento podia esperarse, valga tan poco para lo que tan ilustrado auditorio como el que en este momento me escucha, se merece.

Por otra parte, si he empleado cuatro conferencias sin entrar de lleno en el asunto objeto de ellas, no he tenido otra intencion que la de exponeros, de la manera mejor que me ha sido posible, los diversos elementos de ciencia militar, los diferentes adelantos aislados, digámoslo así, que en las campañas de Italia, reunidos, fundidos en la potente mano del gran Gonzalo de Córdoba, vinieron á producir el renacimiento del arte de la guerra, Así, pues, hemos visto á los españoles, concediendo importancia á la

infantería y teniendo reglas y principios fijos á que sujetar las cosas de la guerra; á los suizos, resucitando las antiguas falanges de Alejandro, crear brillantes cuerpos de dicha arma; á los franceses, muy apegados á los antiguos métodos, despreciar á los infantes y reglamentar, si así puede de cirse, la proeza, aunque por otra parte indicaron ya que no supieron realizar la verdadera mision de la artillería; y á los italianos, por último, muy cultos, muy civilizados, con relacion á aquella época, pero muy poco enterados del arte militar.

Para que este fuera al fin sacado del olvido, se necesitaba un nuevo género de guerra y un génio militar que supiera aplicarlo; se necesitaba que á la lucha en detall, á la lucha de los pequeños Estados ó de los señores feudales, viniese á sustituir la lucha de nacion á nacion, la lucha en que se ventilasen los intereses de poderosos monarcas, verdaderos representantes entonces de la voluntad de los pueblos. Y esto vino por fin á verificarse en las campañas de los españoles en Italia, las cuales marcan una época verdaderamente importante en la historia de la guerra.

Y, en efecto, los últimos años del siglo xv y primeros del xvi constituyen la época memorable en que las principales naciones de Europa, salvando sus fronteras, marcharon como de comun acuerdo á medir sus fuerzas en un mismo teatro de accion.

El feudalismo habia ya perdido su antigua importancia: la autoridad real, robustecida con el apoyo del pueblo, al cual consideraba entonces como aliado natural contra la aristocracia, se hallaba en el pleno uso de su poder; y las sociedades europeas, ya constituidas y ávidas de civilizacion, habian de ir á buscarla, como siempre, en los campos de batalla.

Ninguna nacion podia contar entonces con mejores elementos que la España, ninguna podia prometerse un porvenir más lisonjero: acabada la reconquista, sus hijos necesitaban ancho campo á su ambicion; y así los vemos derramarse por toda la faz de la tierra, y fundar aquella monarquía donde nunca se ponía el sol.

¿Más á qué describir el estado de la España en aquel entonces? ¿A qué detenerme á bosquejar lo que no resultaria sino con pálidos colores al lado de la brillante descripcion que nos ha hecho uno de nuestros primeros escritores militares? Hé aquí cómo se expresa el comandante Villamartin en sus *Nociones de Arte militar*, al llegar á este período.

«Acababa España de arrebatarse á los moros el último baluarte; surcaba Colon ignotos mares para ofrecer un mundo á los piés del monarca de Castilla; siete siglos de horrible lucha, justo castigo por los vicios de los reyes y por la degradacion de los pueblos, iban á ser compensados por tres siglos de gloria y de poder, y España era saludada como señora de dos mundos, dominados por ella con toda la fuerza, la sabiduría y la riqueza de la época reconcentradas en su mano.

Todo era bello y sublime para la pátria en este siglo; deslumbraban el mundo los albores de la monarquía pura, cuyo sol salía radiante, iluminando en su aurora los arabescos de la Alhambra, elevándose majestuosamente para descender luego, bañando con sus últimos melancólicos resplandores el campo de cadáveres de Rocroy. Habia en esta generacion nombres como Córdova, Navarro, Mendoza, Cisneros, Colon, Cortés y otros mil que llenan

el libro de la historia; en las armas, en las letras, guerreros, marinos, sacerdotes, legisladores, nobles y plebeyos, todos á porfía, teniendo en poco las glorias de sus mayores, se hacian ellos la raiz de una aristocracia, madre del pueblo, que habia de tardar más que ninguna otra en enervarse y corromperse; y fué tan magnífica aquella gloria, y tan puro y radiante aquel sol, que ha bastado su luz á las pobres generaciones que luego hemos venido, para que llevemos con orgullo en medio de nuestra miseria y tribulaciones el nombre español.»

Los ejércitos europeos habian mejorado mucho su constitucion: existian, aunque todavía en escaso número, las tropas permanentes, y empezaban á conocerse las ventajas de la táctica sobre la *proeza*, y las del orden y la disciplina sobre la temeraria intrepidez de las tumultuosas bandas de la Edad Media.

Necesitábanse, empero, las campañas de Italia y el genio militar del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova, para llevar á cabo el renacimiento del arte de la guerra, recopilando, por decirlo así, los adelantos hasta entonces realizados por los suizos y españoles.

Las guerras de Italia sirvieron, tal puede decirse, para estrechar las relaciones comerciales de los pueblos, para darlos á conocer unos á otros, y dieron origen, por último, á esas grandes combinaciones políticas, que si con frecuencia han producido la injusticia, han servido, en general, para sostener el equilibrio europeo, oponiendo la alianza de varias potencias á las miras ambiciosas de otras.

A más de la guerra, facilitaron indudablemente la comunicacion internacional algunos útiles inventos que por entonces se dieron á conocer ó se aplicaron por primera vez en grande escala. Tales fueron el establecimiento de la imprenta, que difundió los conocimientos en todos ramos con rapidez extraordinaria; el de los correos que, aunque ya anteriormente conocido, se generalizó mucho á principios del siglo xvi; y finalmente, el uso de la brújula, que siendo para el marino segura guia á través de las procelosas ondas del Océano, puso en contacto las regiones más apartadas de nuestro planeta.

La Italia, el pais más culto de aquella época, la escuela de las artes, como se la apellidaba, vino á convertirse por entonces en la escuela de la guerra.

Allí, donde los romanos habian perfeccionado la táctica griega, creando la móvil é intrépida legion y elevado á todo su apogeo la ciencia militar, allí tambien, naciones extrañas disputándose algunos trozos de terreno, llevaron á cabo el renacimiento del arte de la guerra.

Es la Italia, segun las descripciones que de ella se hacen, uno de los más bellos paises del mundo. La bondad de su clima, lo fértil de su terreno, lo vário de sus sitios encantadores, los venerables restos de antigüedades que á cada paso ofrece á los ojos del curioso viajero, los rasgos extraordinarios de su historia y el carácter ardiente y apasionado de sus hijos, han hecho de la Italia el pais de los artistas y de los poetas. Hállanse al Norte los elevados montes de los Alpes, cuyas eternas nieves y ventisqueros presentan singular contraste con las vastas y fértiles llanuras que riegan el Pó, el Adige y otra infinidad de rios, algunos de los cuales forman lagos pintorescos.

En dichos montes, el Mont-Blanc en Saboya, pico el más alto de la Europa central, el Rosa, internándose en Suiza; el Cenis, también en Saboya; el Viso, entre Francia y Cerdeña, y el monte Gárgano, donde tuvo lugar el hecho de las Horcas Caudinas, tan célebre en la historia por la afrenta que los samnitas hicieron sufrir á los romanos, parecen otros tantos baluartes avanzados que defienden la entrada de aquel país contra sus enemigos exteriores.

El Apenino, desprendiéndose de los Alpes y costeano el golfo de Génova, atraviesa aquella península en todo su largo, dividiéndola en dos porciones desiguales, yendo después á perderse en las profundidades del Mediterráneo, junto al estrecho de Messina, donde cerca de Reggio puede observarse la celebrada roca de Escila, llena de profundas cavernas, por las que se precipitan las olas con violencia, mientras que al lado opuesto y casi tocando á Sicilia se encuentra el escollo de Caribdis.

Riéganla al Norte, el Pó, el Tessino, el Adda, el Mincio, el Tanaro, el Trebbia y otra infinidad de rios.

El Tagliamento, el Brenta, el Metauro, célebre por la derrota de Aníbal, y el antiguo Aufidus, hoy el Ofanto, que cruza la fértil llanura de Cannas, desembocan en el Adriático; mientras que el Tiber, bañando los muros de la ciudad eterna, el Arno, el Var, el Garellano y el Volturno, que fecunda los bellos jardines de Cápua, corren á mezclar sus aguas con las del llamado mar Tirreno.

Las repúblicas de Venecia y de Florencia, el ducado de Milan, los Estados Pontificios y el reino de Nápoles, eran en la época que nos ocupa los estados principales de Italia; pues los demás, por su poca importancia, se hallaban de ordinario bajo la influencia ya de unos ya de otros de los primeros.

Venecia, la reina del Adriático, baluarte de toda la cristiandad, como la apellida el poeta Sannazaro, podia considerarse como la más importante de dichas potencias, si se tienen en cuenta sus riquezas, su formidable marina, sus territorios en el Norte y sus magnificas colonias. Verdadera sociedad de mercaderes, conducia todas sus relaciones internacionales con el más refinado egoismo; sin embargo, su alianza era con frecuencia solicitada por las grandes potencias.

Gobernaba á Milan durante la menor edad del duque propietario un tío de este, el ambicioso Ludovico Sforza, cuyo carácter suspicaz y receloso, manchado con los más feos vicios, hacia que se le considerase como uno de los políticos de peor especie de aquellos tiempos.

La república de Florencia, bajo el dominio de los Médicis, constantes protectores de toda suerte de adelantos, sirviendo de refugio á infinidad de sábios y artistas de todas clases, habia alcanzado un extraordinario grado de cultura y civilización.

Alejandro VI ocupaba á la sazón el sío pontificio. Por su enérgico carácter, propio para resoluciones prontas y decisivas, era tal vez el único soberano de Italia que hubiera podido conjurar la tormenta que á este país amenazaba; pero su licencia, avaricia, inconstancia, y hasta falta de pudor, le hacian ser generalmente aborrecido, en términos que hasta su alianza y proteccion, de tanto peso en aquellos tiempos, solia con frecuencia repugnarse.



Reinaba en Nápoles Alfonso II, nieto de aquel D. Alfonso V de Aragón, que por la adopción de Juana de Nápoles, ó más bien por la fuerza de las armas, habia conquistado dicho reino. Aunque valiente y atrevido, su carácter cruel y sanguinario le habia enagenado las simpatías de sus vasallos, muchos de los cuales, siéndole completamente desafectos, sostenian las pretensiones de la casa de Anjou á la corona de aquel reino, constituyendo lo que se llamaba el partido angerino.

Los Abruzzos ulterior y citerior, los dos Principados, la Tierra de Labor, la Capitanata, la Basilicata, la Tierra de Bari, la de Otranto y las dos Calabrias, eran las provincias que entonces constituian la monarquía de Nápoles. Plazas fuertes como Gaeta y Nápoles, con sus dos castillos Nuevo y del Huevo, ambas en la Tierra de Labor; Salerno en el Principado, Reggio, Squilace y Cotrone en las Calabrias, Tarento y Gallipoli en la Tierra de Otranto, Barleta y Manfredonia en la Capitanata, defendian sus estensas costas, mientras que en el interior, Cosenza, Benevento, Atella y otras, podian suscitar sérios obstáculos á un ejército invasor, si los italianos hubieran sido en aquel entonces capaces de resistir á los orgullosos guerreros del Norte; pero ya hemos visto el atraso en que, respecto al arte de la guerra, se encontraban. Sin embargo, aunque ni el sentimiento del bien público, ni el comun peligro que ya les amenazaba, podian hacer que los diversos reinos, repúblicas, principados, ducados y señoríos de la Italia se unieran y obrasen de concierto, el estado interior de aquella península era sumamente próspero y habian progresado en extremo, relativamente á la época, así las ciencias como las artes.

«El aspecto del país, dice Guicciardini, semejaba un jardín, cultivado en todas sus llanuras y hasta en las cimas mismas de sus montes; lleno de población, riqueza y vasto tráfico; ilustrado por muchos generosos príncipes, por el esplendor de multitud de ciudades nobles y bellas, y por la magestad de la religion, y adornado con todas las raras y preciosas cualidades que hacen el nombre de una nacion gloriosa entre todas las demás.»

Hé aquí cómo se expresa el célebre historiador toscano para ensalzar la prosperidad de su país, que muy pronto iba á verse envuelto en todos los horrores de la guerra.

Y, en efecto, acababa en 1494 de heredar el trono de Francia Carlos VIII, que, á falta de mejores cualidades, tenia la escesiva presunción de creerse destinado por la Providencia para ser un nuevo Alejandro, llevando á cabo hazañas casi épicas. Puede considerarse este príncipe como la representación viva de la época que acababa, así como Gonzalo de Córdoba, viviendo muy adelantado á su siglo, lo era de la que pronto se iba á inaugurar.

Buena ocasión se presentó entonces al joven rey de Francia para realizar sus deseos, con motivo de haber sido invitado por el duque de Milan, Ludovico Sforza, á renovar las pretensiones hereditarias de la casa de Anjou á la corona de Nápoles. Ocupaba, como ya creo haber dicho, el trono de este último reino D. Alfonso de Aragón, príncipe que, por su extraordinaria severidad, se habia enagenado los ánimos de sus vasallos; y así es, que cuando llegó la hora del peligro, abandonado por todos se vió precisado á abdicar en su hijo D. Fernando, joven de excelentes prendas,

pero sin el prestigio necesario para conjurar la tormenta que le amenazaba.

Cárlos VIII había organizado entre tanto, aunque con mucha lentitud, el ejército expedicionario, y decidido á llevar adelante sus proyectos de conquista, á pesar de los obstáculos que ya iban presentándosele, salió de Viena en el mes de Agosto de 1494, cruzó los Alpes, y sin hallar oposicion de ninguna especie, llegó á Roma, donde verificó su entrada triunfal el 31 de Diciembre del mismo año, á la cabeza de sus victoriosos escuadrones; pues tales podian considerarse no habiendo tenido todavía ocasion de sufrir ninguna derrota.

El ejército francés era el más formidable que, desde la irrupcion de los bárbaros, se hubiera visto en Italia. Componíase de 20.000 hombres de infantería francesa, 8.000 suizos, y 3.600 gendames, con un magnífico tren de artillería, que por lo numerosa y bien servida aventajaba á todas las demás de Europa.

No era posible que los débiles estados italianos resistiesen á un ejército semejante; así es que, despues de una corta detencion en Roma, avanzó sin encontrar quien se le opusiera, hácia el reino de Nápoles, y casi sin tener que apelar á las armas penetró en la capital. Pero aquí se detuvieron los progresos de los invasores. Cárlos VIII, léjos de tratar de asegurarse en sus recientes conquistas, considerando la ciudad de Nápoles como una nueva Cápua, se entregó por completo á los afeminados placeres, propios de aquel ardiente clima; y cuando volvió en sí de la embriaguez que sus fáciles triunfos le habian producido, ya era tarde para conjurar la tormenta que se habia formado sobre su cabeza.

Y en efecto, mientras el jóven rey perdía el tiempo en la capital del reino de Nápoles, el sagaz Fernando el Católico, aprovechándose del descontento que los desmanes de los franceses produjeran en todos los estados italianos, habia creado la liga de Venecia, formada por este estado y por España, Austria, Roma y el ducado de Milan, la cual amenazaba cerrar al ejército francés el paso de la Italia central.

Cárlos VIII se vió ya en la necesidad de tomar una resolucion definitiva. Dos caminos se le presentaban: el uno, hacerse fuerte en sus nuevas conquistas y defenderlas á todo trance, esperando los refuerzos que no tardarian en llegar de Francia; el otro, reunir todas sus fuerzas y emprender la retirada antes que los aliados aprontasen las suficientes para estorbarles el paso; pero con la indecision que siempre caracterizó todos sus actos, adoptó un término medio, privándose de las ventajas que cualquiera de los dos indicados le hubiera podido proporcionar, pues dividiendo su ejército, ni llevó consigo bastantes fuerzas para imponer respeto al enemigo, ni dejó en Nápoles las necesarias para asegurar su conservacion.

A poco más de nueve mil hombres ascenderian las que emprendieron el movimiento de retirada; pero no fué, sin embargo, con la suficiente celeridad para que los aliados no tuvieran tiempo de cerrarlas el paso. Con efecto, á orillas del Taro, junto á Fornovo, se encontraron ambos ejércitos. Era el aliado, mandado por el marqués de Mántua, muy superior en número al francés; pero este, siguiendo el ejemplo de su rey, combatió con tal denuedo, que, aunque á costa de sensibles pérdidas, logró romper por

medio de sus enemigos, acampando aquella noche á una milla del lugar del combate. Ambos contendientes se atribuyeron la victoria; sin embargo, los franceses habian logrado su objeto, cual era el de abrirse paso, mientras que los aliados no habian conseguido el suyo de destruir al ejército frances (1).

Esta batalla, que tuvo lugar el 6 de Julio de 1495, muy poco tiene digno de mencion bajo el punto de vista militar; no fué mal empleada por los franceses la artillería, que sirvió para alejar á los estradiotas enemigos; pero por lo demás, puede considerarse como un combate de la Edad Media, en que el valor personal lo hace todo. Es, sin embargo, notable por ser el resultado inmediato de la célebre liga de Venecia, primer ejemplo en la edad moderna de esas vastas combinaciones entre varios estados de Europa para su mútua conservacion y defensa, y porque inaugurando una nueva clase de guerra, la de estado á estado, puede considerarse como el principio de una série de campañas, en las que al fin se ha de verificar el renacimiento del arte militar.

Habíase convenido por los artículos secretos del tratado de Venecia, que D. Fernando el Católico se encargase de restablecer en el trono á su pariente el desposeido rey de Nápoles. Ya el previsor Fernando, antes de firmarse aquel, habia organizado un pequeño cuerpo de tropas, con objeto de poner á cubierto sus dominios de Sicilia contra cualquier ataque de los

(1) Para que nuestros lectores vean cuál era la constitucion de la mayor parte de los ejércitos antes del renacimiento del arte, transcribimos á continuacion el cuadro de composicion del veneciano en la batalla de Fornovo, tal como lo inserta Malipiero en sus *Anales* y Cesar Cantú en su *Historia Universal*.

El Sr. Francisco Gonzaga, marqués de Mántua, caballos .....	1200	Tucio Constanzo.....	160
Don Zufredo, feudatario del Papa.....	740	Vido Brandolini.....	160
Bernardo Contarini, extradiotas.....	676	Vicente Corso.....	160
Lanzas especiales.....	650	Pedro Chieregato de Vicenza.....	150
El Sr. Ranucio Farnesio.....	600	El feudatario de Antoninccio.....	150
El conde Bernardino Frangipan de Seguan.....	600	Cárlos Sece.....	140
El Sr. Juan Sforza.....	600	Juan de Piamonte.....	120
Pedro Duodo, extradiotas.....	600	Juan Gradenigo.....	100
Bernardino de Fortebrazzi.....	500	Juan Greco, balletero de caballería...	100
El conde Nicolás Rangon.....	400	Alviso Balaresso.....	100
El conde Felipe de Rossi.....	400	Anguilara.....	100
El conde Guido Guerrier.....	400	Angel Francisco de Santo Angel.....	80
Cárlos de Pian de Meleto .....	400	Juan de la Riva.....	80
El conde feudatario del marqués Tadhio.....	400	Roberto Strozzi.....	80
Julian de Carpi.....	400	Alejandro Berardi.....	80
El Sr. Antonio de Urbino.....	400	Alejandro y Anibal de Dolce.....	80
El Sr. Anibal Bentivogli.....	400	Jacobo de Saverguan.....	80
El Sr. Pandolfo de Rímimi.....	400	Lazarin de Rímimi.....	80
Lanzas especiales Robertescas.....	350	Felipe Albanese .....	80
Alejandro del Turco.....	300	El Shiaveto.....	80
Márcos Masselengo.....	240	Bargo.....	60
El conde Francisco de Gámbara.....	240	Soncino Benzon de Crema.....	50
Thadio de la Motella.....	240	Brazzo de Fortebrazzi.....	50
Alejandro Cagion.....	240	Federico, feudatario de J. Antonio Starioto.....	50
Anibal de Martinengo.....	240	Bautista Sagramero.....	50
de la Motella.....	200	El Sr. Vido Paulo de Monte Feltro, de Urbino.....	50
El conde Alviso Avogaro.....	200		
J. Paulo Manfron.....	200	Total número.....	15,566
Antonio de Pigli.....	200	Peones y estipendiarios.....	24,000
Jacobo de Venecia.....	200	Nicolás Savarguan.....	1,000
Pedro de Cartagena.....	160	Cozzander Aleman.....	1,000
Tres hijos suyos.....	160	J. Bernardo de Pelegrini.....	1,000
Tres hijos del conde Nicolás.....	160	Gerónimo Zenva.....	300

franceses, y precisamente estas fuerzas fueron las destinadas á entrar desde luego en campaña.

Iba nombrado general en jefe de la expedicion Gonzalo Fernandez de Córdoba ó de Aguilar, más conocido en la historia por el nombre de Gran Capitan.

Aunque este caudillo no habia hasta entonces desempeñado cargo de tal importancia, ya era bastante conocido entre las gentes de guerra cuando se le confirió el mando del ejército de Italia. Educado entre el fragor de los combates, la guerra era su elemento, y de la guerra habia de esperar toda su fortuna, porque segundo de la noble casa de Aguilar, todos los bienes habian de recaer, segun la ley, en su hermano mayor D. Alonso.

Pero sus brillantes cualidades no sólo le conquistaron un puesto envidiable entre sus contemporáneos, sino que á través de los siglos nos le hacen aparecer muy superior á todos los hombres de aquel tiempo. Generoso hasta la prodigalidad, valiente hasta el heroismo, temerario cuando se batia como soldado, frio, prudente, y exponiéndose al peligro tan sólo en un caso extremo, cuando obraba como general, de una inteligencia superior, era Gonzalo de Córdoba, segun dice Villamartin, la doble encarnacion de lo que habia que destruir y de lo que habia de crearse, el ocaso de una época y la aurora de la siguiente.

En las guerras con Portugal, mandando la compañía de 120 caballos de su hermano, que habia quedado en Córdoba, se distinguió en diversas ocasiones; pero especialmente en la batalla de la Albuera, donde acreditó ser un cumplido caballero y un excelente jefe de caballeria. A las guerras de Granada asistió, primero como voluntario, y despues mandando un escuadron de 70 lanzas. En el asalto de Montefrio recibió el mando de la columna de ataque y fué el primero que escaló el muro, defendido por gran número de enemigos; y en Tajara, en Loja y en la rendicion de Illora, dió nuevas pruebas de su valor é inteligencia. Su prudencia y afable trato hicieron que, cuando la rendicion de la capital, fuera elegido en union del secretario Hernando de Zafra, para arreglar las bases de la capitulacion, lo que ejecutó tan á satisfaccion de sus reyes, que quedó desde luego reputado por tan hábil político como militar valiente y entendido.

Estas cualidades no hubieran bastado, sin embargo, para conferirle el mando de la expedicion, postergando á otros capitanes de más fama y experiencia, si el génio penetrante de Doña Isabel no hubiera descubierto en él todas las cualidades de un general en jefe. Y en efecto, el marqués de Cádiz, el conde de Tendilla y el alcaide de los Donceles, fueron los caudillos á quienes en la guerra de Granada se fiaron las operaciones más importantes, en términos que apenas se cita en las historias generales el nombre de Gonzalo al hablar de estas guerras. Pero las que pronto comenzaron en Italia le habian de granjear una reputacion imperecedera.

La edad en que se hallaba al obtener el cargo de general en jefe, era la más á propósito para que hiciese buen uso de sus brillantes facultades, pues habiendo nacido en 1453, contaba en 1494 la de 41 años, esa edad en que el hombre, desprovisto de las pasiones de la juventud, se halla con toda la fuerza y vigor de la edad madura y con las lecciones adquiridas de una larga y á veces dolorosa experiencia.

No es mi objeto constituirme en biógrafo de nuestro Gran Capitan; así es que basta con estas ligeras noticias para el que me propongo, las que no me he creído dispensado de dar, porque al intentar describir las campañas de Italia en la época de que me ocupó, no puede ménos de consagrarse un recuerdo al ilustre capitan que tan dichoso fin y remate supo darles.

La expedición llegó á Messina el 24 de Mayo de 1495, y allí tuvo noticia Gonzalo de que el rey D. Fernando de Nápoles habia ya dado principio á las operaciones, auxiliado por el almirante Requesens, que con parte de la armada española habia llegado á Italia pocos dias antes.

El total de las fuerzas con que podia contar Gonzalo no pasaba de 1.500 infantes y 600 caballos, además de la gente de mar que sumaria unos 3.500 hombres.

En cambio los franceses, que habian dejado en Nápoles la flor de su ejército, podian presentar en campaña 6.000 hombres de infantería suiza, 6.000 gascones, un brillante cuerpo de caballería pesada ó gendarmería, y un magnífico tren de artillería.

Estas fuerzas se hallaban distribuidas en tres cuerpos principales:

1.º El que guarnecía la capital, mandado directamente por el virey duque de Montpensier, caballero leal y valiente, pero de muy cortos talentos militares.

2.º El de la Calabria, que obedecia las órdenes del escocés Aubigny, de la familia real de los Estuardos, reputado como uno de los mejores generales que la Francia tuviera á su servicio; y por último, el de la Basilicata, compuesto principalmente de infantería suiza, y mandado por el señor de Précý, capitan enérgico y valiente.

El 26 de Mayo pasó el general español á Reggio, donde se hallaba el rey de Nápoles D. Fernando con un cuerpo de 6.000 calabreses recién reclutados, que si tenian algun entusiasmo por la causa que defendian, su instruccion militar era en cambio casi nula. Más á pesar de esto, apenas llegaron las tropas españolas, decidió romper las hostilidades, confiando tal vez demasiado en el patriotismo de sus súbditos. Las primeras operaciones fueron favorables al ejército aliado: Santa Agatha, le abrió sus puertas sin oponer resistencia; y dirigiéndose desde aquí sobre Seminara, logró imponer á la guarnicion francesa, que considerándose insuficiente para defender la plaza, la evacuó á la sola presentacion del enemigo.

El general francés Aubigny, comandante del cuerpo de ocupacion de la Calabria, no habia dado gran importancia á los primeros movimientos militares de D. Fernando; pero justamente alarmado ahora con los rápidos progresos de las armas aliadas, determinó salirles al encuentro y atraerlas si era posible á un trance decisivo, confiando con razon en la superioridad de las fuerzas que en caso necesario podia reunir bajo sus inmediatas órdenes.

Al efecto, reconcentró los diversos destacamentos que, para procurarse víveres más fácilmente, tenia diseminados en varios puntos de la provincia, y envió aviso al cuerpo de Précý, en la Basilicata, para que se le reuniese sin pérdida de tiempo.

Verificada esta uuion, Aubigny, cuyas fuerzas excedian con mucho á las de sus adversarios, emprendió la marcha sobre Seminara.

Ignoraba D. Fernando que el cuerpo de la Basilicata se hubiese incorporado al de Aubigny; así es que juzgando el número de tropas de este muy inferior á lo que en realidad era, creyó llegado el momento de presentarle la batalla, á pesar de la opinion contraria de Gonzalo de Córdoba.

El 21 de Junio salió de Seminara el ejército aliado, al tener noticia de la aproximacion de los franceses, y tomó posicion á una legua poco más ó ménos hácia la parte oriental de la plaza, sobre una série de colinas por cuyo pié corria un riachuelo vadeable. Los españoles, que no pasaban de 1,000 infantes y 400 caballos, ocuparon la derecha, y en la izquierda se situaron los 6,000 calabreses del rey de Nápoles. El enemigo constituia su ala izquierda con la caballería, y la derecha con los piqueros suizos, á cuya retaguardia seguia la milicia del país.

Comienza el combate la gendarmería francesa, pasando el rio por un vado poco distante de la derecha española. Aprovechándose de este momento los 400 ginetes que la constituian, se lanzan sobre el enemigo y logran desconcertarle; pero colocándose el mismo Aubigny á la cabeza de los gendarmes, los anima, los rehace, y terminando el paso, rechaza á la caballería española sobre su primera posicion. Se disponia esta tropa á secundar la carga, siguiendo la tactica empleada en la guerra con los moros, cuando la milicia calabresa, que habia tomado el movimiento de retirada por una verdadera fuga, se desbanda completamente, yendo á buscar su salvacion en las gargantas y desfiladeros de la sierra, sin esperar siquiera el primer ataque de la infantería suiza.

Desde este momento la batalla estaba ganada por los franceses; comprendiéndolo así Aubigny, hace que su caballería siga al alcance de los desordenados calabreses, en los cuales causó terrible carnicería. Continuaba, sin embargo, sosteniéndose el pequeño cuerpo de españoles, gracias al ejemplo y energía de su jefe; pero no era posible que poco más de 1.000 hombres contuviesen todo el peso del ejército francés; así es que fué preciso ceder el campo, lo que se efectuó retirándose en buen orden sobre Seminara, donde el enemigo no se atrevió á penetrar. Al dia siguiente evacuó Gonzalo la poblacion, dirigiéndose á Reggio, á traves de los montes, con la mayor parte de su caballería y la escasa infantería que logró retirar salva del combate. En cuanto al rey D. Fernando, se embarcó en el mismo dia de su derrota, en un buque español que le condujo á Sicilia, donde pensaba prepararse para emprender de nuevo la campaña.

La batalla de Seminara, aunque perdida por el ejército aliado, fué en realidad favorable á los españoles. Y en efecto, allí aprendieron estos el secreto de sus fuerzas, empezaron á apreciar á su general, que tan bien habia sabido librarlos de una completa derrota; y este por su parte conoció de lo que eran capaces sus soldados. De admirar es ciertamente el valor y serenidad de que dió pruebas en esta jornada el caudillo español, pues no solo hizo frente con un puñado de hombres á fuerzas seis veces superiores, sino que se batió despues en retirada con tal orden, que sus enemigos no se atrevieron á perseguirle. Bien es verdad que estos no supieron aprovecharse de la victoria como conseguirla; porque, ¿quién duda que si el ejército francés, continuando la persecucion, hubiera cortado á Gonzalo la retirada sobre Reggio, no hubiese conseguido destruirle, y tal

vez fijar la suerte de Nápoles con esta sola batalla? Pero los franceses, una vez alcanzada la victoria y rechazado el enemigo sobre Seminara, no trataron siquiera de seguir adelante, dando tiempo con su inacción para que los españoles se repusiesen del descalabro sufrido y abriesen bajo mejores auspicios la campaña.

Aunque estrechado por los franceses, que ocupaban casi toda la Calabria despues de la batalla de Seminara, Gonzalo de Córdoba, obrando ahora con absoluta independencia, se preparaba para romper de nuevo las hostilidades.

Al efecto, mientras que el caudillo francés le creia en Reggio reducido á la impotencia, reorganizaba su pequeño ejército, lo aumentaba con algunos cientos de sicilianos y calabreses, y sólo esperaba una coyuntura favorable para dar principio á las operaciones. No tardó esta en presentársele, pues Aubigny, que dominaba en la mayor parte del territorio, no cuidándose mucho de las escasas fuerzas españolas situadas al abrigo de Reggio, consintió en desprenderse de un buen cuerpo de tropas que, á las órdenes de Precy, marchó en socorro del duque de Montpensier, sitiado por el rey D. Fernando en Castelnuovo. Es cierto que á pesar de esta disminución, todavía tenia en su favor la superioridad del número; pero Gonzalo, que cuenta con las simpatías del país, y sobre todo con el auxilio de su génio, sabrá vencer todos los obstáculos.

El general español, que más adelante habia de ser considerado como el primér capitán de su siglo y llevar á cabo el renacimiento del arte militar, se mostró en esta campaña digno discípulo de su rey Fernando el Católico. Aun no habia concluido el verano de 1495 cuando dió principio á las hostilidades, siguiendo el mismo sistema que habia aprendido en las últimas guerras con los moros: conservando su escasa caballería pesada como una excelente reserva, empleaba continuamente los caballos ligeros, y con más frecuencia aun la infantería, en las arriesgadas operaciones que emprendia; sorpresas, emboscadas, terribles devastaciones en el país ocupado por el enemigo, que nunca lograba atraerle á un trance decisivo, traian á este tan desconcertado, que muy pronto se hizo manifiesta la superioridad de las armas españolas.

Vamos á referir uno de los primeros hechos de la campaña, notable especialmente por la audacia que revela en Gonzalo de Córdoba.

Algunos dias despues de la batalla de Seminara, se habia apoderado Aubigny de la plaza de Fiumara, pasando á cuchillo á los habitantes y obligando á la corta guarnición española á encerrarse en la fortaleza. Gonzalo, que deseaba socorrerla y al mismo tiempo no queria abandonar su fuerte posición en Reggio, reunió 200 ginetes escogidos, marcha sobre Fiumara, y aprovechándose de las tinieblas de la noche, cae sobre el campo enemigo, donde causó terrible carnicería. Cuando los franceses se repusieron de la sorpresa que tan inesperado ataque les habia causado, ya los españoles habian desaparecido llevándose prisioneros infinidad de suizos. Sin embargo, el ejército francés, que, á no dudar, se creyó atacado por un considerable número de enemigos, cobró un temor tan grande, que antes de amanecer levantó el campo, abandonando la población á las tropas de Gonzalo.

A la ocupacion de esta plaza, siguió la de Squilace, Sibaris y otros diversos puntos, tomados á viva fuerza los unos, y entregados espontáneamente los otros; y con tal actividad se prosiguió la campaña, que á fines de aquel año ya dominaban las tropas españolas en toda la Calabria meridional.

Eran, sin embargo, tan escasas en número, que apenas bastaban para cubrir las guarniciones de los puntos conquistados, reduciéndose todos los refuerzos que hasta aquella fecha se habian recibido de España, á 300 hombres, y estos en el más miserable estado y muchos de ellos sin armamento ni municiones.

Estas causas y la penuria que ya se empezaba á experimentar por falta de fondos, obligaron al ejército á tomar cuarteles de invierno en Nicastro, plaza situada en la parte septentrional de la Baja Calabria. Allí consiguió Gonzalo aumentar algo sus reducidas fuerzas con un pequeño cuerpo de tropas que se le incorporó, procedente de Sicilia, y con algunas gentes que reclutó entre los partidarios de la dinastía aragonesa; y habiéndose remediado la falta de metálico con un envío que recibió de España en Febrero de 1496, se decidió nuevamente á tomar la ofensiva. El ejército penetró, pues, en la Alta Calabria, y en poco tiempo recorrió una gran parte de ella, consiguiendo reducir á Aubigny á un pequeño distrito, donde todavía siguió sosteniéndose. Sin embargo, la sumision de esta provincia presentaba graves dificultades, porque los franceses tenian allí gran número de partidarios y conservaban en su poder muchas de las principales plazas fuertes.

Habia Gonzalo puesto sitio á la de Cosenza, cuya posesion le era de la mayor importancia para asegurar su base de operaciones: los sitiados hacian una vigorosa resistencia; pero como de un momento á otro podian llegar en socorro de estos las tropas de Aubigny, reforzadas con los contingentes que preparaba el partido angevino, el general español, que conoce el valor del tiempo y sabe que la tenacidad es una de las virtudes del guerrero, dispone el asalto; y despues de tres consecutivos, en un sólo dia, se hace dueño de la poblacion, encerrando á los franceses en la ciudadela.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Gonzalo recibió aviso del rey de Nápoles para que marchara á incorporársele en la Basilicata, á fin de formalizar el cerco de Atella, donde se habia hecho fuerte Montpensier con el resto de sus tropas. No podia, sin embargo, abandonar el teatro de la guerra exponiéndose á perder todo el fruto de su laboriosa campaña, porque si bien tenia poco que temer de Aubigny, cuyas fuerzas eran ya muy reducidas, los preparativos del partido angevino comenzaban á inspirarle sérios temores. Mas por fortuna, la poca vigilancia de sus enemigos le dió pronto ocasion de reducirles á la impotencia.

Hallábase con el ejército en Castrovillari, cuando tuvo noticia de que algunos barones partidarios de la dinastía de Anjou, se encontraban en Laino con fuerzas próximamente iguales en número á las españolas, y que sólo esperaban la llegada de algunos refuerzos para salirle al encuentro. Más Gonzalo, deseoso de verificar su union con el rey de Nápoles, resolvió prevenirles, cayendo sobre ellos con todas sus tropas, antes de que hubieran acabado de organizar las suyas.



La posición que los barones ocupaban era inmejorable: el grueso de sus fuerzas se hallaba en un pueblecillo, protegido á la izquierda por la plaza de Murano y algunas otras que obedecían al príncipe de Bisignano, y á la derecha por el castillo de Laino, con puente sobre el pequeño río Spari. El terreno que el ejército español tenía que atravesar para llegar allí era áspero y montañoso, y la mayor parte de sus habitantes defendían la causa del partido angevino. Más Gonzalo no vacila: sale de Castrovillari, arrolla algunas turbas de montañeses que se le oponen, y caminando toda la noche, llega mucho antes de amanecer á las inmediaciones de Laino. El mismo Gonzalo se adelantó á reconocer el terreno: todas las circunstancias favorecían su proyecto, pues el puente no estaba guardado, y de este modo, el río, en vez de ser un obstáculo, impediría con el ruido de sus aguas que se sintiese la marcha de las tropas.

Un fuerte destacamento de infantería ocupó el puente, y el resto quedó en expectativa, con orden de circunvalar la población tan pronto como Gonzalo, que con la caballería se dirigió á pasar el río dos millas más arriba, diese la señal del ataque.

No habían aparecido todavía en el horizonte los primeros albores de la mañana, cuando tuvo lugar este. Los despavoridos habitantes, arrancados violentamente á su sueño, apenas se defienden: únicamente la guarnición francesa, unida á algunos hombres de armas napolitanos, hizo una desesperada resistencia, que sólo terminó con la muerte ó prision de sus principales jefes. Muchos, buscando su salvación en la fuga, fueron á dar en el cordón de tropas españolas que rodeaba la población; y otros, creyéndose dichosos con haber alcanzado el puente, cayeron en poder de la infantería que lo guardaba.

Un gran número de prisioneros, entre los cuales figuraban once barones del partido angevino, y un inmenso botín, fueron los despojos de esta victoria, que valió al ejército español la ocupación de la plaza de Murano y la de algunas otras poseídas hasta entonces por el enemigo.

Gonzalo, dirigiendo este golpe decisivo al centro de los recursos militares de sus adversarios, puede decirse que destruyó el poderío francés en la Calabria; pues no sólo hizo desaparecer los obstáculos que todavía le retenían en el teatro de la guerra, sino que, conquistando gran número de partidarios para su causa, podía confiar en que serían muy cortos los progresos de Aubigny durante su proyectada ausencia. Así pues, aprovechándose de un refuerzo de 500 hombres que últimamente recibiera de España, destinó un pequeño cuerpo de tropas para proseguir la campaña contra los franceses, y sin más detención dirigió sus pasos hácia Atella, al frente de 1000 infantes escogidos, 400 caballos ligeros y 70 hombres de armas.

El espíritu del país, opuesto en general á los franceses, puede decirse que les causó más perjuicios en esta campaña que las armas de sus enemigos. Sólo así se comprende que teniendo en su favor la superioridad del número, ocupando las principales plazas fuertes, y saliendo victoriosos en Seminara, fuesen perdiendo terreno de día en día; y que mientras los españoles se reorganizaban en Reggio, sin que el enemigo se atreviese á molestarles, extrase D. Fernando en Nápoles, aclamado por sus súbditos, locos de entusiasmo.

El ejército de Montpensier no era, sin embargo, de despreciar; más don Fernando, ya aleccionado por el desastre de Seminara, rehusó siempre el venir á las manos con el enemigo en un trance decisivo, y molestándole de continuo, pudo conseguir el ver disminuir insensiblemente sus fuerzas, y el poco prestigio que en el país le quedaba.

Es cierto que el cuerpo de Montpensier fué aumentado con el de Précý, procedente de la Calabria; pero también D. Fernando recibió un refuerzo de tropas venecianas, con lo cual el efectivo de su ejército pudo elevarse á 1.200 hombres de armas, 1.500 caballos ligeros y 4.000 infantes; y aunque las fuerzas francesas eran próximamente iguales, se decidió á tomar la ofensiva hasta arrojarlas del territorio napolitano.

Después de varias operaciones poco importantes, en las que no ocurrió ningún notable hecho de armas, Montpensier, estrechado por la falta de subsistencias, se decidió á abandonar los contornos de Benevento, donde ambos ejércitos se hallaban; y al efecto levantó su campo, aprovechándose de las tinieblas de la noche, y dirigió su marcha hácia el centro de la fértil provincia de la Pulia, cuyas principales ciudades estaban todavía por los franceses. Más no bien llegó á D. Fernando la noticia de lo ocurrido, cuando se puso en seguimiento del enemigo, prosiguiendo la persecución con tal celeridad, que alcanzándole en las inmediaciones de Atella, le obligó á encerrarse en la plaza.

Esta ciudad, situada en un ancho valle, por cuyo centro corría un pequeño río que la surtía de aguas y daba movimiento á varios molinos harineros, era á la sazón susceptible de muy buena defensa. Podía además sostener sus comunicaciones con el interior, por medio de la fuerte plaza de Ripa Cándida, que se hallaba todavía en poder de los franceses.

El rey de Nápoles, que veía ya próximo el término de la campaña, hizo sus preparativos para acabar de una vez, si era posible, con todo el ejército francés; pero pronto hubo de convencerse de que sus fuerzas, aunque superiores á las del enemigo, y aumentadas de día en día con las gentes del país que venían á incorporársele, eran insuficientes para tamaña empresa. Esto fué lo que le decidió á llamar en su auxilio á Gonzalo de Cordova, cuyas hazañas eran ya en todo el reino conocidas.

Este, después de vencer algunos ligeros obstáculos que los enemigos le suscitaron en su marcha, llegó por fin á Atella el 24 de Junio. Allí fué objeto de las mayores distinciones por parte del rey de Nápoles y de los principales jefes del ejército; el rey en persona, acompañado del marqués de Mántua y del legado pontificio Cesar Borgia, salió á recibirle; y entonces, dicen la mayor parte de los historiadores, que se le dió el título de Gran Capitan, que la posteridad le ha confirmado.

Mucho llamó la atención en el campo napolitano el aspecto y disciplina de las tropas españolas. La infantería no venía armada únicamente en espadas cortas y escudos, como en el principio de la campaña, sino que una parte de ella usaba la pica suiza; y de este modo era tan apta para la defensa como para el ataque, pues en el primer caso servían los piqueros, y en el segundo se utilizaban las rodela (1), que por su ligero armamento

(1) Llamábanse así los armados de espada y rodela.

y mayor agilidad, eran más á propósito para romper las apretadas masas de los suizos. Los arcabuceros, que figuraban en la proporción de uno á cinco, hacían el oficio de tropas ligeras, ó bien colocados al costado de los piqueros disparaban sobre los flancos del enemigo cuando este atacaba.

En el mismo día de su llegada reconoció Gonzalo el circuito de Atella, y comprendió que mientras los sitiados sostuviesen sus comunicaciones con Ripa Cándida y mantuviesen en su poder los molinos que surtian de harinas á la plaza, la resistencia podría prolongarse indefinidamente.

Se decidió, pues, llevar á cabo la destrucción de estos, y las tropas españolas fueron las encargadas de esta operación.

El 1.º de Julio, día designado para realizarla, Gonzalo dividió su caballería en dos cuerpos, dejando en reserva los hombres de armas con la mitad de los caballos ligeros, y destinando á la otra mitad para apoyar á la infantería en su ataque contra el enemigo.

Bien conocía Montpensier la importancia que la conservación de los molinos tenía para la defensa de la plaza; así es que los había guarnecido con la flor de la infantería suiza y con un buen destacamento de arqueros gascones. Pero estos, apenas vieron avanzar las tropas españolas, hicieron su descarga de flechas y huyeron desordenadamente, dejando á los suizos el peso de la acción. Desde este momento el éxito no fué ya dudoso: la corta pero enérgica resistencia de los suizos no fué lo bastante para contener el ímpetu de los soldados españoles, que destruyendo cuantos obstáculos se oponían á su paso, obligaron al enemigo á replegarse á la ciudad. Gonzalo, una vez conseguido su objeto, mandó proceder á la demolición de los molinos, que en pocas horas quedaron completamente destruidos.

Tres días después tuvo lugar el asalto de Ripa Cándida, con lo cual quedó completamente realizado el bloqueo de Atella.

Privados así de toda comunicación con el exterior, los franceses no podían hacer muy larga resistencia: acometidos además por el hambre, y rechazados por las tropas venecianas en una salida que hicieron á fin de proporcionarse subsistencias, tuvieron que consentir en rendirse. Siete mil hombres que componían la guarnición, mandados por el virey duque de Montpensier, entregaron las armas al ejército sitiador, quedando después en libertad de volver á su país natal.

Mientras tanto había mejorado algo la situación de Aubigny en la Calabria; pero apenas fenecido el sitio de Atella, volvió allí Gonzalo con las tropas españolas, y en poco tiempo logró encerrar á los franceses en Gallípoli, desde cuyo punto se vieron precisados á regresar á su patria.

Por más que en estas campañas se diera á conocer Gonzalo de Córdoba como un general consumado y elevara á una gran altura el nombre español, no es en ellas donde más brillan sus prendas militares, ni donde se nos presenta como el verdadero iniciador del moderno arte de la guerra. Es cierto que, como auxiliar del rey de Nápoles, se vió obligado á movimientos que no le convenían, y que si se perdió la batalla de Seminara, fué por haberse emprendido contra su dictámen. Pero esta misma batalla, que debió valer á los franceses el dominio de toda la Calabria, fué sin embargo de gran utilidad á los españoles; porque obrando estos desde enton-

ces con independencia de sus aliados, pudieron emprender su sistema peculiar de guerra, que tan buenos resultados les habia dado en las últimas con los moros.

Pronto tuvieron lugar de conocer los franceses la clase de enemigo con quien tenian que habérselas: en vano le buscaban y trataban de atraerle á un trance decisivo, donde la superioridad numérica les hubiese concedido la victoria; pues los españoles, valiéndose de sorpresas, emboscadas y cuantos medios sugiere el sistema de guerrillas, los desconcertaron de tal modo, que en ménos de seis meses consiguieron arrojarles de toda la Calabria meridional.

Es cierto, por otra parte, que no sólo al valor y cualidades de los españoles deben atribuirse las continuas victorias que obtuvieron. Otras causas existian, que obrando poderosamente sobre la moral de los enemigos, habian de contribuir á su completa ruina. Y en efecto, los franceses, que habian invadido el territorio napolitano con el aparato y fiereza de conquistadores, empezaban á comprender que todo habia sido un juego debido á la imprudencia de su monarca. Rechazados por la mayoría del país y sufriendo continuos ataques de un enemigo á quien nunca podian encontrar, sólo confiaban en la llegada de algunos refuerzos para poder continuar la campaña; pero ni aun este último recurso podian esperar, porque su rey Carlos VIII, apenas abandonó el suelo de Italia, no sólo olvidó sus brillantes proyectos de conquista, sino que pareció no volver á acordarse de las tropas que dejaba comprometidas al otro lado de los Alpes.

A pesar de estas desventajas, tal vez la victoria hubiera venido á coronar los esfuerzos de los franceses, si, mejor dirigidos, no hubieran permanecido en la inaccion despues de la batalla de Seminara; pues al principiar la campaña, no se puede negar que se hallaban con mejores elementos que sus adversarios. Ocupaban la mayor parte de las plazas fuertes; su caballería pesada ó gendarmería era inmejorable, y constituian el núcleo de la infantería con un buen cuerpo de suizos, excelente milicia, sin rival hasta aquella época. Es cierto que la infantería francesa era muy mala, pero en cambio la artillería habia recibido muchos perfeccionamientos, y pasaba entonces por la primera de Europa.

Los españoles, por el contrario, procedentes de levadas recién hechas, eran en escaso número, mal vestidos, mal pagados y la mayor parte armados solamente de rodela y espada. Más adelante logró Gonzalo, gracias á los despojos cogidos al enemigo, perfeccionar el armamento y organizacion de sus tropas, combinando los piqueros, arcabuceros y rodelas; pero esto sólo fué casi al finalizar la guerra; es decir, en el sitio de Atella.

Poco es, sin embargo, lo que encontramos digno de estudio en esta campaña, pues todos ó casi todos los sucesos de ella no son sino acciones aisladas, que cuando más revelan la audacia del guerrillero, si bien por otra parte, examinada en conjunto, podemos advertir que fué mucho mejor dirigida que las precedentes de la Edad Media; y que Gonzalo de Córdoba, contando con muy escasas fuerzas, y desatendido por el gobierno de la metrópoli, que condujo estas guerras con una economía que rayaba en miseria, empleó el sistema más adecuado en tales circunstancias. De todos

modos, el génio militar del caudillo español no se manifiesta todavía con la misma intensidad que en las campañas sucesivas, en las cuales merece verdaderamente el dictado de *Gran Capitan* que la posteridad le ha conservado.

Las campañas de Calabria, en una palabra, no producen adelanto alguno militar entre los españoles, que emplearon en ellas el sistema seguido en las últimas con los moros. Constituyendo en su conjunto una guerra de sorpresas, de ardides, de emboscadas, de encuentros y de combates parciales, no podían decidir la lucha entre la táctica y la proeza, porque no podían tocarse inmediatamente las ventajas del orden y de la disciplina. Sin embargo, así como la batalla de Fornovo, aunque insignificante bajo el punto de vista militar, es notable por ser la que inaugura una nueva clase de guerra, como oportunamente queda indicado, así también las campañas de Calabria dan principio en España á una larga série de portentosas victorias que, en medio de la decadencia material, moral é intelectual que há tiempo arrastra esta desdichada nacion, nos hacen recordar con orgullo lo que hemos sido, y tal vez pensar en lo que todavía podemos ser.

He dicho.

E. DE LA IGLESIA.

modos, el genio militar del caudillo español no se manifiesta todavía con la misma intensidad que en las campañas sucesivas, en las cuales merece verdaderamente el dictado de Gran Capitan que la posteridad le ha con-

servado. Las campañas de Calabria, en una palabra, no producen adelanto alguno no militar entre los españoles, que emplearon en ellas el sistema seguido en las últimas con los moros. Constituyendo en su conjunto una guerra de sorpresas, de arribes, de emboscadas, de encuentros y de combates particulares, no podían decidir la lucha entre la táctica y la proeza, porque no podían tocarse inmediatamente las ventajas del orden y de la disciplina. Sin embargo, así como la batalla de Bornovo, aunque insignificante bajo el punto de vista militar, es notable por ser la que inaugura una nueva clase de guerra, como oportunamente queda indicado, así también las campañas de Calabria dan principio en España á una larga serie de portentosas victorias que, en medio de la decadencia material, moral é intelectual que há tiempo atrasta esta desdichada nación, nos hacen recordar con orgullo lo que hemos sido, y tal vez pensar en lo que todavía podemos ser.

He dicho.

R. DE LA IERUSA.

El punto de vista militar, es notable por ser la que inaugura una nueva clase de guerra, como oportunamente queda indicado, así también las campañas de Calabria dan principio en España á una larga serie de portentosas victorias que, en medio de la decadencia material, moral é intelectual que há tiempo atrasta esta desdichada nación, nos hacen recordar con orgullo lo que hemos sido, y tal vez pensar en lo que todavía podemos ser.

El punto de vista militar, es notable por ser la que inaugura una nueva clase de guerra, como oportunamente queda indicado, así también las campañas de Calabria dan principio en España á una larga serie de portentosas victorias que, en medio de la decadencia material, moral é intelectual que há tiempo atrasta esta desdichada nación, nos hacen recordar con orgullo lo que hemos sido, y tal vez pensar en lo que todavía podemos ser.

El punto de vista militar, es notable por ser la que inaugura una nueva clase de guerra, como oportunamente queda indicado, así también las campañas de Calabria dan principio en España á una larga serie de portentosas victorias que, en medio de la decadencia material, moral é intelectual que há tiempo atrasta esta desdichada nación, nos hacen recordar con orgullo lo que hemos sido, y tal vez pensar en lo que todavía podemos ser.

El punto de vista militar, es notable por ser la que inaugura una nueva clase de guerra, como oportunamente queda indicado, así también las campañas de Calabria dan principio en España á una larga serie de portentosas victorias que, en medio de la decadencia material, moral é intelectual que há tiempo atrasta esta desdichada nación, nos hacen recordar con orgullo lo que hemos sido, y tal vez pensar en lo que todavía podemos ser.

## RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

### Sesta conferencia.

SEÑORES:

Al anunciar mis conferencias sobre el *Renacimiento del arte de la guerra*, creí terminarlas en breve plazo, pues si mi inesperecia, ó tal vez mi imprevision, me hizo adoptar título tan pomposo y que tanto prometía, lo cierto es que yo pensaba cumplir con muy poco, porque mi principal objeto se reducía á probar que á los españoles era debido el renacimiento del arte militar, á lo cual creí poder dar, si no dichoso, á lo ménos pronto fin y remate en dos ó tres discursos.

Y precisamente ha sucedido lo contrario; porque perdido en el vasto campo de la historia, me he ocupado, tal vez sin pensar, de infinidad de asuntos no necesarios al objeto que me propongo: he hablado mucho de renacimiento del arte, y este renacimiento apenas se ha presentado; y cuando por fin parece que de él voy á ocuparme, y tratar algo interesante en mi concepto, nuevas dudas se me ofrecen, nuevos temores me asaltan, y voy creyendo, señores, en mi poca fortuna, ó en la impotencia de mi ingenio.

Porque, al ocuparse del renacimiento del arte de la guerra, ¿bastañerá ceñirse únicamente á los sucesos acaecidos, y probar *á posteriori* que este renacimiento se verificó? ¿O será preciso, por el contrario, retroceder á los tiempos que le precedieron y examinar detenidamente las causas religiosas, políticas y sociales que, cambiando la manera de ser de los pueblos, pueden considerarse como su preparacion? Pues indudable es que si el renacimiento se verificó, fué porque existian causas para que así sucediese, porque al reorganizarse aquellas sociedades, al reconcentrarse la esparcida autoridad en manos de los monarcas, las guerras habian de tomar un nuevo carácter; las guerras de nacion á nacion, de frontera á frontera, habian de sustituir á las antiguas luchas feudales, y el renacimiento del arte militar ser una consecuencia natural de tales guerras.

Pues bien, señores, ¿he probado todo esto? ¿He demostrado palpablemente que al inaugurarse el siglo xvi, el renacimiento del arte de la guerra

era una consecuencia natural de la revolucion que lentamente se habia ido operando en las principales naciones de Europa? Desde luego que no. ¿Necesito probarlo? Hé aquí mis dudas, hé aquí mis temores; pues tal vez, al tratar de los tiempos anteriores á este renacimiento, no haya puesto de manifiesto suficientemente las verdaderas causas que lo produjeron, sacrificando á la forma el fondo de la cuestion, y ocupándome, como ya he dicho, de asuntos no necesarios al objeto que me propongo. Sin embargo, si mal no recuerdo, hemos seguido, aunque rápidamente, los adelantos del arte de España desde la invasion de los bárbaros hasta la conquista de Granada. Hemos examinado la organizacion militar de Francia á fines del siglo xv; hemos asistido á la creacion de la célebre infantería suiza; tenemos noticia de lo que eran los lansquenets alemanes y los condottieri italianos; hemos visto reaparecer la infantería, y por consiguiente, iniciarse el renacimiento del arte de la guerra, con el establecimiento de las milicias comunales, primera y verdadera señal de la emancipacion de los pueblos; hemos, por último, recorrido una por una las piedras fundamentales que vinieron á constituir el gran edificio del renacimiento del arte militar.

Pues bien, ¿será preciso todavía remontarse á esos espacios imaginarios, penetrar en esos arcanos misteriosos, donde ciertos espíritus privilegiados parecen hallar la razon y el por qué de todas las cosas?

Vuestro mismo silencio me está diciendo que no, y en tal caso la tarea que me he impuesto se me hace ménos pesada, y aunque todavía muy superior á mis débiles fuerzas, me atrevo á continuarla, alentado por vuestra escesa benevolencia.

Confío además, señores, en que el exámen razonado de los sucesos ha de bastar para el objeto que me propongo; y cuando no, vuestra penetracion suplirá lo que á mí talento falte.

Y como considero indispensable la relacion metódica de las campañas de los españoles en Italia á fines del siglo xv y principios del xvi, continuaré con ella, esperando que por fin tropecemos con el tan anunciado renacimiento.

Ya he dado á conocer en mi anterior conferencia las primeras campañas de los españoles en Italia, las cuales, si no nos ofrecen sucesos de un gran interés, son por otra parte dignas de ser conocidas, por ser las que abren la marcha á las cortas, pero brillantes, del Gran Capitan. Además, en dichas campañas, los franceses, olvidados por su jóven y presuntuoso monarca, tenian en contra suya el ódio de casi todos los estados italianos, mientras los españoles eran, por el contrario, considerados como libertadores. Ahora las circunstancias son completamente distintas; pues vemos las simpatías de la Italia divididas entre ambas naciones contendientes; á los franceses recibiendo continuos socorros de su pais y contando siempre con fuerzas muy superiores á las de sus adversarios; y á estos, con escasísimos recursos, faltos de dinero y de vestuario, y sólo sostenidos por la indomable voluntad de su ilustre caudillo.

Y hé aquí que por fin nos hallamos en pleno renacimiento del arte.

Conviene observar que los autores franceses, en general, tratándonos con notoria injusticia, en su afan de aparecer ellos los primeros en todo y por todo, callan y pasan por alto en sus obras militares este interesantí-



simo período de la historia de la guerra. Uno de los más conocidos en nuestro país, y que por eso creo conveniente citar, Rocquancourt, en su *Curso de arte é historia militar*, confiesa, al llegar á esta época, que los franceses habian hecho en el arte de las batallas ménos adelantos que sus vecinos los alemanes y españoles; pero como si esto le comprometiera á indicar por lo ménos cuáles eran estos adelantos que nos atribuye, no se descuida en añadir á renglon seguido que «ora porque la afición á la proeza y el apego á las ideas caballerescas ahogasen el espíritu de observacion y de análisis, sin el cual no es fácil crear ni aun perfeccionar, ora porque los ejércitos fuesen aun demasiado numerosos para prestarse á la solucion de las cuestiones fundamentales de órden, disciplina y movimiento, sobre las cuales descansan la educacion, mecanismo y energia de las masas, las guerras de Italia y la lucha tan famosa de la Francia contra Carlos V no dieron lugar á grandes adelantos. Las memorias de aquella época atestiguan que se empleó el tiempo más bien en sitios, ardides y sorpresas de toda especie, que en medios de dar batallas y asegurar la victoria.»

¿Conque la afición á la proeza y el apego á las ideas caballerescas ahogaban el espíritu de observacion y de análisis? Sin duda el autor desconocia la historia de nuestra pátria al expresarse de tal modo, porque á haberla conocido, no ignoraria que si en España hubo afición á la proeza y apego á la caballería, como lo prueba la existencia de los Suero de Quiñones y García de Paredes, tambien hubo táctica, organizacion, disciplina, y desde muy antiguo, como se prueba por las Siete Partidas, por la existencia de los soldados almogávares, y por muchos triunfos contra la Media Luna, en que brilló, más que el valor de las tropas, el genio de los caudillos que las condujeran. ¡Que los ejércitos eran demasiado numerosos en las guerras de Italia para prestarse á las cuestiones fundamentales de órden, disciplina y movimiento! Precisamente no conocemos ejércitos más pequeños que los que tan grandes triunfos obtuvieron en Italia contra las huestes francesas. ¡Y que en aquella época, por último, se empleó el tiempo más bien en sitios, ardides y sorpresas de toda especie, que en medios de dar batallas y asegurar la victoria!

El exámen de los más notables sucesos ocurridos en las campañas de Gonzalo de Córdoba, servirá para convencernos de la falsedad de esta proposicion. Ya veremos que si hubo sorpresas, ardides y sitios, en los cuales no se perdió el tiempo en manera alguna, hubo tambien batallas en las que nadie mejor que los mismo franceses hubieran podido testificar si se supo ó no asegurar la victoria. Veremos más de lo que el citado autor parece exigir; porque hemos de detenernos á examinar un plan estratégico completo, que vino á resumir en su ejecucion todos los adelantos hasta entonces realizados. Veremos, por último, verificarse el renacimiento del arte de la guerra que los franceses gratuitamente se atribuyen.

Y esto dicho, continuaré la relacion de aquellas campañas, de las cuales ya he tenido el honor de explicaros las primeras de Calabria.

Muerto Carlos VIII rey de Francia, le sucedió en el trono el duque de Orleans, bajo el título de Luis XII, quien apenas empuñó el cetro trató de renovar las antiguas pretensiones de la casa de Anjou á la corona de Ná-

poles; pero más prudente que su antecesor, no quiso comprometerse en lejanas expediciones, sin contar antes con una buena base, que en caso necesario asegurase la retirada de sus tropas. Con este objeto invadió el ducado de Milan, del cual se apoderó despues de una corta campaña, y tal vez no se hubiera detenido hasta el mismo Nápoles, sino hubiese temido las dificultades que le podian suscitar el emperador Maximiliano y el rey de España. Este, por su parte, no contaba á la sazón con fuerzas suficientes para oponerse al francés; pero como representante legítimo de la dinastía aragonesa, no podia desistir de sus justas pretensiones á la corona de aquel reino. En este conflicto, ambos monarcas entraron en tratos, cuyo resultado fué un convenio, por medio del cual el rey de Francia, con el título de rey de Nápoles, se adjudicaria la Tierra de Labor y los Abruzos; y el de España, con el de duque de la Pulia, esta provincia y la de Calabria. Uno y otro sólo trataron por el pronto de obtener la sancion del Pontífice, hasta cuyo momento debia permanecer secreto el citado convenio.

Pasaremos por alto la expedicion de venecianos y españoles contra los turcos, en que Gonzalo de Córdoba se apoderó de la importante plaza de San Jorge de Cefalonia, y comenzaremos en el punto en que publicado el tratado de reparticion del reino de Nápoles, sufrió este pais la doble invasion de franceses y españoles (1).

A mediados de 1501 recibieron ambos ejércitos la órden de cruzar las fronteras napolitanas. El francés, que era uno de los más numerosos que en aquellos tiempos se conocieron, estaba formado por un cuerpo de 5,000 infantes suizos, otros 5,000 gascones, 1,000 lanzas francesas (4,000 caballos próximamente) y otro cuerpo de 6,500 hombres de desembarco, conducidos á bordo de una poderosa escuadra mandada por el almirante Felipe de Ravenstein.

El ejército español sólo constaba de unos 3,800 infantes y 600 caballos, tropas, como se vé, débiles por su número, pero fuertes por su calidad y por el prestigio de los jefes que las mandaban. Veíase allí al célebre y valiente Pedro Navarro, digno subalterno de Gonzalo de Córdoba, y acreedor á figurar entre los más grandes hombres de aquel tiempo, si su defeccion á la causa nacional no hubiera más tarde arrojado un borron sobre su historia; al hércules español Diego García de Paredes, más apto para dar un asalto ó cargar al frente de su caballería que para dirigir un ejército; á Zamudio, futuro coronel general de infantería; á Gonzalo Pizarro, padre del conquistador del Perú; á D. Diego de Mendoza, á Pedro de la Paz, y á tantos otros que abrian la marcha á esa pléyade de héroes y hombres ilustres que la España habia de producir por espacio de dos siglos.

Poco costó á los franceses la conquista del territorio que se les habia asignado; sólo hallaron resistencia en Cápua, donde por la traicion de uno de sus defensores lograron al fin penetrar, entregándose allí á todo género de excesos.

Los españoles, por su parte, se vieron detenidos ante la formidable pla-

---

(1) En nuestra obra titulada *Estudios histórico-militares sobre las campañas del Gran Capitán* se hallarán más detalles acerca de estas guerras.

za de Tarento, en la que el rey de Nápoles habia conseguido reunir sus últimos recursos.

Hállase Tarento enclavada en el mar y circuida por dos estrechos canales, que, ensanchando hácia la parte Norte de la ciudad, forman un extenso lago de unas diez y ocho millas de circunferencia, bastante profundo para sostener el peso de embarcaciones de mediano porte; pero la entrada de estas siempre se habia considerado imposible, á causa de la estrechura de los mencionados canales.

Así es que las fortificaciones de la plaza estaban muy descuidadas por aquella parte, y habian llegado á construirse casas hasta en las mismas márgenes del lago. Por los demás puntos, las murallas habian sido recientemente reparadas, y dos puentes que comunicaban con tierra se hallaban defendidos por fuertes torres guarnecidas por numerosos destacamentos de infantería y erizadas de cañones. La plaza, pues, podia considerarse como inexpugnable, y así lo creyó el caudillo español, que llegó allí con su ejército á fines de Agosto de 1501, puesto que no viendo posibilidad de apoderarse de ella por asalto, decidió establecer el más riguroso bloqueo, esperando rendir á los sitiados por hambre. El sitio, sin embargo, habia de ser largo y difícil, porque los almacenes de la ciudad se hallaban bien provistos, y el enérgico gobernador, conde de Potenza, decidido á defenderse hasta el último extremo.

Y en efecto, más de cinco meses permaneció el ejército español frente á Tarento, sin conseguir sino muy pequeñas ventajas. Los síntomas de indisciplina que entre las tropas comenzaron á manifestarse, hicieron pensar á Gonzalo en la necesidad de apoderarse de la plaza á toda costa; pidió auxilio á su genio, y su genio le respondió haciéndole adoptar una determinacion que revelaba ya en él al gran maestro del arte de la guerra.

Durante la forzosa inaccion del ejército bajo los muros de Tarento, Gonzalo, despues de un escrupuloso reconocimiento, sabe que sólo por el Norte de la ciudad es posible el asalto; más para llevarlo á cabo le es preciso dominar en la extensa laguna formada por las aguas del mar, la cual sirve á la plaza de defensa natural por aquella parte. Esto sólo podia conseguirlo trasladando allí los buques anclados en el puerto, operacion que siempre se habia considerado imposible, como hemos indicado anteriormente; pero el caudillo español, para quien las dificultades no existen, concibe el atrevido proyecto de trasportarlos por tierra. La operacion fué llevada á cabo por el ejército con un entusiasmo indescriptible: las bandas militares tocan aires guerreros; la artillería rompe un vivísimo fuego para distraer la atencion de los sitiados, y en un sólo dia la mayor parte de los buques de la escuadra, muchos de ellos de alto bordo, impulsados sobre rodillos y arrastrados por enormes cureñas, son trasladados á la bahía interior, amenazando destruir desde allí las débiles defensas del Norte de la plaza. Los tarentinos vieron admirados desde sus murallas aquel largo desfile de embarcaciones que, arrancadas á su natural elemento, cruzaban la tierra firme para ser nuevamente botadas al agua donde nunca se habia creido posible pudiesen llegar más que las ligeras barcas de los pescadores.

Este hecho sobrecogió de tal modo á los sitiados y fué de tal importan-

cia moral, que el mismo conde de Potenza, juzgando inútil toda resistencia, consintió en entregar la plaza bajo buenas y honrosas condiciones. Aceptólas el general español, y el estandarte de Aragon ondeó al fin sobre las torres de Tarento el día 1.º de Marzo de 1502, quedando con esto terminada la conquista de la Pulia y la Calabria, asegurado el prestigio de las armas españolas, y considerado Gonzalo de Córdoba como el primer capitán de su siglo.

Terminada esta campaña, quedaban España y Francia en posesion de la parte del reino de Nápoles que á cada una de ambas naciones habia correspondido en el reparto. Quedaban en posesion, pero no pacífica; porque no era de esperar que dos naciones, rivales en el Rosellon, rivales en Italia, y que cada una creia tener mejores derechos que la otra al dominio absoluto del reino de Nápoles, viviesen largo tiempo con la buena amistad que sólo subsistia en los tratados. Los franceses fueron los primeros en romper las hostilidades atacando varias plazas de la Capitanata, cuando todavía los españoles se hallaban ocupados en el sitio de Tarento.

Crítica era en verdad la posicion de Gonzalo de Córdoba: todas sus fuerzas se reducian á 3,000 infantes, 340 hombres de armas y unos 660 ginetes; debiendo añadir, que estas tropas se hallaban mal vestidas, peor pagadas y sin esperanza de recibir un inmediato socorro, porque la escuadra francesa, superior á la española, cruzaba aquellas aguas é interceptaba las comunicaciones.

El ejército francés era mucho más numeroso, á pesar de las tropas que se habian separado del grueso para cubrir las guarniciones de los puntos conquistados. Al emprender la campaña contra los españoles, presentaba un efectivo de 3,500 infantes franceses, 3,000 suizos y varios contingentes enviados por los barones angevinos, que hacian subir á 10,000 hombres el total de la infantería. La caballería, que apenas habia sufrido alteracion, constaba, como en otro lugar hemos dicho, de unos 1,000 gendarmes (4,000 caballos próximamente).

El jóven duque de Nemours era general en jefe de este ejército, entre cuyos principales capitanes figuraban en primera línea el veterano Aubigny, vencedor de Seminara, Ivo de Alegre, Luis de Ars, Santiago de Chabannes, señor de la Paliza, el célebre Bayardo, héroe de infinidad de romances franceses, y otros de no menor fama.

Tan enorme disparidad de fuerzas no permitia á Gonzalo aventurarse á salir al encuentro del enemigo.

Entonces eligió á Barleta como punto el más á propósito para organizar la resistencia y esperar refuerzos del exterior.

Y en efecto, Barleta, por su situacion en las costas del Adriático, podia contar con el apoyo de la escuadra española, que, en caso necesario, protegeria la llegada de refuerzos exteriores, y aunque á la sazón no muy bien fortificada, era susceptible de una larga defensa, que facilitarían por otra parte los recursos que podian sacarse del extenso territorio que dominaba. Bari y Canosa fueron tambien guarnecidas por las tropas de Gonzalo.

La defensa de las Calabrias fué confiada á D. Hugo de Cardona, con un pequeño destacamento.

Los franceses no tardaron en continuar las hostilidades, atacando á Ca-

nosa, que Pedro Navarro se vió precisado á evacuar despues de una heróica resistencia. Tomada Canosa, trasladó á ella Nemours su cuartel general, y estrechó el bloqueo de Barleta, á la vez que envió á Aubigny con un buen cuerpo de tropas á someter ambas Calabrias.

A pesar de la poca actividad de los franceses, especialmente de Nemours, que perdió el tiempo ante Barleta sin conseguir ventaja alguna decisiva, la superioridad de sus fuerzas le permitió casi reducir á la nulidad á las escasas españolas, pues á fines de aquel año de 1502 la Calabria se hallaba en su mayor parte en poder del enemigo, que apenas encontraba algunas pequeñas partidas que se le opusieran: el grueso del ejército (no pasaba de 3,000 hombres) encerrado en Barleta sufriendo toda clase de privaciones; y para colmo de desventura, la flota, con cuyo auxilio se habia contado desde un principio, bloqueada por la francesa, se hallaba imposibilitada de emprender ningun movimiento.

Pero al inaugurarse el año de 1503 comienzan las imprudencias de los franceses, y con ellas los triunfos de los españoles, cuyo jefe Gonzalo de Córdoba, verdadero general, espiaba con vista de águila los menores movimientos de sus enemigos.

Confiado en demasia el duque de Nemours en la superioridad de sus fuerzas, y cansado de tan prolongada inaccion, abandonó su cuartel general de Canosa y avanzó con la mayor parte del ejército hasta las cercanías de Barleta, con intencion de atraer á los españoles á un trance decisivo. Al efecto, despues de haber posicionado sus tropas, envió un mensajero al Gran Capitan desafiándole á dirimir sus contiendas en campal batalla; pero éste, que conoció lo peligroso que seria aventurar sus escasas fuerzas en un combate general, responde á la provocacion de su presuntuoso adversario: *que sólo combatirá cuando le convenga y no cuando se le quiera obligar á ello.*

El duque de Nemours permaneció dos dias á vista de la plaza, y muy satisfecho con haber puesto de manifiesto la que él llamaba cobardía de sus enemigos, levantó el campo y emprendió la marcha hácia su primitiva posicion de Canosa.

Pero apenas los últimos cuerpos franceses se hubieron puesto en movimiento, cuando Gonzalo hace salir en su persecucion á toda la caballería española, mandada por D. Diego de Mendoza, y sostenida convenientemente por parte de la infantería. Mendoza se lanza sobre la retaguardia enemiga, y, ya retirándose, ya atacándola débilmente, consigue atraerla á un lugar, escogido de antemano, donde se hallaba emboscada la infantería. Entonces esta ataca á los franceses por ambos flancos, al mismo tiempo que Mendoza les dá una furiosa carga por el frente: en vano tratan ya de retirarse, pues encerrados en un círculo de hierro, son muy pocos los que lo consiguen; la mayor parte quedaron tendidos en el mismo terreno del combate, y otros muchos fueron hechos prisioneros y conducidos por los españoles á Barleta. Fué tan rápido y bien concertado este golpe, que cuando Nemours se apercibió de la derrota de su retaguardia y quiso acudir á sostenerla, ya las tropas españolas se hallaban de regreso en el cuartel general.

No bien obtenida esta ventaja, aprovechándose Gonzalo de la disemi-

nacion de los cuerpos franceses, se lanza sobre Ruvo con la mayor parte de sus tropas, y apoderándose de él á viva fuerza, hace un gran número de prisioneros, llevándose además 1,000 caballos de la gendarmería enemiga, que habian de servirle para montar sus hombres de armas.

Hé aquí dos hechos en los cuales de modo alguno puede decirse que los españoles perdieran el tiempo: por el contrario, conociendo las condiciones de sus adversarios, recobraron su perdida superioridad y prepararon el camino para los dos grandes triunfos de Seminara y Ceriñola, término glorioso de aquella campaña.

Es la segunda batalla de Seminara otra de las victorias que ponen en relieve la habilidad de los caudillos españoles y su inteligencia en el arte de la guerra. Tuvo lugar el viérnes 21 de Abril de 1503. Las tropas españolas, reforzadas con un aumento de 2,000 hombres, recién llegados de España á las órdenes de D. Fernando de Andrade, consistian en 4,000 infantes y 800 ginetes, y las francesas en 4,500 de los primeros, constando la caballería de 300 gendarmes y 600 caballos ligeros. Aubigny, situado en la márgen derecha del Marro, ocupaba las dos pequeñas aldeas de Giovia y Lofarno, cubriendo el frente de la posicion con una batería de cuatro piezas, destinadas á impedir el paso del rio, en caso de que el enemigo intentase atravesarlo por aquella parte.

El órden adoptado por el ejército español en esta batalla es digno de tenerse en cuenta. Conociendo Andrade lo peligroso de un ataque de frente contra fuerzas superiores en número, hace avanzar la vanguardia, conducida por Benavides, con objeto de amagar un ataque al frente de la posicion enemiga. Benavides despliega sus tropas antes de llegar al rio, y las estiende todo lo posible, á fin de ocultar el movimiento del centro y la retaguardia, que á toda prisa lo vadearon un poco más arriba de Giovia, amenazando caer sobre la derecha francesa.

Quando Aubigny se apercibió de esta maniobra, abandonó precipitadamente á Giovia con el grueso de su ejército, para impedir el paso del Marro á las tropas españolas; pero á su llegada, ya estas habian terminado su movimiento y se hallaban formadas en la orilla derecha. Los franceses, sorprendidos con la inesperada presencia del enemigo en uno de los flancos, atacaron desordenadamente, y ni aun supieron hacer uso de la artillería. Andrade, que observa este desórden, cree llegado el momento de tomar la ofensiva: ataca, pues, á la cabeza de sus tropas, y consigue deshacer á la infantería napolitana: los suizos y gascones y la gendarmería se sostienen todavía algun tiempo; pero, rodeados de enemigos por todas partes, no les queda otro recurso que la fuga.

Aubigny, con las pocas tropas que logró retirar salvas del combate, se refugió en Antígola, donde, sin elementos de ninguna especie para organizar la resistencia, le fué preciso rendirse á los españoles, que, gracias á su victoria, ocuparon en muy pocos dias toda la Calabria.

Esta batalla, si no importante por el número de tropas que en ella jugaron, lo es al ménos porque fué decisiva; pues destruido el ejército francés de la Calabria, quedó esta provincia completamente abierta á los españoles. Preciso es reconocer, además, que el arte se halla de parte de estos, que, inferiores en número, lograron, por medio de una hábil maniobra,

distraer la atención del enemigo haciéndole creer en la posibilidad de un ataque de frente, mientras el grueso de las fuerzas cruzaba el río y amenazaba destrozar uno sólo de sus flancos. Los franceses, con su acostumbrada imprevisión, creen que el éxito depende únicamente de su proverbial intrepidez, y atacan desordenadamente: sucedió lo que no podía menos de suceder; que el orden y la disciplina triunfaron en esta, como en tantas otras ocasiones, del valor temerario y de la proeza.

La victoria, pues, no fué debida á la casualidad, sino á los mayores conocimientos militares de los caudillos del ejército español y á la indisciplina de las tropas enemigas.

En la Pulia entre tanto se preparaba Gonzalo para acabar de una vez con el ejército francés de Nemours.

Un refuerzo de 2,000 alemanes y de algunos cientos de sicilianos y calabreses, que se alistaron bajo las banderas españolas, vinieron á aumentar la infantería, mientras que la caballería se reorganizó, crándose un cuerpo de 700 hombres de armas, para lo cual sirvieron los caballos cogidos al enemigo en Ruvo.

Ambos ejércitos, francés y español, según juzgaba el Gran Capitan, debían ser próximamente iguales en número, y superior el suyo en fuerza moral, por lo cual creyó llegado el momento de responder á la provocación que tres meses antes le habia dirigido su presuntuoso adversario.

El viernes 28 de Abril de 1503 salió de Barleta con todas sus tropas, y cruzando el Ofanto, avanzó por la estensa llanura de Cannas, donde diez y siete siglos antes habia conseguido el célebre caudillo cartaginés su más importante triunfo contra las legiones romanas.

El ejército español, cuyo total apenas se elevaba á 6,000 hombres, fué dividido en tres cuerpos al emprender la marcha. Primero: La vanguardia, compuesta de 1,000 caballos ligeros, á las órdenes de Próspero Colonna y Pedro de la Paz. Segundo: El centro, fuerte de 2,000 infantes españoles, bajo el mando de Pedro Navarro, Pizarro y Garcia de Paredes; y tercero: La retaguardia, que á las inmediatas órdenes del Gran Capitan, se componia de 2,000 lansquenets alemanes, de unos 700 hombres de caballería pesada, mandados por Mendoza y Fabricio Colonna, y de algunos caballos ligeros.

Era el día en extremo caloroso; los rayos de un sol abrasador caian casi perpendicularmente sobre las cabezas de los soldados, que, molestados por el excesivo calor, pronto empezaron á sentir una sed abrasadora; y aunque Gonzalo habia hecho que se proveyesen de agua al cruzar el Ofanto, agotada esta, muchos de ellos caian abrumados por la fatiga, y algunos, atormentados por la sed, exhalaban el último suspiro. Vióse entonces al general procurando infundir aliento en sus abatidas tropas, y ser, como siempre, el primero en dar el ejemplo, pues habiendo mandado que cada jinete llevase un infante á la grupa, él, antes que ningun otro, cedió su caballo á un pobre soldado rendido de cansancio.

Después de esta difícil marcha llegó el ejército, al comenzar la tarde, delante de la aldea de Ceriñola, situada á diez y seis millas de Barleta. La proximidad de los franceses, cuyo cuartel general se hallaba en Canosa, á sólo seis millas de Ceriñola, podia hacer creer en la posibilidad de un ata-

que inmediato, por lo cual el general español, despues de dar un momento de descanso á sus soldados, se decidió á preparar convenientemente el campo de batalla.

El elegido por el Gran Capitan reunia todas las condiciones necesarias para contrarestar el irresistible ímpetu de la gendarmeria francesa, que, segun el mismo Gonzalo declaraba, era *el cuerpo más brillante que por muchos años se hubiera visto en Italia*.

Hállase la aldea de Ceriñola situada sobre una eminencia, cuyos declives laterales, cubiertos de viñedos y otras plantas indígenas, habian de dificultar el acceso de la caballería y facilitar la defensa de la posicion. Un largo barranco que se extiende al pié de la colina fué preparado convenientemente, prolongando sus brazos lo bastante para cubrir todo el frente de batalla, y clavando en su fondo estacas puntiagudas. Quedaba, sin embargo, muy débil el flanco izquierdo de la posicion; por lo cual el Gran Capitan hizo levantar allí un parapeto, coronándole con su artillería, que constaba de trece piezas. Con tal ardor se entregó todo el ejército á estos trabajos, que habiéndolos principiado á las cuatro de la tarde, ya estaban casi terminados cuando, poco antes de ponerse el sol, aparecieron á lo lejos los primeros escuadrones franceses.

El duque de Nemours habia salido de Canosa tan luego tuvo noticia del movimiento de los españoles, esperando alcanzarles antes de la noche, en cuyo caso confiaba en la natural intrepidez de sus tropas, para aprovechar aquella ocasion por tanto tiempo deseada. Apenas divisó el campamento español, mandó hacer alto, y reunió el consejo de guerra para determinar si sería ó no conveniente dar la batalla aquella misma tarde. Discordes fueron las opiniones de los caudillos; pues mientras Nemours era de parecer de diterir el combate hasta el dia siguiente, Ivo de Alegre, Chaudieu y otros oficiales opinaron por el ataque inmediato, siendo tan acalorada la discusion, que Ivo de Alegre llegó á proferir algunas expresiones ofensivas para el honor del duque; pero este noble jóven se contentó con responder: «Pues bien; pelearemos de noche, y veremos quizá, que los que más ahora blasonan, fian más en la espuela que en la espada.» Prediccion que, como veremos, no tardó en cumplirse, pues Nemours tuvo la debilidad de acceder á que se diera la batalla sin pérdida de tiempo.

Era el ejército francés superior en número al español; pero como su principal fuerza consistía en la caballería, que componia más de la tercera parte del total, no debia prometerse alcanzar la victoria contra un general como Gonzalo, que no sólo sacaba partido de las menores circunstancias del terreno, sino que contaba con una infantería que á su vista habia adquirido tal serenidad en los combates y tal maestría en las maniobras, que ya empezaba á ser considerada como la mejor de Europa.

El total de las fuerzas francesas, conducidas por Nemours, ascendía á unos seis mil quinientos ó siete mil hombres, á saber: 500 gendarmes, 2,000 caballos ligeros, 4,000 infantes suizos y gascones y 13 piezas de artillería.

Estas tropas se ordenaron para la batalla del modo siguiente: Luis de Ars, con la gendarmería, en el ala derecha; en el centro y un poco á retaguardia, la infantería suiza y gascona, mandada por Chaudieu, coronel de



los suizos; y constituía la izquierda, también algo retrasada del centro, la caballería ligera, á las órdenes de Ivo de Alegre. Esta formación en escalones no era la más adecuada para el ataque de una posición fortificada, pues anunciaba el propósito de dar ataques sucesivos sobre todo el frente de batalla, en lugar de cargar con el grueso de las fuerzas sobre un sólo punto, único medio de romper la línea enemiga.

Con mucho más acierto había ordenado sus tropas el general español; situó en el centro los infantes alemanes, armados con sus largas picas; en la derecha la mayor parte de la infantería española, mandada por Pizarro, y componía la izquierda la artillería, dirigida por Pedro Navarro y sostenida por un pequeño cuerpo de infantería española, á cuya cabeza se hallaba Diego García de Paredes. La caballería pesada, formada casi toda con los caballos tomados al enemigo en Ruvo, se situó también en la izquierda, en un paraje que tenía conveniente salida, con objeto de poder caer sobre el enemigo en el momento oportuno; y por último, la caballería ligera quedó fuera del barranco, para provocar la acción y acudir en caso necesario al punto de mayor peligro.

Media hora después de puesto el sol comenzó la batalla. El duque Nemours, á la cabeza de la gendarmería, dió principio al combate, cargando á la izquierda española; pero la artillería de Pedro Navarro rompió un fuego tan certero, que la carga fué por el momento contenida. Entonces una terrible desgracia sucede en el campo español: vuela con horrible estrépito el almacén de pólvora, y el terror se difundió entre los soldados, al ver desguarnecido su flanco izquierdo, sitio el más débil de la posición, contra el cual se dirigían los principales ataques del enemigo. Porque, ¿de qué servía que se hallase allí la artillería, si ya no podía disparar por falta de municiones? Pero Gonzalo, con aquella serenidad que siempre le distinguía en medio del peligro, devuelve en un momento la confianza y el valor á sus tropas: ¡Animo, compañeros! exclama; la victoria es nuestra; la Providencia nos lo dice, advirtiéndonos que ya no tendremos necesidad de nuestros cañones! Estas elocuentes palabras comunican nuevo ardor á los soldados, que se aprestan á resistir con firmeza el segundo ataque de los franceses.

Rehechos estos del momentáneo desorden que había introducido en sus filas el fuego de la artillería, se lanzan sobre la trinchera con tal violencia, que algunos caballos cayeron en el foso, y los restantes se detuvieron con mucha dificultad. La noche había ya cerrado; continuar la batalla era una imprudencia, después de haberse convencido de la fortaleza de la posición ocupada por los españoles; sin embargo, el duque de Nemours ordena entonces la maniobra más peligrosa que puede ejecutarse al frente del enemigo: una marcha de flanco por todo el frente de la trinchera, para buscar un punto débil en la línea española. Este movimiento produjo malísimas consecuencias, y puede decirse que fué la señal de la derrota; los gendarmes franceses, presentando el flanco derecho á los arcabuceros españoles, empezaron á sufrir de estos un fuego mortífero, y una bala que alcanzó en la cabeza al duque de Nemours le privó de la vida, quedando en completo desorden el cuerpo que mandaba.

Los bravos gendarmes, sin embargo, consiguen rehacerse, á pesar del

terrible fuego de los arcabuceros, y se disponen á sostener el ataque de su infantería, que avanzaba rápidamente á restablecer el combate. Chaudieu, al frente de sus 4.000 infantes, llega hasta la misma trinchera: la tierra movidiza recién sacada resbalaba bajo el pié de los soldados, entorpeciendo su marcha; pero no por esto se detienen; antes bien, avanzan hasta coronar la cresta del parapeto; más atacados de frente por los piqueros alemanes y cogidos de flanco por los arcabuceros españoles, se ven obligados á retirarse, no sin sufrir grandes pérdidas: segunda vez vuelven á la carga, y segunda vez son rechazados: no basta esto, sin embargo, para que el intrépido Chaudieu desmaye: rehace sus tropas, y decidido á vencer ó morir, las conduce por tercera vez al ataque; pero, atravesado por un balazo, cae sin vida en el foso. Sus gentes, aterradas, se repliegan en desorden sobre la caballería; hombres y caballos se mezclan, la confusion aumenta, y nadie piensa más que en hallar su salvacion en la fuga.

La derrota es inevitable, sólo falta completarla: para esto el Gran Capitan manda un ataque general por toda la línea; salta las trincheras al frente de sus tropas, y destruye y arrolla cuanto encuentra á su paso; el enemigo apenas resiste, desbandándose en distintas direcciones, y la caballería de Mendoza y Pedro de la Paz acuchilla sin compasion á las gentes de á pié, de forma que todo aquel cuerpo de infantería suiza y gascona quedó completamente destruido, pues los que no perecieron al filo de la espada, dispersados en distintas direcciones, no pudieron volver á organizarse. Luis de Ars, con los restos de la gendarmería, logró refugiarse en Venosa, perseguido de cerca por la caballería de Pedro de la Paz; y el presuntuoso Ivo de Alegre, con el cuerpo casi intacto de caballos ligeros, estrechado por las gentes de García de Paredes, pudo, despues de grandes dificultades, encerrarse en la fuerte plaza de Gaeta.

Las pérdidas de los franceses en esta jornada fueron enormes. Segun los mejores datos, dejaron tendidos en el campo más de 3,000 hombres, y entre ellos su general el duque de Nemours, Chaudieu, coronel de los suizos, y varios de los principales capitanes. La artillería, los bagajes y la mayor parte de sus banderas cayeron en poder de los vencedores; y sin embargo, tan gran victoria, alcanzada en el espacio de poco más de una hora, sólo costó á los españoles unos cien hombres fuera de combate.

El ejército vivaqueó aquella noche sobre el mismo campo de batalla, aprovechándose de los recursos que halló en el campamento francés, y al dia siguiente Gonzalo, siempre hábil para sacar partido de la victoria, hacia salir parte de sus fuerzas en seguimiento de los franceses fugitivos, mientras él con las restantes emprendia la marcha en direccion á Nápoles.

La batalla de Ceriñola es sin disputa una de las más importantes que registra la historia del arte de la guerra. La inteligencia, el órden, el profundo conocimiento del terreno, triunfan en ella de la temeraria intrepidez de los guerreros de la Edad Media. ¡Qué prudencia, qué acierto en la colocacion de las tropas y empleo de las diferentes armas por una parte! ¡Cuánta imprevision, qué poco conocimiento del terreno por la otra! El Gran Capitan, lejos de seguir las reglas militares de sus contemporáneos, sufre siete meses de privaciones en Barleta, y no sale á combatir á su ad-

versario sino cuando le considera suficientemente debilitado, seguro entonces de obtener la victoria. Y como si esto no le bastase, elige un campo de batalla á propósito, lo prepara cuidadosamente, teniendo en cuenta las menores circunstancias del terreno, y distribuye sus tropas con tanto acierto como pudiera hacerlo el mejor general de los tiempos modernos. Desdeña en un todo las máximas de la *proeza*, segun las cuales *nadie debia permanecer ocioso en un dia de batalla*, y prefiere á ellas las más positivas de la táctica, cuando deja en reserva la caballería pesada, con la cual cuenta para decidir la victoria en su favor, si por algun momento estuviese indecisa.

Los franceses, por el contrario, ¡qué série de imprudencias en todo el curso de la batalla! Es cierto que esta se dió contra el parecer de su general el duque de Nemours; pero esto no prueba sino la indisciplina que existia en aquel ejército, donde tantos jefes se creian con derecho á mandar. Por otra parte, la conducta del duque durante el combate no dá lugar á creer que en otra ocasion hubiera conseguido el triunfo. La formacion del ejército en escalones no era la más á propósito para atacar un campo fortificado, pues sólo se conseguia llevar las tropas sucesivamente al combate, sin lograr debilitar ningun punto de la línea enemiga. Pero hasta aquí todo era escusable, si Nemours, al observar la fortaleza de la posicion española, se hubiese limitado á practicar un reconocimiento, y hubiera diferido la batalla para el siguiente dia. Mas lejos de esto, persiste en continuarla, y á pesar de haber cerrado la noche, emprende una marcha de flanco, exponiéndose al fuego de los arcabuceros. Desde este momento, la batalla no podia quedar indecisa; la falta cometida por el general francés aceleró la victoria en favor de los españoles.

¿Y hemos de culpar á Nemours, Luis de Ars y á tantos ilustres campeones por los errores que cometieron en esta jornada, cuando no hicieron más que practicar lo que en su tiempo se acostumbraba? No, en manera alguna; ellos combatieron como buenos; pero sólo eran los brillantes restos de una época que pasaba, y no les era dado contener el progreso del arte de la guerra, que, cual antorcha de la civilizacion, se hallaba personificado en Gonzalo de Córdoba.

La batalla de Ceriñola es, pues, en mi concepto, prueba patente de que en las campañas de Italia, en contra de lo que Rocquancourt afirma, se pensó en los medios de dar batallas y asegurar la victoria, y asegurarla de tal modo que, dadas las condiciones de ambos ejércitos, era imposible que fuese perdida por los españoles. Debiera, por tanto, formar época en la historia del arte, y ser considerada militarmente como el punto de transicion de la Edad Media á la moderna.

1.º Porque en ella se demuestran terminantemente las ventajas de los nuevos órdenes de combate introducidos por los suizos y españoles, y se confirma la supremacía de la infantería sobre la caballería.

2.º Porque es la primera, despues de la Edad Media, en que por uno de los dos ejércitos se tienen en cuenta las condiciones del terreno, en que vemos á cada arma ocupar el lugar que le corresponde, y en que se emplean reservas.

3.º Porque en ella se plantean los principios más esenciales del moder-

no arte de la guerra, que luego hemos de ver desenvueltos en la célebre campaña del Garellano, y

4.º Porque la infantería española, venciendo á la suiza, quedó desde entonces considerada como la mejor de Europa.

Aquí daríamos por terminada la relacion de esta campaña, si no creyéramos deber citar uno de los principales adelantos que en ella se realizaron, como fué la aplicacion, con éxito asombroso, de la pólvora á las minas. Así, pues, pasaremos por alto los fáciles triunfos de Fabricio Colonna en el Abruzzo; el malogrado sitio de Gaeta, donde se estrellaron todos los esfuerzos de los victoriosos españoles; la toma del castillo Nuevo de Nápoles, en que volvió á repetirse el ensayo de aplicacion de la pólvora á las minas, y llegaremos al sitio del castillo del Huevo, donde tal ensayo produjo al fin terrible y sazonado fruto.

Dicho castillo se hallaba construido sobre un enorme peñon rodeado de mar por todas partes, cuya circunstancia, así como el buen estado de las fortificaciones, le habian hecho hasta entonces considerar como inespugnable.

Sin embargo, Navarro, que conocia perfectamente todos sus puntos débiles, esperaba apoderarse de él muy en breve. Al efecto hizo preparar una especie de barcas, cubiertas de cuero á fin de resistir los proyectiles enemigos, y sobre ellas, aprovechándose de las tinieblas de la noche, se lanzó intrépidamente al agua, y consiguió llegar hasta la misma muralla, sin ser apercebido por los sitiados.

Una vez allí, los operarios que consigo habia conducido comenzaron á abrir una larga mina. La oscuridad de la noche, el estruendo producido por las olas del mar al estrellarse contra la roca, y el sigilo con que se llevó á cabo la operacion, impidieron que los franceses notaran, por el pronto, el próximo peligro que les amenazaba. Al dia siguiente, 11 de Junio de 1503, se dió fuego á la mina, con tan buen éxito, que una gran parte del castillo quedó completamente destruida; y los restos de la guarnicion, horrorizados, se rindieron sin oponer la menor resistencia.

El feliz resultado de esta empresa conquistó á Pedro Navarro una inmensa reputacion; y fué tal el terror que este nuevo medio de ataque difundió por toda Europa, que en adelante la opinion más generalizada fué que era imposible resistir á los efectos de las minas, y que nada seria ya bastante para hacer frente á esta ingeniosa á la par que aterradora invencion.

Con esta conferencia damos por terminado uno de los más bellos é interesantes períodos de la historia militar. Y en efecto, despues de Ceriñola, puede decirse que el arte de la guerra entra en una nueva etapa de su marcha progresiva; y aunque mucho le falta todavía para llegar á la perfeccion, es indudable que ya sólo resta completar los verdaderos principios militares, que han quedado definitivamente establecidos.

En las campañas que acabamos de relatar, más importantes que las anteriores de Calabria y ménos que la siguiente del Garellano, pueden ya observarse verdaderos adelantos.

Constituye uno de ellos, sin duda alguna, el empleo de las minas cargadas con pólvora, medio que, ensayado sin éxito satisfactorio en San Jorge de Cefalonia, no tardó en producir sorprendentes resultados contra el

castillo del Huevo de Nápoles. Todas las combinaciones del arte y de la naturaleza, dicen los escritores de aquel tiempo, no se consideraban ya bastante fuertes para resistir á esta ingeniosa y terrible invencion.

La necesidad de precaverse contra tal género de ataque, dió bien pronto ocasion á emplear las minas contra las minas; y de aquí el origen de la guerra subterránea, cuyo especial estudio constituye en el dia uno de los más importantes ramos de la ciencia del ingeniero.

Llama especialmente la atencion, desde el momento en que franceses y españoles invadieron la Italia, la distinta conducta que ambos generales en jefe observan con los vencidos. El uno, considerando á los habitantes del pais ocupado como aliados naturales, les dispensa toda clase de proteccion, trata de atraérselos por cuantos medios están á su alcance, y no se ensaña contra ellos una vez obtenida la victoria. El otro, por el contrario, creyéndose en los tiempos de Atila, tolera los mayores escesos, desprecia á los naturales atrayéndose su ódio, y con la feroz conducta de sus tropas sólo consigue hallar enemigos donde debiera encontrar aliados. Los nombres de Cápua y de Ruvo pueden presentarse como prueba de lo que acabamos de decir. La conducta observada por los franceses en el primero de dichos puntos les hizo odiosos á la Italia entera, y los perjudicó mucho en sus contiendas posteriores contra los españoles; mientras que estos en Ruvo lograron captarse el aprecio de los habitantes, que no viendo en ellos implacables enemigos, los consideraron desde entonces como libertadores de la dominacion extranjera.

Pero si bien la hábil política de Gonzalo le procuró el aprecio del país, es lo cierto que sin su energía y brillantes cualidades militares la fortuna le hubiera negado sus favores.

Todas las circunstancias parecen conjurarse en contra suya; pero ni la escasez, ni las privaciones de todo género, ni el corto número de sus tropas bastan á desanimarle.

Precisado á combatir á la vez contra los franceses por un lado, y contra los de Tarento por otro, dá fin al sitio de esta plaza con uno de aquellos hechos asombrosos que tienen muy pocos ejemplos en la historia. En el vencedor de Tarento se presiente ya al grande hombre de Ceriñola y del Garellano.

La prolongada estancia del ejército en Barleta nos dá á conocer el orden y disciplina que reinaban en las tropas españolas, merced al ejemplo y energía de su general. La conducta de éste es, por otra parte, digna de todo elogio. Hizo lo que debió hacer, y se abstuvo de todo lo que le podia perjudicar. Cualquier caudillo de aquellos tiempos es probable que, al desafío de Nemours frente á Barleta, hubiera respondido aceptando el reto y sacando sus fuerzas para medirlas con las enemigas en campal batalla; pero Gonzalo, comprendiendo la verdadera mision de un general en jefe, desprecia la provocacion de su adversario y se limita á contestarle, *que no combatirá mientras no le convenga*, y muy pronto la derrota de una parte de las tropas conducidas por Nemours hizo conocer á éste la clase de enemigo con quien tenia que habérselas,

Tanto este primer triunfo de los españoles como la toma de Ruvo, ponen de manifiesto la actividad de Gonzalo y su habilidad para aprovechar-

se de las faltas de sus adversarios. Es verdad que estos nada hicieron con orden ni concierto, y que sus errores y poca pericia de sus jefes contribuyeron en gran parte á proporcionar la victoria á los españoles, pues esta debió pertenecer á Nemours, si en vez de distraer sus tropas en operaciones poco importantes, las hubiera empleado desde luego contra los sitiados en Barleta; pero su ciega confianza no sólo le hizo esperar tranquilamente la que él juzgaba probable rendición del enemigo, sino que creyéndose con sobradas fuerzas para el objeto, no tuvo inconveniente en desprenderse de un cuerpo bastante numeroso, á cuya cabeza figuraba el veterano Aubigny, considerado á la sazón como el jefe de más fama y experiencia del ejército francés.

Las faltas del enemigo no disminuyen, sin embargo, la gloria de Gonzalo y de sus capitanes; bien al contrario, ponen en relieve la habilidad de uno y otros para elegir el momento y el lugar oportunos, en lo cual puede decirse que estriba todo el secreto de la ciencia de la guerra.

Por las batallas de Seminara y Ceriñola podremos juzgar el estado del arte entre los españoles, así como apreciar las condiciones militares de sus adversarios. Ambos combates son muy distintos de los precedentes de la Edad Media. En ambos el renacimiento se manifiesta visiblemente; la inteligencia se sobrepone á la fuerza material, y como siempre, la fortuna concede sus favores al que sabe sacar mejor partido de todas las circunstancias y aplicar con más acierto los principios del arte.

Y no se nos diga que los soldados franceses eran, individualmente considerados, de peor calidad que los españoles, pues si valientes eran estos, la intrepidez de aquellos nunca pudo ser puesta en duda; y si los unos constituían parte de sus ejércitos con tropas suizas y alemanas, tampoco este auxilio faltaba á los otros; pero los primeros se empeñaron en desconocer durante largo tiempo los nuevos principios militares, y así se explica que sus caudillos no fuesen sino campeones de la *proeza*, cuando los nuestros eran verdaderos generales.

En Ceriñola, pues, con el triunfo de la táctica y disciplina sobre el desorden y tumultuosa intrepidez de los guerreros de la Edad Media, se inaugura una nueva era para la historia del arte; pero sus más esenciales principios, que hasta ahora no hemos visto aplicar sino en batallas y combates parciales, han de confirmarse nuevamente y adquirir mayor desarrollo en la siguiente campaña del Garellano, que será el objeto de la próxima conferencia.

E. DE LA IGLESIA.

# RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

## Sétima conferencia.

SEÑORES:

Con excesiva rapidez, y sin tocar más que los puntos principales, hemos pasado por las primeras campañas de Gonzalo de Córdova en Italia, así como por aquellas memorables que, comenzando en el sitio de Tarento, tienen glorioso fin, ó mejor dicho, brillante interrupcion en la célebre batalla de Ceriñola.

Hasta aquí, como ya dije en mi última conferencia, hemos visto adelantos de toda especie; pero adelantos parciales: hemos visto, primero, perfeccionarse la organizacion de las tropas; despues, el acierto de los jefes para aprovechar las faltas del adversario; por último, aplicacion de los principios tácticos, con arreglo á las condiciones del terreno y disposiciones del enemigo.

Más era necesario que estos adelantos aislados, que estos principios, que por sí solos constituian ya una notable mejora en la ciencia militar, se reuniesen y formasen cuerpo de doctrina.

Y así vemos que, del mismo modo que el artífice constructor, reuniendo las diferentes piezas de la máquina que sus operarios le presentan, pasa á construir la máquina misma, Gonzalo de Córdova, haciendo una acertada combinacion de los verdaderos principios militares que por entonces iban saliendo del olvido, realiza y lleva á cabo el renacimiento del arte de la guerra en la memorable campaña del Garellano.

La campaña del Garellano vino, por decirlo así, á completar la accion de Ceriñola. En Ceriñola todas las disposiciones se refieren al campo de batalla. El ejército español se sitúa con arreglo á las condiciones del terreno y disposiciones del enemigo; las diferentes armas ocupan el lugar que les corresponde, y obran cada una en el momento oportuno.

En Ceriñola tenemos, pues, posiciones, táctica, infantería. En el Garellano, por el contrario, no es un dia de batalla lo que vá á ser objeto de nuestro exámen: no vamos á juzgar si en el acto del combate fueron ó no

bien empleadas las diferentes armas: no vamos á ceñirnos á considerar en dicho acto el acierto de los capitanes ó la intrepidez y el arrojo de las tropas. Vamos á examinar un plan de campaña, en el que por fin reaparecen los verdaderos principios de la estrategia, completándose el renacimiento del arte militar. Porque ó mi entendimiento es muy escaso, y poco ó nada se me alcanza en achaque de milicia, ó en el conjunto de las operaciones llevadas á cabo en las márgenes del Garellano se descubre un plan completo, que pertenece á lo que, en arte ó ciencia de la guerra, se conoce con el nombre de estrategia.

¿Y qué es estrategia? Estrategia es la que por medio de movimientos preconcebidos y hábiles operaciones, tiene por objeto lograr la impotencia del adversario; unas veces obligándole al combate, otras, hasta sin combatir. «Es, dice Villamartin, la que escoge las direcciones que se deben seguir, los puntos que se deben ocupar, las masas que se deben emplear para obtener la victoria, auxiliándose con la geografía, la estadística, la política, la organizacion, etc.»

Es la que contribuye, en primer término, por medio de los desastrosos males de la guerra, á lograr el bien supremo de la paz, convirtiendo aquellos frecuentemente en beneficios, y haciendo brotar de entre los mismos horrores á las luchas inherentes, la luz esplendorosa de la civilizacion y del progreso. Es, por último, la parte más importante, la que reúne, la que compila, digámoslo así, los diversos ramos que abraza la difícil ciencia de la guerra. Es la ciencia de la guerra misma.

Pues bien, sabido lo que es estrategia, no nos será difícil averiguar si el plan de la campaña del Garellano cumple con las condiciones dichas; esto es, si es esencialmente estratégico, en cuyo caso, si tenemos presentes los adelantos militares anteriormente realizados; si no olvidamos que ya existían táctica, organizacion, disciplina, y que se había marcado decididamente el predominio de la infantería sobre la caballería, podremos probar que en aquella campaña vino por fin á verificarse el renacimiento del arte de la guerra.

Más para esto, preciso será que narremos, siquiera sea brevemente, las operaciones militares que en ella se llevaron á cabo. Evitaré, sin embargo, todo lo posible, el molestaros con la relacion de sucesos que, como militares y militares españoles, os han de ser por demás conocidos.

Grande fué la indignacion y el despecho que experimentó Luis XII de Francia al tener noticia de la muerte de Nemours y de la derrota de su ejército en Ceriñola; pero grande también el espíritu de nacionalidad que en aquella ocasion demostró el pueblo francés, ofreciendo generosamente á su soberano cuantos subsidios reclamara para proseguir la guerra.

Aprovechándose el monarca de estas excelentes disposiciones, con tal actividad se dedicó á los preparativos necesarios, que pocos meses despues de la batalla de Ceriñola, ya se hallaba en estado de emprender nuevamente la campaña en escala tan formidable, cual nunca la Francia lo hubiera visto por espacio de muchos siglos.

Al efecto fueron levantados tres grandes ejércitos: el uno para entrar en España por Fuenterrabía, el otro con objeto de invadir el Rosellon, y el tercero, por último, destinado á remediar los desastres de Italia.



Mandábalo el mariscal de La Tremouille, reputado como uno de los mejores generales de su tiempo, y cuyos talentos militares se esperaba que pudieran competir con el génio de Gonzalo.

Las fuerzas á las inmediatas órdenes del mariscal, consistian en un cuerpo de 8.000 infantes suizos, otro de 3.000 gascones próximamente, y 9.000 caballos de linea, debiendo añadir treinta y seis piezas de artillería, las diez y seis gruesas y las demás girifaltes y falconetes. Además, la gran escuadra que, armada en el puerto de Génova, llevó á Gaeta los 4.000 hombres del marqués de Saluzzo, debia obrar en combinacion con las tropas de tierra, y tocar en todos los puertos de Nápoles que las circunstancias exigiesen.

Sin embargo, las operaciones de la campaña, que debieron reanudarse en los primeros dias de Setiembre, no dieron principio hasta el siguiente mes de Octubre, pues el ejército recibió orden de su monarca para detenerse en las inmediaciones de Roma durante la eleccion de nuevo Pontífice, que iba á tener lugar, por muerte de Alejandro VI.

Esta dilacion, haciendo perder un tiempo precioso á las huestes francesas, habia de serles fatal para el porvenir de la campaña, aunque no tanto como han querido suponer algunos historiadores. En cambio, una grave enfermedad que acometió á La Tremouille, obligándole á entregar el mando al marqués de Mántua, haciéndolas perder su jefe predilecto, produjo consecuencias cuyos malos efectos no se tardaron en experimentar. Es cierto que el marqués era caudillo de bastante experiencia militar, pues ya habia servido á la república de Venecia, y él fué quien condujo el ejército aliado en la batalla de Fornovo, contra Carlos VIII: pero aunque buen general en circunstancias ordinarias, carecia en las presentes de las dotes necesarias para habérselas con el primer capitán de su siglo. Además, su cualidad de italiano y carácter demasiado irresoluto, le hacian poco apreciable en el ejército francés.

Por fin recibió éste la orden, en uno de los últimos dias de Setiembre de 1503, para penetrar en territorio napolitano, lo que verificó sin oposicion de ningún género, reuniéndose en Pontecorvo con el marqués de Saluzzo. Realizada esta union, y añadiendo algunos cuerpos italianos auxiliares, cuya fuerza puede calcularse en 2.000 á 3.000 hombres, ascendia el total del ejército á más de 30.000 combatientes, número en extremo considerable, si se atiende á la dificultad de levantar tropas en aquella época.

El Gran Capitan, cuyas escasas fuerzas no eran las suficientes para hacer frente á las numerosas del enemigo, levantó el bloqueo de Gaeta y reconcentró á toda prisa los diversos destacamentos que todavía no se le habian incorporado. Sin embargo, el ejército, despues de reforzado con el cuerpo de Andrade, la division napolitana de Pedro Navarro y un auxilio de 2.100 españoles, alemanes é italianos, que envió de Roma el embajador D. Francisco de Rojas, no pasaba de 6.000 infantes y 3.000 caballos entre ginetes y hombres de armas.

Con tan reducidas fuerzas hubiera sido una imprudencia salir al encuentro de los franceses; pero si cediendo á la superioridad del número se hubiesen aquellas retirado hácia el interior del país ó encerrado en una plaza fuerte, es indudable que hubieran desde luego perdido toda la

influencia moral que, á costa de tantos sufrimientos, habian conquistado.

Conocia el Gran Capitan todos estos inconvenientes: no tenia, por otra parte, esperanza de recibir un inmediato socorro de España, ocupada á la sazón en rechazar la invasion del Rosellon; sin embargo, decidido á estorbar á toda costa los progresos del enemigo, eligió la línea del Garellano con objeto de oponerle este rio como una barrera.

El Garellano tiene su origen en los Abruzzos, y desemboca en el mar Tirreno, entre Gaeta y el Volturno, rio que pasa por Cápua. Dominando una extensa llanura, se halla en la márgen izquierda la poblacion de Sessa, bastante apartada del rio, en el cual tiene un puente que sirve de paso al camino que de Mola di Gaeta conduce á Nápoles. En el Garellano superior y en la misma márgen se encuentran, Rocca Evandria, ocupada por los franceses al empezar las operaciones, y San German, punto de paso para Cápua, protegido por las dos fortalezas de Rocca Secca y Monte-Cassino, esta última en poder del enemigo. Bañados por las aguas del rio, se hallaban además, los puntos de Ceprano, con un excelente vado practicable en todo tiempo, y más abajo Pontecorvo, con un buen puente en el camino de San German. En la opuesta orilla habian ocupado los franceses, en primer término, los pueblos de Rocca Gugliema, Suio, Castel Forte y Trajetto, mientras parte de la guarnicion de Gaeta avanzaba hasta los inmediatos puntos de Castellone y Mola, este último con puente sobre un pequeño rio que desemboca en el vecino golfo.

En el Garellano superior, el terreno comienza á mostrarse quebrado, presentando una série de alturas, muy á propósito para estorbar, por medio de una acertada defensiva, el paso de un ejército enemigo. El rio, que por esta parte ofrece muchos vados en tiempo de calor, los tiene muy escasos y difíciles de encontrar conforme se avanza hácia la desembocadura, y con mayor razon aquel año en que las incesantes lluvias, mucho más abundantes que en ningun otro, le habian proporcionado un considerable caudal de aguas. Además, su estrecho álveo no permitia la navegacion en el espacio de muchas leguas, por lo cual era necesario establecer puentes para atravesarlo, operacion siempre arriesgada en presencia del enemigo.

Gonzalo, que en la forzosa defensiva que se veia obligado á adoptar, habia comprendido toda la importancia estratégica del Garellano, lo cruzó con sus tropas, abandonando á los franceses la posesion de la orilla derecha y se situó en San German el 6 de Octubre. Las fortalezas de Rocca Secca y Monte Cassino, cual baluartes avanzados, le habian de servir de apoyo en su posicion; y al efecto, reforzó la guarnicion de la primera, encomendando su defensa á Villalba, y dispuso que Pedro Navarro, con un fuerte destacamento, se apoderase de la segunda, lo que consiguió á pesar de la proximidad del ejército enemigo. Un cuerpo de 1.200 infantes y algunos ginetes, á las órdenes de Pedro de la Paz, permanecia entre tanto á la defensiva, en la parte inferior del rio, á fin de contener á los franceses de Gaeta, si, como era de esperar, intentaban el paso del puente de Sessa, con objeto de ganar el flanco de los españoles.

El 15 de Octubre, los franceses, fiados en su superioridad, cruzan el rio por Ceprano y Pontecorvo y atacan vivamente á Rocca Secca, pensando

apoderarse de ella por un golpe de mano, dejando así descubierto el flanco derecho de los españoles; pero Villalba, que con 1.200 hombres la defiende, comprende la importancia de la misión que se le ha conñado y rechaza dos furiosos asaltos del enemigo, causándole numerosas bajas. Es en vano que la artillería fulmine un horroroso fuego contra la plaza: en vano cuantos esfuerzos intentan los franceses: Villalba, Pizarro y Zamudio, logran infundir en sus soldados un indescriptible entusiasmo, y estos se manifiestan decididos á perecer antes que entregarse. Afortunadamente, este aso no debia de llegar, pues la presentación de un cuerpo de 3.000 hombres á las órdenes de Pedro Navarro, apoyado inmediatamente por el resto del ejército, obligó á los franceses á desistir de una empresa que al principio consideraron fácil.

Emprendieron, pues, la retirada sobre Aquino, movimiento que pudo costarles muy caro, si ocupados los pasos de Ceprano y Pontecorvo por algunas fuerzas, se hubiesen visto encerrados entre el río y las plazas de San German. Así lo comprendió el Gran Capitan, por lo cual se lanzó rápidamente con el grueso del ejército sobre Pontecorvo á fin de apoderarse de este paso, y remontando la corriente cerrar también el de Ceprano; pero sabedores los franceses de este movimiento, se arrojan en confusión sobre el camino de Pontecorvo, donde llegan momentos antes que los españoles, conservando de esta manera la posesión de la orilla derecha y la libertad de resolver el paso por otro punto. No tardaron en intentarlo por Rocca Evandria, plaza que conservaban todavía en su poder desde la anterior campaña; pero atacada por Fabricio Colonna y García de Paredes, se rindió después de algunos días de resistencia, con lo cual el ejército español quedaba posesionado de toda la margen izquierda.

El marqués de Mántua, por último, convencido de los obstáculos con que tenia que luchar para forzar la posición de San German, y de las dificultades que le ofrecia el paso por el Garellano superior, levantó el campo y emprendió la marcha hácia Gaeta, corriéndose casi hasta la desembocadura del río: pero dejando bien guarnecidas las plazas que cubrían su retaguardia, entre ellas Rocca Gugliema, donde quedaron 700 hombres.

El sitio donde el ejército francés estableció su campamento, era el mismo en que se supone estuvo situada la antigua Minturnæ, célebre por los pantanos que, en los tiempos de la antigua Roma, sirvieron de refugio al proscrito Mario.

El terreno, aunque pantanoso, no era tan bajo ni tan húmedo como en la orilla opuesta: las ciudades de Gaeta, Itry, Trajetto y Fondi, protegían la retaguardia; y por último, la escuadra del almirante Presan, anclada en la desembocadura del Garellano, podría ser de mucha utilidad para realizar el paso, que por esta parte no presentaba grandes dificultades á causa de la estrechura del río, y de que la elevación de aquella orilla favorecía, en caso necesario, la construcción de un puente.

Apenas el Gran Capitan tuvo noticia del movimiento de los franceses, se puso en marcha descendiendo por la margen izquierda; y suponiendo, con razón, que si el grueso del ejército enemigo trataba de forzar el paso por la parte de Sessa, las escasas fuerzas de Pedro de la Paz se habian de ver muy apuradas para sostenerse en su puesto, envió á toda prisa en su

auxilio un cuerpo de caballería ligera, con órden de llevar á cabo inmediatamente la destruccion del puente.

No se habia equivado Gonzalo en el juicio que formara, pues apenas las primeras tropas del marqués de Mántua se unieron á la guarnicion de Gaeta, atacaron furiosamente el puente de Sessa, y Pedro de la Paz, despues de tres dias y tres noches de un continuo combate, se hubiera visto precisado á ceder el campo, si la llegada de aquel refuerzo y la noticia de la próxima del grueso del ejército, no hubiera comunicado nuevo aliento á sus heróicos soldados. Además, el puente fué destruido inmediatamente sin gran dificultad, pues como cierta parte de él era de madera, no hubo más que prenderle fuego, inutilizándolo así á la misma vista del enemigo.

En esto llegó el Gran Capitan con el resto del ejército, y estableció su campo, entre aquellos pantanos y lozadales, frente al de los franceses.

El marqués de Mántua, por su parte, no desesperaba de cruzar el Garigliano y desembocar en la extensa llanura de Sessa, donde confiaba en que su brillante caballería y numerosa y bien servida artillería le habian de dar la victoria. Además, la proximidad del invierno, que prometia ser mucho más riguroso que en los anteriores años, la inmensa superioridad de sus fuerzas, hasta entonces detenidas por un puñado de hombres, y el deseo de adquirir mayor prestigio en un ejército donde no era muy apreciado, eran motivos más que suficientes para hacerle activar las operaciones. A este fin mandó echar un puente de barcas en un paraje no distante de Trajetto, lo cual pudo efectuarse, á pesar de las crecidas é impetuosas aguas del rio, bajo la proteccion de la artillería, que dominando completamente la orilla opuesta, impidió el que los españoles pudieran oponerse á ello.

La mañana del 6 de Noviembre fué la designada por el marqués de Mántua para forzar el paso. La víspera habia sido rechazada por García de Paredes una columna de unos 400 hombres que lo habian intentado; pero en este dia todo el ejército francés debia ponerse en movimiento. En efecto, al amanecer, largas y nutridas columnas se aproximan al puente: la artillería, bien posicionada y dominando desde aquella elevada orilla el campo de los españoles, rompe un vivísimo fuego, que hace ineficaz toda resistencia por parte de éstos. Aprovéchanse los franceses de esta coyuntura y lanzan sobre el puente un cuerpo de 1.500 hombres, que rechaza á la vanguardia española y se apodera de un fuerte, que el Gran Capitan habia hecho construir para defensa del paso. Los fugitivos de la vanguardia, replegados en desórden sobre el grueso del ejército, empiezan á introducir la confusion en las filas, mientras los franceses, engreidos con su primera ventaja, continúan trasladándose rápidamente á la orilla izquierda, en la cual llegan á situarse hasta unos 5.000: pero Gonzalo en tan crítico momento no vacila: monta á caballo sin más armas defensivas ni ofensivas que su espada, dirige la palabra á sus soldados, les recuerda los laureles de Ceriñola, y seguro entonces de haberles devuelto el valor y la confianza, echa pié á tierra, y empuñando una alabarda, se lanza sobre el enemigo con Andrade y Navarro á la cabeza de la infantería española.

Tan violento fué el choque, que los infantes franceses tuvieron que replegarse sobre el puente; pero apoyados allí por sus gendarmes desmontados, hicieron frente sosteniendo valerosamente el ataque.

Una horrible pelea tuvo entonces lugar. El Gran Capitan, queriendo librar á sus tropas del fuego de la artillería enemiga, las lanzó cuerpo á cuerpo contra las francesas. Hombres y caballos mezclados confusamente, franceses y españoles, oficiales y soldados, presentaban una masa tan compacta, que hacia imposible el uso de otras armas distintas de las blancas, que en tan estrecho sitio causaban estragos considerables. Muchos perecieron bajo el pié de los caballos, otros cayeron del puente abajo, y en poco tiempo las aguas del Garellano se vieron cubiertas de hombres, que arrastrados por la impetuosa corriente, luchaban en vano por ganar la orilla.

Durante largas horas la accion estuvo indecisa: al fin los franceses empezaron á ceder, y los españoles entonces, cobrando nuevo aliento, lograron rechazarlos hasta la mitad del puente; pero una vez allí, la artillería enemiga, que por no causar daño á los soldados de su mismo ejército, se habia visto precisada á suspender el fuego, rompió uno tan vivo y certero en el momento que tuvo despejado el frente, que empezó á causar considerables estragos en las filas de los españoles. Estos, como referia poco despues el mismo marqués de Mántua, *se presentaban ante las bocas de los cañones, con tan poco cuidado de sus personas, como si sus cuerpos fueran de aire y no de carne y hueso*. Sin embargo, conociendo Gonzalo que, logrado su principal objeto, cual era el de impedir el paso del Garellano, hubiera sido una imprudencia el obstinarse en arrebatarse el puente á un enemigo tan superior en número, dispuso la retirada, que se verificó en muy buen orden, aunque bajo el fuego de la artillería contraria.

Los franceses quedaron tan desanimados á causa de la gran resistencia que no esperaban hallar, que aquella misma tarde se retiraron á su campo al otro lado del rio, dejando bien custodiado el puente, en cuya cabeza, por la parte que correspondia á los españoles, hizo el marqués de Mántua construir una fuerte torre.

Las pérdidas fueron considerables por ambas partes. No hemos encontrado dato alguno que justifique la de los españoles, y en cuanto á la de los franceses ascendió, segun Mariana, á más de 1.400 hombres, lo cual nada tiene de extraño, si se considera que al ser rechazados sobre el puente, cayeron muchos al rio y perecieron ahogados.

La accion, como vemos, pudo considerarse indecisa, si bien fué en realidad muy funesta á los franceses. Las fuerzas de éstos, á las inmediatas órdenes del marqués de Mántua, dispuestas para forzar el paso del Garellano, pueden calcularse en más de 15.000 hombres, mientras que Gonzalo, obligado á guardar una línea muy estensa, sólo pudo reunir para el acto del combate unos 5.000 infantes y un escaso número de ginetes y hombres de armas. Así es que los españoles, aunque no lograsen apoderarse del puente, impidiendo el paso á un enemigo tres veces superior en número, alcanzaron un gran triunfo moral. Por otra parte, lo avanzado de la estación y las incesantes lluvias, que continuaban con la misma intensidad que antes, habian inutilizado los caminos y convertido el terreno en un inmenso pantano, impracticable para la caballería, y mucho más para la artillería, armas en las cuales ponian los franceses toda su confianza. Por el contrario, estos mismos obstáculos habian de favorecer á los españoles, cuya principal fuerza consistia en su excelente infantería. Además, los fran-

ceses tenían la creencia de que sus enemigos habían debido tan continua; dos triunfos antes á los ardides y estratagemas que á su valor y disciplina; pero los recientes hechos de Rocca Secca, Rocca Evandria, y especialmente el último del Garellano, les hicieron pensar de muy distinta manera. Desde entonces su espíritu decayó visiblemente, y el marqués de Mantua se decidió á esperar que mejorase el tiempo, renunciando por el pronto al pensamiento de todo nuevo ataque.

Pasaremos por alto los cincuenta dias que ambos ejércitos permanecieron frente á frente en las márgenes del Garellano, durante los cuales no se sabe qué admirar más, si la constancia y sufrimiento de las tropas españolas, ó el acierto y prevision de su ilustre caudillo, y llegaremos al punto en que un refuerzo de consideracion llegado al campo español decidió á Gonzalo á tomar resueltamente la ofensiva.

Los franceses, mandados por el marqués de Saluzzo, á quien el de Mantua se habia visto precisado á entregar el mando, se hallaban diseminados en una extension de más de diez millas, esperando tranquilamente el fin del invierno para reanudar las operaciones.

Con el auxilio recibido, las tropas españolas formaban ya un cuerpo de 9.000 infantes españoles, 900 hombres de armas y 1.000 caballos ligeros. Muy inferiores eran todavia en número á las enemigas que, á pesar de las bajas experimentadas, podian presentar un efectivo de más de 20.000 combatientes; pero la disciplina y el buen estado moral de aquellas, compensarán hasta cierto punto esta ventaja.

El Gran Capitan, que gracias al incesante espionaje que sostiene, no ignora la desmoralizacion que reina en el ejército enemigo, concibe el atrevido proyecto de cruzar el Garellano y atacarle en su mismo campo.

Todos los preparativos necesarios para la batalla se llevaron á cabo con el mayor sigilo. Alviano, con la vanguardia compuesta principalmente de caballería, debia echar un puente cuatro millas más arriba del que los franceses poseian frente al campamento español. El centro, fuerte de 2.000 infantes españoles, 1.500 alemanes y algunos caballos á las inmediatas ordenes del Gran Capitan, cruzaria el rio tan luego como la vanguardia se asegurase en la orilla opuesta, y sin pérdida de tiempo atacaria la posicion del marqués de Saluzzo de flanco y revés. Y por último, un tercer cuerpo, á las ordenes de Andrade, quedaba destinado para forzar el paso por el puente francés, y caer sobre el enemigo al mismo tiempo que el resto del ejército.

El buen éxito de este plan era casi seguro; porque si Andrade realizaba sin dificultad el paso y empeñaba la batalla, pronto acudiria en su auxilio Gonzalo despedazando el flanco y retaguardia de los franceses; y si, por el contrario, Gonzalo venia primero á las manos, Andrade, despues de apoderarse del puente, que el enemigo sorprendido habia de defender débilmente, volaria en auxilio del grueso del ejército, y su aparicion en el campo de batalla seria en este caso de un efecto decisivo.

La tempestuosa y lóbrega noche del 28 de Diciembre fué la escogida para emprender el movimiento. Alviano con extraordinaria actividad construyó el puente en pocas horas, valiéndose de barcas, carros y otros materiales que al efecto se habian preparado. Sin perder momento, todo el

cuerpo de vanguardia se trasladó á la orilla opuesta, y lanzándose sobre el pequeño pueblo de Suio, se apoderó de él para el apoyo del centro, que con el Gran Capitan al frente se hallaba realizando el paso.

Pronto llegó al cuartel general francés, situado en la torre del Garellano, la noticia de que los españoles habian cruzado el rio, quedando tan sorprendido el marqués de Saluzzo con este suceso, dice Prescott, como si un trueno hubiera estallado sobre su cabeza en medio de una atmósfera pura y despejada.

Con la inmensa superioridad del ejército francés, si el marqués de Saluzzo hubiera concentrado á toda prisa sus fuerzas, decidido á defender el campo á todo trance, y si hubiera atraído su escuadra á la embocadura del rio para afirmar sus comunicaciones, tal vez los españoles se hubieran visto muy comprometidos, y quién sabe si obligados á repasar el Garellano; pero lejos de esto, no viendo entonces más que un enemigo dispuesto á batir en detall sus diseminadas tropas, sólo pensó en emprender la retirada. Sin embargo, ordenó con la mayor presteza cuantas fuerzas pudo reunir, y en seguida envió á Ivo de Alegre con un cuerpo de caballería á fin de contener á los españoles y favorecer á la guarnicion de Suio, si aun era tiempo.

Mientras tanto Andrade habia atacado el reducto que los franceses tenían en la cabeza del puente, y se habia apoderado de él sin gran dificultad; pero no pudo realizar el paso, porque Saluzzo, temiendo verse envuelto, hizo cortar las amarras del puente y abandonar las barcas á la corriente, despues de haber hecho cargar en varias de ellas la gruesa artillería, que Pedro de Médicis debia conducir á Gaeta. Interin estas disposiciones se ejecutaban, el ejército francés levantó precipitadamente el campo, abandonando los enfermos y heridos, gran cantidad de pertrechos y nueve piezas de grueso calibre. La retirada se efectuó en un principio con bastante orden: marchó delante la artillería, protegida por la vanguardia: el centro lo componia la infantería, y la retaguardia, mandada por Saluzzo en persona, iba formada por la brillante gendarmería, encargada así de cubrir la marcha de todo el ejército. El español entre tanto ya habia efectuado el paso, y avanzaba en orden de combate contra el francés. Ivo de Alegre, viéndose con tan escasas fuerzas, no se atrevió á aventurar la batalla, y volviendo grupas se reunió aceleradamente al grueso de su ejército, que en buen orden continuaba la retirada hácia Gaeta.

No era el Gran Capitan hombre que desaprovechase la más mínima ventaja que hubiera conseguido. Temeroso de que se le escapase el enemigo, y no teniendo noticias de Andrade, dispuso que Próspero Colonna, con un cuerpo de caballería, se adelantase todo lo posible sobre el flanco derecho de los franceses, tratando de dificultar su marcha. El resto del ejército la prosiguió activamente, caminando sin descanso toda la noche, y ya en la madrugada del 29 las tropas ligeras de la vanguardia comenzaron á hostilizar la retaguardia enemiga. Los bravos gendarmes que la componian rechazaron fácilmente las cargas de los ginetes ligeros españoles, y aunque estos volvieron de nuevo al ataque, sostenidos por su infantería, todos sus esfuerzos se estrellaron contra aquella escelente caballería, que con su valor y firmeza logró sostener la retirada hasta el puente de Mota

di Gaeta. Pero bien pronto la artillería, los bagajes, los carros y demás *impedimenta*, obstruyeron aquel estrecho paso. Se hicieron pedazos las cureñas de algunos cañones: fué preciso detenerse á separarlas, y la infantería que venia á retaguardia no tardó en verse mezclada con la artillería; el desórden empezó á introducirse en las filas, y el marqués de Saluzzo, temiendo que se propagase á todo el ejército, se decidió á aceptar la batalla aprovechando las ventajosas condiciones que el terreno le ofrecia.

Extiéndese por ambos lados del puente de Mola una série de colinas, algunas de las cuales se adelantan en la llanura á manera de baluartes avanzados. El rio (1), aunque de escaso caudal y vadeable por muchos puntos, era siempre un inconveniente para el ejército que se viese obligado al combate teniéndole á la espalda, pues en caso de derrota, la retirada se hacia en extremo difícil, y nunca podria emprenderse con el órden necesario. En esta posicion fué donde Saluzzo distribuyó sus tropas, situándolas con bastante acierto; pero no tuvo tiempo de hacer avanzar su artillería á causa de la poca firmeza del terreno, y por impedirlo la rapidez del enemigo, que ya adelantaba velozmente en órden de batalla.

Empezó el combate la infantería española atacando con su acostumbrada intrepidez el centro enemigo, mientras un cuerpo de caballería ligera envolvía el flanco izquierdo, que era el más débil de la posicion. Los franceses resistieron este ataque con vigor, y sus gendarmes cargaron varias veces á la infantería española, consiguiendo hacerla retroceder; pero el Gran Capitan cree entonces llegado el momento de tomar parte en el combate, y avanzando rápidamente á la cabeza de sus hombres de armas rechaza al enemigo sobre sus posiciones y restablece la superioridad.

La batalla, sin embargo, distaba mucho de estar ganada; dos horas de continua lucha no pudieron vencer la tenacidad de los franceses, que, firmes en sus puestos, sólo trataban de ganar tiempo, para dar lugar á que se les incorporasen las diversas partes de su diseminado ejército. Las tropas españolas apenas habian comido en veinticuatro horas; desde el amanecer estaban peleando casi sin interrupcion, y ninguna noticia habia de Andrade ni de Próspero Colonna.

Andrade, como recordaremos, se hizo dueño del reducto que defendia el puente francés; pero habiendo sido este cortado, tardó algun tiempo en reunir las dispersas barcas y verificar su paso á la orilla opuesta; más una vez conseguido esto, avanzó sin detenerse hácia el campo de batalla, tomando un camino más corto y más al Oriente del que siguiera Gonzalo, de modo que fué á caer sobre el flanco derecho de los franceses, cuando su presencia era allí más necesaria.

La llegada de estas tropas al campo de batalla en momento tan oportuno, fué de un efecto decisivo, porque los franceses, viendo envuelta su ala derecha y amenazada su retaguardia, llenos de terror, comenzaron á desbandarse. Además, Próspero Colonna, que por medio de un gran rodeo se habia colocado á sus espaldas, vino, por decirlo así, á completar la accion de Andrade; pues creyendo aquellos que tenian cortada la retirada,

(1) Un rio de poca importancia que desemboca en el mar junto al Garellano.



nada fué bastante á contener el desórden que empezó á cundir entre sus poco antes ordenadas filas. La derrota se hizo ya inevitable; sólo faltaba aprovecharla, y para esto el Gran Capitan hace que Navarro y Pedro de la Paz, con toda la caballería que puedan reunir, marchen por los montes Formianos á interponerse entre los franceses y Gaeta. Próspero Colonna, por su parte, apostado á la inmediacion del camino, destroza ó hace prisioneros infinidad de enemigos. Sin embargo, gran parte de estos lograron refugiarse en Gaeta, si bien sufriendo enormes pérdidas, y dejando muchos prisioneros en poder de las tropas españolas. Varios destacamentos que llegaron al campo despues de terminada la accion, entregaron las armas apenas sin hacer resistencia.

El Gran Capitan sentó aquella noche sus reales en el inmediato pueblo de Castellone. Bien necesitaban algun descanso sus intrépidos soldados, pues habian estado veinticuatro horas sin tomar alimento, batiéndose casi sin interrupcion, y sufriendo continuos aguáculos que no habian cesado un sólo instante. Así concluyó la célebre batalla, ó mejor dicho, derrota del Garellano, que tuvo lugar el viernes 29 de Diciembre de 1503.

Las pérdidas de los franceses fueron de bastante consideracion. Cuatro mil perecieron en la jornada y 32 piezas de artillería, 1.500 caballos, gran número de prisioneros, y todos los bagajes y banderas quedaron en poder de los vencedores. Cortas debieron ser las de los españoles, porque el enemigo no llegó á hacer uso de su artillería; y aunque es cierto que algo debieron sufrir en el largo ataque que sostuvieron hasta la llegada de Andrade, ningun escritor nacional ni extranjero trae cálculo alguno de su pérdida.

Al amanecer del dia 30, emprendió todo el ejército español la marcha hácia Gaeta. Con las tropas allí refugiadas, encerraba esta plaza una guarnicion igual ó superior en número á las fnerzas que venian á atacarla: bien artillada, abundantemente provista de víveres y municiones, y con el auxilio de la escuadra, anclada en la bahía, hubiera podido resistir un largo sitio; pero el desaliento de los franceses habia llegado á tal punto, que los destinados á la defensa de la importante posicion de Monte Orlando, se retiraron aceleradamente á la plaza apenas cambiaron algunos tiros de arcabuz con la vanguardia española. La posicion fué inmediatamente ocupada: los hombres de Pedro Navarro, llenos de entusiasmo, subieron á brazo las gruesas piezas de artillería, y las colocaron en batería amenazando destruir la ciudad; pero no fué necesario disparar un sólo cañonazo, pues el marqués de Saluzzo, viendo perdido el Monte Orlando, principal defensa de Gaeta, ofreció rendirse bajo buenas y honrosas condiciones. El prudente Gonzalo no vaciló en aceptarlas, pues temia reducir á la última extremidad á un enemigo que aun podia resistir largo tiempo, y que no estaba en realidad sino aturdido por la rápida y no esperada derrota que acababa de experimentar.

No puede negarse que el plan de esta campaña aparece en extremo sencillo, para nosotros, modernos hijos de Marte, que tan de cerca hemos podido estudiar esas gigantescas combinaciones del primero de los Napoleones; pero si se tiene presente que antes de las guerras de Italia, cuantos adelantos se habian llevado á cabo permanecian aislados; que hasta en-

tonces no se encuentra una sola campaña digna de estudio, y que sólo Gonzalo fué quien organizó y dió vida á estos diversos adelantos, constituyendo un cuerpo de doctrina, se verá cuán grande es el mérito de las operaciones del Garellano. Es, en resúmen, una campaña modelo, tan digna de ser conocida y estudiada, como las mejores de los más grandes capitanes.

La eleccion del rio como línea de defensa revela desde luego la admirable prevision del caudillo español. Es cierto que su posicion, precisado á guardar una línea tan extensa, ha de ser necesariamente más desventajosa que la del enemigo; pero Gonzalo sabrá aprovecharse de todas las circunstancias, y además, la mayor movilidad de sus tropas podrá compensar este inconveniente.

Los franceses dieron principio á las operaciones dirigiendo el grueso de sus fuerzas hácia el Garellano superior, donde, á favor del puente de Pontecorvo y del excelente vado de Ceprano, les era muy fácil trasladarse en breve á la orilla opuesta. Parecía natural que Gonzalo, considerando el rio como una barrera, acudiese á impedir á toda costa que el enemigo la traspusiese, para lo cual debia seguir atentamente los movimientos de éste, y á la vez vigilar todos los pasos desde Ceprano á Pontecorvo; pero sin duda comprendió que, ofreciendo grandes facilidades el paso del Garellano superior, se exponia á verse rebasado y envuelto por el ejército francés, que gracias á su inmensa superioridad, podia contar en semejante caso con un completo triunfo. A fin de evitarlo, Gonzalo imaginó un plan, atrevido es cierto, pero que le habia de producir los mejores resultados. En vez de estorbar el paso al enemigo, abandona las márgenes del Garellano y toma posicion con su ejército en las inmediatas alturas de San German. Es verdad que si en tal situacion los franceses, cruzando el vado de Ceprano y apoderándose de Rocca Secca, lograban prolongarse á retaguardia de la línea de los españoles, corrian éstos grave peligro de verse rechazados contra el mar; mas para este caso extremo cuenta Gonzalo con la firmeza y heroismo de sus soldados. En cambio ocupa una posicion que pudiéramos llamar central, desde la cual puede estar á la vista de los movimientos que emprenda el enemigo, y aun envolverle si se aventura demasiado en un ataque de frente. El marqués de Mántua, sin embargo, eligió el plan más acertado en aquellas circunstancias, cayendo con el grueso de sus fuerzas sobre la derecha española; pero la heroica resistencia de Rocca Secca y la rapidez del grueso del ejército, que con el Gran Capitan á la cabeza amenazaba apoderarse del puente de Pontecorvo, le obligaron á desistir de su empresa y á repasar á toda prisa el Garellano.

Nada habia todavía perdido si la movilidad de sus tropas hubiera igualado á la de las españolas; porque descendiendo á lo largo de la orilla derecha, pudo muy bien unirse á la guarnicion de Gaeta y forzar el paso del puente de Sessa, que Pedro de la Paz quizá no hubiera podido defender contra fuerzas tan superiores; pero este movimiento se emprendió demasiado tarde y con mucha lentitud, en términos que cuando el grueso del ejército francés llegaba á sostener á su vanguardia en el ataque del puente, el español, recorriendo casi doble distancia, verificaba su union con las tropas de Pedro de la Paz.

¿Y no se vé un verdadero adelanto, no se encuentra un notable progreso, señal indudable del renacimiento del arte de la guerra, en esta habilidad para sacar partido de una de las mejores cualidades de las tropas, cual es la movilidad, á la que muchas veces se debe en primer término la victoria?

Si se aprovecharan debidamente las grandes cualidades de nuestro soldado; si cuantos sobre él tenemos mando, fuéramos dignos de mandarle, el ejército español seria el primero del mundo; y digo esto, aunque parezca una digresion innecesaria, porque no puedo ménos de recordar que la movilidad ha sido en todas ocasiones una de las mejores, tal vez la mejor cualidad de nuestro ejército.

No; no tenemos ya necesidad de recurrir á Plutarco, cuando en la vida de Dion nos cuenta que éste anduvo con sus tropas en una sola noche 700 estadios, esto es, unas 28 leguas próximamente, lo cual á la verdad nos parece exagerado: no tenemos necesidad de buscar ejemplos en tiempos antiguos, porque los tenemos en nuestra patria, y en épocas no lejanas. Recordemos sinó al regimiento de Zamora cuando hizo en 24 horas una marcha de 15 millas alemanas, para embarcarse con el marqués de la Romana. Recordemos tambien al duque de Alburquerque, cuando en 1810 fué al socorro de Cádiz con un cuerpo, en su mayor parte de infantería, y anduvo 123 leguas en nueve dias ó sea á más de 13 leguas por dia, para llegar antes que el general francés Víctor. Prueba irrefragable de lo mucho que se puede forzar la marcha de nuestras tropas, para las cuales son jornadas ordinarias las de cinco á seis leguas que los extranjeros llaman fuertes, pues que, en la mayor parte de sus obras, consideran como jornadas ordinarias las de 3 leguas solamente. Es cierto que en movimientos complicados, especialmente cuando se trata de la marcha de un grande ejército, algo habrá que rebajar de aquel cálculo; pero siempre quedará la ventaja á nuestro favor; es decir, que si la victoria está en las piernas del soldado, nosotros tenemos un gran elemento para alcanzarla, en la movilidad de nuestras tropas.

Mas continuemos con el exámen de la campaña del Garellano, que ya mi mal coordinado discurso se vá haciendo por demás pesado.

La prolongada estancia de ambos ejércitos en las márgenes del Garellano, nos servirá para apreciar hasta qué punto llegó entonces la constancia española y la indomable voluntad del general en jefe.

No se trataba ya de combatir como se combatió en Bouvines, en Casilin ó en Fórnovo: se trataba, por los españoles, de cansar al enemigo, de molestarle continuamente, de vencerle con el arte y la constancia antes de darle el golpe de gracia con la fuerza, oportunamente empleada.

Pero donde más brilla el genio del Gran Capitan y se ponen de manifiesto las excelentes cualidades del ejército, es en el memorable dia de la victoria del Garellano. El plan de la batalla satisfaria por completo al más exigente de nuestros modernos teóricos. Es verdad que se observa una accion bastante desligada en ambas alas del ejército; pues mientras el cuerpo de Andrade (ala izquierda) ataca el puente de Sessa, la derecha cruza el rio á una distancia de cuatro millas. Ante un enemigo vigilante, esta operacion pudo haber traído las más fatales consecuencias; porque un ejér-

cito numeroso como el francés, hubiera podido defender enérgicamente el puente de Sessa, y al mismo tiempo estrechar al Gran Capitan y tal vez impedirle repasar el Garellano; y sin embargo, aquí precisamente es donde se encuentra el mayor mérito de Gonzalo, pues contando con la desorganización del enemigo, con el desorden que la sorpresa ha de introducir en sus filas, y sin descuidar, por último, la más mínima circunstancia, dispone las cosas de tal manera y tiene de tal modo en cuenta las condiciones de lugar y de tiempo, que consigue reunir á una hora fija todo su ejército en el mismo campo de batalla, y envolver por todas partes á un enemigo muy superior en número.

¡Pero qué mayor elogio se puede hacer de aquel reducido ejército, sino considerar que, á los cuatro dias de emprender su movimiento, Gaeta, la inexpugnable Gaeta, que por tanto tiempo se habia resistido durante la anterior campaña, caia ahora, como por encanto, en poder del vencedor! ¡Tal era el respeto que el sólo nombre español infundia!

En fin, en esta campaña se vé al general en todos los instantes con un profundo conocimiento de las condiciones morales y materiales de ambos ejércitos. Previstas todas las maniobras del enemigo, opónense á ellas hábiles movimientos primero, despues defensiva obstinada, y, por último, ofensiva violenta, completando la victoria como pocas veces puede completarse.

La capacidad, la inteligencia, la habian obtenido sobre el número: las operaciones fueron estratégicas, en todo el rigor de la palabra, y nada dejó de hacerse, de cuanto pueden dictar los buenos principios militares y lecciones del moderno arte de la guerra.

E. DE LA IGLESIA.

Mas continuemos con el examen de la campaña del Garellano, que vale un mal coordinado discurso se va haciendo por demás pesado. La prolongada estancia de ambos ejércitos en las márgenes del Garellano, nos servirá para apreciar hasta qué punto llegó entonces la constancia española y la indomable voluntad del general en jefe.

No se trataba ya de combatir como se combatió en Borvines, en Casislin ó en Tórnovo: se trataba, por los españoles, de causar al enemigo, de molestarle continuamente, de vencerle con el arte y la constancia antes de darle el golpe de gracia con la fuerza, oportunamente empleada.

Pero donde más brilla el genio del Gran Capitan y se ponen de manifiesto las excelentes cualidades del ejército, es en el memorable dia de la victoria del Garellano. El plan de la batalla satisface por completo al más exigente de nuestros modernos tácticos. Es verdad que se observa una acción bastante desligada en ambas alas del ejército: más mientras el cuerpo de Andúbe (ala izquierda) ataca el puente de Sessa, la derecha cruza el río á una distancia de cuatro millas. Ante un enemigo vigilante, esta operación pudo haber traido las más fatales consecuencias, porque un ejército

## RENACIMIENTO DEL ARTE DE LA GUERRA.

### Octava conferencia.

SEÑORES:

Palabra más elocuente que la torpe mía, talento más cultivado, instrucción más cimentada, hubieran sido necesarios para dar dichoso fin, á tan importante asunto como el que en estas conferencias me ha ocupado.

No la lira de Orfeo, ni la inspirada musa del Tasso, sino el génio militar de César y la elocuencia persuasiva de Ciceron, hubieránme debido auxiliar para llevar el convencimiento á vuestros espíritus, agradar vuestras imaginaciones, y haceros sentir, haceros pensar, de la manera que yo siento, de la manera que yo pienso.

¡El renacimiento del arte de la guerra! Asunto en extremo importante para la historia militar, y de grandísimo interés para nosotros los españoles; como que comprende una de las más gloriosas épocas para esta desventurada pátria, condenada, tal parece, á vivir tan sólo de recuerdos.

El renacimiento del arte de la guerra, que muchas naciones pretenden haber llevado á cabo, y cuya gloria, ó pertenece á todas, en mayor ó menor escala, ó tan sólo pertenece á España. Pertenece á todas, si consideramos la cuestion filosóficamente; porque el renacimiento del arte de la guerra era una consecuencia natural y legítima de la revolucion que lentamente se habia ido operando en la mayor parte de las naciones europeas; porque el predominio de la infantería, es decir, de la multitud sobre la fuerza individual, señal indudable de los adelantos militares, era la más alta manifestacion de la libertad de los siervos, de los hombres libres contra los tiranos; porque, si cuando hay causas para que una cosa suceda, esta cosa sucede, el renacimiento del arte de la guerra habia necesariamente de verificarse, porque disminuido considerablemente el poder de la nobleza, se hacian imposibles las luchas feudales: la guerra habia de tomar un nuevo carácter; á las luchas de los señores habian de sustituir las luchas de los monarcas, del mismo modo que las luchas de los monarcas habian de ser más tarde sustituidas por las luchas de los pueblos.

Bajo este punto de vista, el renacimiento es debido á las naciones civilizadas de la Europa de los siglos medios; y como manifestacion natural

de las nuevas necesidades sociales, vemos aparecer en Francia las compañías de ordenanza, en Suiza aquella célebre infantería, en Alemania los reitres y lansquenets, y en España perfeccionarse todos los ramos de la milicia.

Pero si examinamos la cuestion bajo el punto de vista militar, como yo únicamente lo he hecho, ¿á quién es debido el renacimiento? Indudablemente á los españoles, que, comprendiendo el nuevo carácter de la guerra, aplican los verdaderos principios del arte, reúnen en cuerpo de doctrina los diversos adelantos militares realizados, y llevan á cabo, de hecho, el renacimiento de este arte en las magníficas campañas de Italia.

Más el camino de la perfeccion en los métodos militares es largo y difícil, y el arte no ha pasado de su primera etapa al finalizarse las citadas campañas; y, sin embárgo, hemos dicho que en ellas se verificó el renacimiento.

Pero, ¿qué es renacimiento? ¿Qué estension puede darse á tal palabra? Renacimiento es renacer una cosa ya muerta ú olvidada; es renovacion, reaparicion de antiguos métodos; es, si nos atenemos al Diccionario de la lengua, el acto de renacer. Pues bien, si renacimiento es el acto de renacer, si yo he contraido el compromiso de tratar sobre renacimiento del arte de la guerra, claro es que mi mision estará terminada en el momento en que dicho arte haya renacido, sin necesidad de continuar su historia hasta su mayor perfeccionamiento.

Y no siendo así, ¿dónde podria darse por terminada la historia del renacimiento? ¿Quién es capaz de determinar el punto fijo en que el renacimiento concluye? El arte, á pesar de los portentosos adelantos que ha experimentado en estos últimos tiempos, no ha llegado todavía á su perfeccion, ni podrá alcanzarla nunca, porque la perfeccion, inherente á lo divino, es imposible de encontrar en lo humano. ¿Qué adelantos no pueden esperarse de la navegacion aérea, submarina, y aun de la electricidad, adelantos de que se aprovechará sin tardanza el arte de la guerra? No es dado á nuestra pequeñez ni aun el suponerlos.

Pues bien; si tal dificultad existe, para determinar el punto en que el renacimiento concluye, yo elijo, ateniéndome á la significacion literal de la palabra, para dar por concluida mi mision, el momento en que dicho arte, aunque necesitando todavía poderosa ayuda, parece haber salido del olvido; lo cual indudablemente se verificó en las campañas de Gonzalo de Córdoba en Italia.

Es verdad que de tal suerte me pongo en contradiccion conmigo mismo; pues sosteniendo la opinion de que el renacimiento del arte de la guerra, militarmente hablando, y haciendo abstraccion de una infinidad de consideraciones políticas y sociales, que contribuyeron poderosamente á la renovacion en los métodos de guerra, fué debido á los españoles, parece natural que siguiese los pasos de este arte hasta el momento en que otras naciones, discípulas de España, se convirtieran á su vez en maestras y diesen lecciones á aquellos de quienes hasta entonces las habian recibido.

Mas la tarea, que en mi imprevision me habia impuesto, se hace muy superior á mis débiles fuerzas. Claro talento, ingenio muy cultivado, es-

píritu filosófico, se necesitan para trazar con acierto la historia del renacimiento del arte de la guerra, y careciendo de estas condiciones, yo, el último entre los últimos, he creído antes de tropezar, deber detenerme en mi camino. Tal vez más adelante me atreva á completar lo que os he dicho, que hasta ahora no ha sido sino lo absolutamente preciso para cumplir el compromiso que al aceptar este puesto de honor habia contraído.

Pero, ¿basta mi afirmacion para creer que el renacimiento del arte militar se verificó en las campañas de Italia? Presumo que no, y mucho más si se tiene presente aquella célebre sentencia de Séneca de que *largo es el camino por preceptos, y breve y efectivo por ejemplos*; porque de poco sirve sentar las premisas de un raciocinio si este raciocinio no se desenvuelve, si no se demuestra terminantemente la afirmacion expuesta, si no se lleva, por último, el convencimiento al ánimo de los que nos escuchan.

Así, pues, me creo en la precision de examinar rápidamente cuanto en estas conferencias me ha ocupado, á fin de demostrar, si me es posible, la tésis de mi discurso.

Constituyen la primera señal de la renovacion en los métodos militares los esfuerzos de las multitudes inermes y desarmadas para sobreponerse á las fuerzas individuales. ¿Cómo habian de resistir turbas de peones desordenados á unos cuantos caballeros completamente cubiertos de hierro de piés á cabeza? Era necesario, para lograrlo, pedir algo á la inteligencia, y la inteligencia dió la idea de organizacion. Y vemos, prescindiendo de España, donde los buenos principios militares jamás se olvidaron por completo, extenderse por todas partes esta idea y organizarse militarmente, hasta las naciones donde, no comprendiéndose toda vía la revolucion en el arte, la guerra se hacia ni más ni ménos que en los tiempos del feudalismo.

Vemos á la Francia que, sin comprender que la verdadera fuerza de los ejércitos está en la infantería, descuida la organizacion de sus franco-arcabuceros, mientras reúne la flor de sus caballeros en aquellas célebres compañías de ordenanza.

Vemos á los suizos, pobres montañeses y pastores sin recursos para hacer la guerra con un ejército de caballeros, resucitar las antiguas falanges macedónicas, y, haciendo un llamamiento á la inteligencia, formarse en aquellos gruesos y compactos batallones que tan completa derrota hicieron sufrir á las brillantes compañías de Carlos el Temerario, que pasaban por las mejores de Europa.

A los alemanes organizar los lansquenets, que, aunque malísimos soldados por su indisciplina, eran, en un dia de combate, tan buenos infantes como los suizos.

Vemos á España, por último, ó mejor dicho, á los diferentes reinos que constituian la España de los siglos medios, como los más adelantados de Europa, estacionarse en la fatal época que precedió al reinado de los Reyes Católicos, para despues, unidos, levantarse y constituir la nacion más poderosa de la tierra. Es notable la organizacion, que bien pudiéramos llamar armamento nacional, del tiempo de los Reyes Católicos.

Todo vecino, el noble como noble, el pechero como pechero, y cada cual segun sus medios de fortuna, se veia en la precisa obligacion de tener

armas, cuyo número y clase se fijó con arreglo á las rentas de cada uno. De este modo quedaba constituida una gran reserva nacional, propia para la defensa general del país en un caso extremo; pero estos soldados, cuyo número se elevaba á un millon tan sólo en los reinos de Castilla, no tenían más obligacion que la de pasar dos alardes ó revistas anuales; sin la necesaria organizacion y con poquísima instruccion militar, no constituian, como ya he dicho antes, más que una gran reserva nacional; era, pues, preciso otra reserva más militar, digámoslo así, pronta á ponerse rápidamente sobre las armas en caso de guerra. A este fin, de cada doce hombres útiles fué elegido un soldado que debia acudir al ejército al primer llamamiento de los monarcas. De este modo podian ponerse rápidamente en pié de guerra 83,333 infantes con 2,000 caballos de línea, hecha escepcion de la nobleza, que se presentaba siempre á caballo.

Esto, en rigor, tampoco podia ser considerado más que como una reserva; pero una reserva que podia movilizarse rápidamente, y cuyos soldados, una vez puestos sobre las armas, percibian sueldo del Erario y adquirian obligaciones militares.

Sin embargo, el verdadero núcleo del ejército permanente se encuentra en las compañías de la Santa Hermandad, y en la de alabarderos, organizada por Gonzalo de Ayora. Imitóse algo en un principio en estos cuerpos permanentes la organizacion suiza; pero muy pronto, tanto en organizacion como en táctica, se superó á aquella famosa república. Y hé aquí, aunque muy imperfecto, el sistema del distinguido jefe de artillería y mi particular amigo Sr. Vidart. Ejército permanente y armamento nacional; este grande, ámplio, comprendiendo á todos los ciudadanos útiles; aquel, pequeño, reducido á lo absolutamente indispensable.

Pero creo que basta lo dicho para comprender que la idea de organizacion se habia estendido por todas partes, y que, sin comprenderse todavía lo bastante la necesaria revolucion en el arte militar, ni la influencia y cambios en los sistemas que habian de operarse por el progresivo aumento de las armas de fuego, todas las naciones se preparaban, y todas sustituiian el órden y la disciplina, á la desorganizacion de las antiguas bandas feudales.

Estos preparativos guerreros, estas primeras señales de la reconcentracion del poder en manos de los monarcas, de la union de los dispersos trozos feudales en cuerpo de nacion, habian necesariamente de manifestarse y operar una renovacion completa en los métodos de guerra.

A fin de ocuparnos tan sólo de la época del renacimiento, prescindamos de la España de los siglos medios, pues ya creo haber indicado en mis anteriores conferencias, que hubo ordenanza, táctica, organizacion; todo imperfecto, pero todo abrigando en sí el gérmen de los buenos principios militares. Recordemos si no el código de las Siete Partidas, los soldados almogávares, y, sobre todo, hechos de armas como los de las Navas y del Salado, que prueban que entre nosotros habia reglas y principios fijos á que sujetar las cosas de la guerra.

Más al llegar á la época del renacimiento, á la preparacion de este mismo renacimiento, preciso será abandonar á España, cuya parte principal, el reino de Castilla, estaba entregado á todos los horrores de la anarquía,



y dirigir la vista hácia las pintorescas montañas de Suiza, cuyos habitantes habian dado la sancion del éxito á su poderosa organizacion, en los gloriosos combates de Sempach y Morganten. Sin haber llevado á cabo batallas de esas que revelan el génio de un caudillo, ni campañas en que reaparezcan los olvidados principios de la estrategia, á ellos corresponde la gloria, en igual grado que á los españoles, de haber contribuido á hacer de la infanteria el arma principal de los ejércitos; pues desde la derrota de Cárlos el Temerario quedó reconocida su utilidad, por más que su superioridad no fuera decididamente sentada hasta las campañas de Gonzalo de Córdoba en Italia, donde tan brillante papel la hemos visto desempeñar.

Mas bien pronto los españoles, unidos en una nacion fuerte y poderosa, regidos por dos príncipes sábios y virtuosos, habian de recuperar el tiempo perdido en miserables rencillas interiores, como en efecto lo hicieron en la conquista del reino de Granada. Estudiadas las campañas, que dieron fin plantando la gloriosa enseña del Cristianismo en el mismo sitio que antes ocupara la orgullosa Media Luna, es cierto que no nos ofrecen grandes concepciones estratégicas que estudiar, pero es indudable que se adelantó mucho en los detalles; porque, en efecto, allí aprendió el soldado español á observar la más exacta disciplina, se plantearon los hospitales de campaña, se hizo el primer ensayo de aplicacion de la pólvora á las minas, y, por último, se vió sobre las armas un ejército de 80,000 hombres, sufriendo durante siete meses todos los rigores del invierno, cosa que apenas tiene ejemplo en aquella época, en que las guerras no pasaban de los estrechos límites que exigian las luchas feudales.

Mejóro bastante la organizacion de las tropas constituyendo capitanías con las permanentes de la Santa Hermandad, de fuerza próximamente igual á nuestros modernos batallones, tomando lo bueno de la táctica suiza; porque entonces, señores, se tenia en España la habilidad de tomar lo bueno y desechar lo malo de otras partes.

En una palabra, todas las naciones que en aquel tiempo podian considerarse como las primeras de Europa, habian comprendido la necesaria revolucion, que reconcentraba el poder en manos de los monarcas; y esta revolucion, que habia de reflejarse en los métodos de guerra, se manifestaba en la idea de organizacion creándose por doquier, con mayor ó menor acierto, las tropas permanentes, como si ya se presintiese la guerra de las grandes naciones, la guerra de frontera á frontera, que habia de sustituir á las antiguas luchas feudales.

La expedicion de Cárlos VIII á Italia en 1494 es el punto de partida de una nueva era. Ningun suceso notable, militarmente hablando, puede encontrarse en aquella fácil conquista en que los Estados italianos, poco preparados para la guerra, apenas hicieron resistencia; pero aquella expedicion, que no puede justificarse sino por el entusiasmo y génio caballeresco de aquel jóven monarca, dió origen á la célebre liga de Venecia, y sabido es que la liga de Venecia, en política y en guerra, inaugura un nuevo período: en política, porque es el primer ejemplo en la edad moderna de esas vastas combinaciones entre varios Estados para su mútua conservacion y defensa; el origen, mejor dicho, de eso que se ha dado en llamar

equilibrio europeo, donde, más que la justicia, hemos visto con frecuencia reflejarse el egoísmo refinado de las grandes potencias: en guerra, porque dá principio á las luchas de poderosos monarcas, en las cuales á tan alto grado de adelanto llegó el arte militar.

La batalla de Fórnovo, resultado inmediato de la liga de Venecia, pertenece ya á esta clase de guerra; pero nada digno de mencion se encuentra en ella, porque, salvo los motivos que la produjeron y los intereses que allí se ventilaban, la constitucion de ambos ejércitos, en especial la de los aliados, era ni más ni ménos que la de los tiempos feudales; y tampoco nos dá á conocer al caudillo que habia de saber aprovechar las nuevas circunstancias y los nuevos elementos de que ya podia disponer el arte militar. Eran necesarias para esto las campañas de Italia y un general que constituyera, digámoslo así, cuerpo de doctrina con los diversos adelantos militares hasta entonces realizados. Un caudillo que, como dice Villamartin, fuera el ocaso de una época y la aurora de la siguiente, y este caudillo, Gonzalo de Córdoba, estaba reservada á España la gloria de producirle.

¿A qué repetir ahora lo que ya he dicho en el curso de estas conferencias? Basta recordar sumariamente los importantes resultados alcanzados para la ciencia bélica en las memorables campañas de Italia. En las primeras de Calabria, por más que se elevara á una gran altura el nombre español, no puede negarse que no se manifiesta todavia el genio militar del Gran Capitan ni se descubren notables adelantos en el arte. Sin embargo, allí el renacimiento, y permitidme la palabra, quedaba preparado; porque la infanteria adquirió una merecida importancia, mejorándose tambien su organizacion, y porque examinada en conjunto dicha campaña, se observa que, como la guerra de Granada, fué mucho mejor dirigida que las precedentes de la Edad Media.

Mayores y más notables adelantos pueden notarse en las de 1501 á 1503: prescindamos del sitio de Tarento, donde ya se presiente á los héroes de Ceriñola y del Garellano; pasemos por alto la sin igual constancia manifestada por las tropas españolas tras los muros de Barleta y lleguemos al mismo dia de Ceriñola, donde se recoge el fruto de aquella laboriosa campaña y donde toda ella, digámoslo así, puede resumirse.

Allí se demuestran terminantemente las ventajas de los nuevos órdenes de combate, introducidos por los suizos y españoles, y se confirma la superioridad de la infantería sobre la caballeria. Es la primer batalla, despues de la Edad Media, en que, al ménos por uno de los dos ejércitos, se tienen en cuenta las condiciones del terreno, en que vemos á cada arma ocupar el lugar que le corresponde y en que se emplean reservas. En ella vemos plantearse los principios más esenciales del moderno arte de la guerra, que luego hemos visto desenvolverse en la memorable campaña del Garellano; y allí, por último, la infantería española, venciendo á la suiza, queda reputada como la mejor de Europa.

Así es que esta batalla debiera formar época en la historia del arte y ser considerada, militarmente, como el punto de transicion de la Edad Media, á la moderna.

Pero el renacimiento no podia todavía decirse que se habia verificado.

En la campaña que termina en Ceriñola, los sucesos más notables son ardidés y emboscadas que, si ponen en relieve la habilidad del caudillo español, nada nuevo vienen á enseñarnos. Toda la campaña puede considerarse compendiada en Ceriñola, y en Ceriñola, en conjunto, no se advierte otra cosa que el triunfo del orden y la disciplina, mejor dicho, de la táctica sobre la proeza; faltaba una parte esencial para completar el renacimiento, y esta parte, la estrategia, hemos de ir á buscarla en la siguiente campaña del Garellano.

Héme ocupado, en mi anterior conferencia, de las operaciones militares de esta campaña, clásica en la historia del arte, y donde tal contraste forman la disciplina y constancia de las tropas españolas, con la desorganización é inconstancia de las francesas.

Allí vemos al insigne Gonzalo de Córdoba, hábilmente secundado por sus subalternos, mostrar en todos los instantes un perfecto conocimiento de todas las condiciones de ambos ejércitos. El español, fuerte de 9,000 hombres, opone al francés, que consta de más de 30,000, primero hábiles operaciones, que le cansan, desorganizan y destruyen su moral; despues, defensiva lenta, obstinada; y por último, brusco movimiento ofensivo en el momento y en el lugar oportunos; obteniéndose una de las más importantes victorias que registran los anales históricos.

Si se nos preguntase la importancia de esta campaña para el estudio del moderno arte militar, diremos que las operaciones fueron estratégicas en todo el rigor de la palabra, y esto se prueba por la relacion misma de los sucesos acaecidos, y que nada dejó de practicarse de cuanto pueden prescribir los buenos principios militares. Si se la considera atendiendo á sus resultados, vemos en ella el reino de Nápoles conquistado, España ocupando el primer lugar entre todas las naciones de Europa, asentados los principios más esenciales del moderno arte de la guerra, que debe reconocer á Gonzalo de Córdoba como su primer maestro, y abierta una larga era de gloria y prosperidad para las armas españolas.

En suma, todo lo hasta ahora dicho acerca de las campañas de Gonzalo de Córdoba en Italia, puede compendiarse en los siguientes términos, que creemos haber demostrado:

1.º Que teniendo en cuenta los adelantos realizados por los españoles, franceses y suizos, Gonzalo preparó, en las campañas de Calabria, el renacimiento del arte militar.

2.º Que en Ceriñola se decidió para siempre la lucha de la táctica contra la proeza y conquistó la infantería el lugar preferente en los ejércitos.

3.º Que en el Garellano vemos por primera vez en la historia moderna, el desenvolvimiento de un completo plan estratégico; y

4.º Que Gonzalo de Córdoba, en todas sus campañas, y muy especialmente en la última del Garellano, dejó completamente demostrada la influencia del terreno en las operaciones militares, y la importancia de las condiciones de lugar y de tiempo.

De modo que, aunque todo imperfecto, todo podia darse por establecido.

El arte de las minas se habia elevado á una perfeccion hasta entonces desconocida; quedaba introducida una reforma completa en las armas y disciplina de las tropas; creada aquella valiente infantería que tanto habia

de elevar el nombre español, y efectuada, en suma, una importante revolucion en el arte militar.

Se habia verificado, pues, el acto de renacer este, de salir por completo del olvido los buenos principios militares, y si renacimiento, como dije al comenzar mi conferencia, es el acto de renacer, claro es que el renacimiento acababa de tener lugar en las campañas que han sido objeto de mi relato.

Ocioso considero el repetir que abrigo el convencimiento de haber tratado muy á la ligera tan importante asunto, no sólo por no haberle dado la debida estension, pues que me he reducido á lo absolutamente indispensable, sino porque, considerando la esencia de las cosas, me he fijado muy poco en los detalles. Para esto, sin embargo, he tenido razones que vosotros sin duda apreciareis.

He prescindido, por ejemplo, de reseñar la organizacion dada á las tropas despues de las campañas de Italia, de sus órdenes de marcha y de combate, disposiciones para el ataque y la defensa, etc.; pero esto que en una obra didáctica sobre el renacimiento hubiera sido imperdonable el omitir, no lo he creido absolutamente necesario en unas conferencias en que, si bien he sostenido una idea, no muy generalizada, cual es la de que el renacimiento del arte de la guerra fué debido en primer término á los españoles, no llega mi pretension á creer que á tan ilustrado auditorio como el que me escucha haya podido enseñarle nada nuevo, sino tan sólo comunicarle lo poco que yo he aprendido; y presumo que hubiera abusado de vuestra excesiva benevolencia fatigándoos con la relacion de minuciosos detalles que, por otra parte, de lo que os he dicho en el curso de estas conferencias pueden fácilmente deducirse.

De todos modos, si nos ocupáramos de estos detalles, si analizáramos la organizacion y la táctica de aquella época, no haríamos sino adquirir nuevo convencimiento de que en los órdenes empleados, aunque con algo que pudiéramos tachar de excesivamente artístico, se descubre una verdadera revolucion en el arte militar.

Desde este punto mucho le falta todavia que recorrer para marcar una nueva etapa en el camino de su perfeccionamiento. Muchos é ilustres capitanes han de introducir nuevas reformas y llevar á cabo célebres hechos de armas. Pescara, el duque de Alba, Farnesio, Enrique IV, Nassau, Turenna y otros ilustraran los anales de la guerra; pero hasta los tiempos del gran Federico puede decirse que prevalece el sistema de Gonzalo de Córdoba. Es cierto que, durante este largo período el arte continúa su marcha lenta, aunque progresiva; pero estaba reservada al inmortal rey de Prusia la gloria de organizar los diversos elementos proporcionados por sus antecesores en la guerra y llevar á cabo una nueva revolucion, cuyo término bien podemos decir que todavía no hemos visto. Porque, en efecto, los adelantos de toda especie se suceden en el dia con pasmosa rapidez: adelantos en la industria, en las ciencias, en las artes, adelantos de que se aprovecha en seguida el arte de la guerra; que ha llegado, considerado en su conjunto, á convertirse en la más complicada y difícil de todas las ciencias.

Hoy todas las naciones de alguna importancia, excepcion hecha de España, se preparan, se organizan, ponen en juego todos sus recursos mili-

tares, como si presintiesen próximos y grandes trastornos. Ora perfecciona la una su ya excelente sistema militar; ya introduce la otra una reforma completa en la manera de ser de sus tropas permanentes; ya, por último, otra tercera, escarmentada por una grande y reciente desgracia, purifica las filas de sus ejércitos de los elementos corruptores que en ellas se encerraban, haciendo estricta justicia, premiando el mérito verdadero y quitando aquello injustamente adquirido.

Y ante ejemplos tan elocuentes, ante tan recientes y terribles lecciones que hubieran debido aprovecharse, ¿qué hace nuestra patria para mejorar su sistema militar, para reorganizar sus ejércitos, para purificar los elementos constitutivos de estos mismos ejércitos? Nada ó casi nada; y no por falta de buenos deseos en ciertas clases de la milicia; no porque, como en otras ocasiones, nos hayamos dejado dominar por nuestra habitual pereza. Por el contrario, hoy se nota en el ejército un movimiento intelectual, hasta ahora casi desconocido, y no podrá negarse que de pocos años á esta parte la literatura militar de España ha adquirido un notable desarrollo. No es ya una obra que, como avergonzada de encontrarse sola, ve la luz pública pidiendo perdón de su audacia; no es ya una publicación militar que para sostener una vida ficticia tiene que mendigar la protección de los centros oficiales: son, por el contrario, obras de toda especie, científicas, de arte é historia de la guerra, folletos, proyectos de organización; son excelentes publicaciones con vida propia que han sabido conquistarse gracias á la bondad de sus doctrinas; es, por último, el *Ateneo militar*, base de las futuras academias, donde se espican, se discuten, se profundizan todos los ramos de la difícil ciencia de la guerra. Es, en fin, esta sociedad producto esclusivo de la iniciativa individual, cuyo establecimiento casi se tenia por imposible, y que á mí mismo tan difícil me parecia cuando há tiempo me cupo la honra de iniciar la idea de su fundación en las columnas de *El Correo Militar*.

Pero esta actividad, este movimiento intelectual, que no me negareis se advierte en nuestro ejército, no ha producido los buenos resultados que eran de esperar: no han sabido aprovecharse los buenos elementos de regeneración, digámoslo así, que en él se albergan: la indiferencia por un lado, la ignorancia por otro, y sobre todo esa terrible enfermedad, ese cáncer venenoso que ha corrompido los miembros todos del edificio social de España, la política, en una palabra, han contribuido á mantener viva y latente la causa de nuestros males. Mucho pudiera hablarse acerca de este particular; más ni el sitio ni la ocasión son oportunos. Cuando los partidos apelan á las armas, cuando sangre española ha comenzado á derramarse en fratricida lucha, cuando la patria reclama todos nuestros servicios, todos nuestros esfuerzos, nuestras constantes miserias deben olvidarse, las pasiones deben enmudecer y oirse sólo el lenguaje de la razón; y la razón nos dice que sigamos imperturbables la difícil senda del deber, y que nos preparemos con el estudio y la práctica de las virtudes, porque tal vez el día de una prueba terrible y decisiva esté cercano (1).

(1) Esta conferencia fué pronunciada en el mes de Abril de 1872, cuando la guerra civil acababa de encenderse en las provincias del Norte. Los hechos posteriores han venido á confirmar las palabras del autor.

No nos arredren los obstáculos, no desmaye nuestro ánimo, no cejemos ante dificultades de ninguna especie; porque sólo por el camino del deber, por el camino de la ciencia, que es el camino de la verdad, que es el camino de la razón, podremos alcanzar el anheloso término de la justicia. Y entonces, señores, que por nuestros sacrificios nos habremos hecho dignos de compararnos á los héroes que en otros tiempos fueron, podrán verse satisfechas las legítimas aspiraciones del ejército y brillará el día de su completa regeneración. No desdeñemos para seguir tan difícil ruta las lecciones, á veces dolorosas, de la experiencia. Lo mismo podemos instruirnos, si la luz de la razón nos guía, con sus errores que con sus descubrimientos, tratando de evitar los unos, siguiendo las huellas marcadas por los otros. El provecho más patente de la historia es tal vez mostrarnos en cada caso la conducta que debemos observar. ¿Desdeñaremos, pues, esta herencia? No, al contrario. Aprovechémonos de sus lecciones, y como militares inspirémonos en las glorias de nuestros mayores, de las cuales os he puesto de manifiesto en estas conferencias una de las más puras; y cuando hayamos reconquistado para nuestro ejército el puesto que, por sus gloriosos antecedentes, le corresponde; cuando el nombre español constituya uno de los más preciados timbres; cuando, á semejanza del renacimiento que ha sido objeto de mis discursos, un nuevo renacimiento llegue á verificarse entre nosotros, podremos descansar de nuestras tareas, para continuar después con nuevo ardor la interminable obra del progreso.

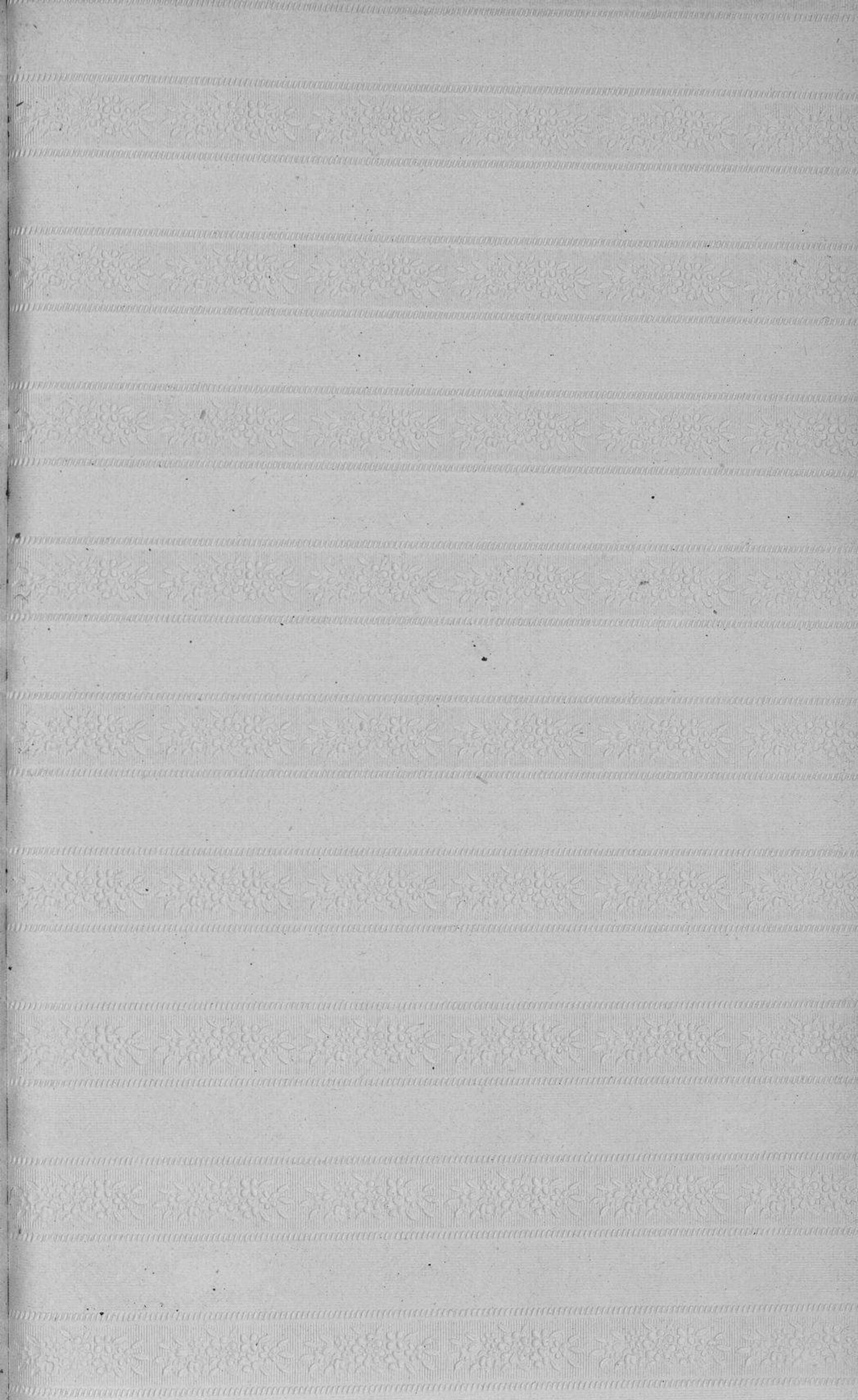
Y ahora, señores, para concluir sólo me resta repetir aquí las mismas palabras con que el ilustrado comandante Villamartin termina su capítulo sobre el soldado español. «Esperemos días de prueba, dice, templemos nuestra alma con el estudio y las virtudes, para poder arrostrar de frente el peligro, mostrando al mundo que somos los vencedores del Garelano y los vencidos de Rocroy; y cuando llamemos á la tumba de los héroes que en aquellos campos murieron «nos habeis dado una patria, les diremos, nosotros la hemos engrandecido, tenemos derecho á dormir á vuestro lado.»

E. DE LA IGLESIA.















TESTA

CHOC

CONFIE

NOTA

713